

RAFAEL  
FRANQUELO

VICTOR  
RAMIREZ

---

# LITERATURA CANARIA

---

antología de textos

(siglos XVI al XX)



LAS PALMAS

1976

**DONACIÓN**  
Cabildo Insular  
de Gran Canaria

La patria es una peña,  
la patria es una roca,  
la patria es una fuente,  
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo,  
mi patria no es Europa;  
mi patria es de un almendro  
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo  
con mi dolor a solas  
recuerdo de mi patria  
las rosadas, espléndidas auroras.

A veces con delicias  
mi corazón evoca  
mi almendro de la infancia,  
de mi patria las peñas y las rocas.

Y olvido muchas veces  
del mundo las zozobras,  
pensando de las islas  
en los montes, las playas y las olas.

**NICOLAS ESTEVANEZ Y MURPHY**



*A la memoria de  
José Franquelo Ramos  
y Francisco Ramírez Díaz*





## PROLOGO

*“...Admitiendo que sí es cierto, dentro de su insobornable relatividad, que la historia de los hombres-pueblos sólo queda reflejada, y con bastante turbiedad, en aquello que algunos de sus elementos escribieron, y admitiendo asimismo que no se puede intentar calibrar la esencia de esos mismos hombres-pueblos sino en el pálpito que adivinamos a través de los escritos de esos elementos, nos preguntamos una y otra vez...: ¿cómo reconocernos?... ¿con tan sólo mirar y vislumbrar estos impuestos alrededores asfixiantes? ¿con tan sólo admitir sin más aquello que exclusivamente interesa a los que con recalcitrante obviedad se ocupan y despreocupan de nuestra manipulada ignorancia?... Tras la pregunta que agobia, la rebelión. Tras la rebelión, la tarea. La tarea de espulgar en la sí ingente literatura hecha en torno a nuestro hombre-pueblo y por gentes que de una u otra manera forman parte de este accidente, de esta vital circunstancia llamada Canarias...*

*...Que este preámbulo no sea justificaciones ni teoréticas directrices. Únicamente que sea fe de vida de un libro de larga gestación y urgido alumbramiento. Se seleccionó textos, fragmentos que formarían un pequeño “todo” abierto, inconcluso, retador... Y porque repugnamos los “todos” cerrados, perfectos, confeccionamos*

*esta antología con la esperanza de que vaya siendo uno de los espejos donde acertemos a mirarnos como hombre-comunidad, como historia, como padres procreadores de pueblo y como hijos que de éste seguimos naciendo instante a instante...".*

*En su "Teoría de la Antología", Alfonso Reyes nos recuerda que toda historia literaria presupone una antología; de aquí las colecciones de textos. El carácter general de una tradición queda reflejado en estos volúmenes de fácil manejo, sobre todo cuando se recopilan poemas..., la prosa requerirá más paginación. Sin embargo, ante la necesidad de cubrir un vacío —que iba para largo— en cuanto a un libro que abarcara poesía y prosa de las Islas Canarias, nos hemos atrevido a dar al público este libro sin más pretensiones que las de paliar dicha escasez. Otras manos más doctas —y en el Archipiélago las hay por doquier— deberán completar nuestra tarea con obras en las que se amplíe la nómina de autores con su correspondiente bibliografía.*

*No nos queda más que agradecer a cuantas personas han colaborado intelectual, moral y económicamente en la edición de este libro.*

**VR y RF, noviembre del 1976**

RAFAEL  
FRANQUELO

VICTOR  
RAMIREZ

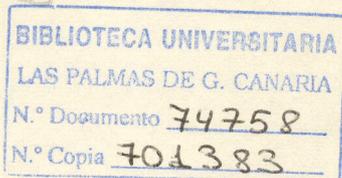
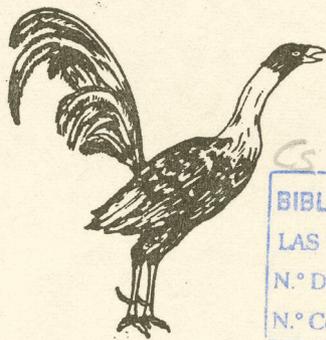
---

# LITERATURA CANARIA

---

antología de textos

(siglos XVI al XX)



LAS PALMAS

1976





## ENDECHAS

Aicá maragá, aítitú aguahae  
Maicá guere, demacihani  
Neigá haruuiti alemalai.  
(Endecha canaria)

Aicá, significa sed; maragá, bien venido; aítitú, mataron; aguahae, nuestra madre; Maicá, esta gente; guere, forastera; demacihani, pero ya que estamos juntos; Neigá, hermano; haruuiti, quiero casarme; alemalai, pues estamos perdidos.

Mimerahaná zinu zinuha  
Ahemen aten haran hua  
Zu Agarfú fenere nuzá.  
(Endecha del Hierro)

Mimerahana, que lleven aquí; zinu zinuha, que traigan aquí; Ahemen, que importa; aten, leche; haran, agua; hua, y pan; su, si; Agarfú, nombre de hombre, que dicen Agarfa; fenere, no quiere; nuza, mirarme.

(Siglo XVI)

Este es el bosque umbrífero  
Que de Doramas tiene el nombre célebre,  
Y aquestos son los árboles  
Que frizan ya con los del monte Líbano,  
Y las palmas altísimas  
Mucho más que de Egipto las pirámides.  
Que los sabrosos dátiles  
Producen a su tiempo dulces tamaras.  
Aquí de varias músicas  
Hinchen el aire los pintados pájaros.  
La verde yedra errática  
A los troncos se enreda con sus círculos,  
Y más que el hielo frígidas  
Salen las fuentes de peñascos áridos.  
Aquí de Apolo délfico  
No puede penetrar el rayo cálido,  
Ni del profundo océano  
Pueden damnificar vapores húmedos.  
Aquí con letras góticas  
Se escriben epigramas, nombres, títulos

En árboles tan fértiles  
Que parece que estuvo recreándose  
En ellos el artífice  
De la terrena y la celeste fábrica.  
Aquí pues de la próspera  
Fortuna está gozando el fuerte bárbaro  
Que por sus propios méritos  
Alcanzó la corona y regia púrpura  
Y en la terrestre máquina  
Es celebrado en ejercicio bélico.  
Doramas es el ínclito  
Nombre de este capitán indómito;  
Si os parece llamémosle  
Que dé la bienvenida al ilustrísimo.

**BARTOLOME CAIRASCO**

**(1538 - 1610)**

## VILLANCICO AL NIÑO JESUS

Niño divino de luz  
amor os hace la guerra,  
que hoy vertéis agua en la tierra  
y al morir, sangre en la cruz.

Ya comenzáis a sentir,  
en aquel pesebre echado,  
que si hoy habéis llorado  
en cruz habéis de morir.

Para dar al alma luz  
ordenó el padre esta guerra:  
verted hoy agua en tierra,  
y al morir, sangre en la cruz.

**ALVAREZ DE LOS REYES**

**(Siglo XVI)**

Y murieron quinientos españoles  
y canarios católicos trescientos,  
y más de tres mil guanches: que eran tantos  
los que acudieron, que según se afirma  
nueve mil batallaron aquel día

.....

Por cuya causa llaman aquel término  
de la Matanza, por la muchedumbre  
de gente que murió en entrambas partes  
en aquel bosque, donde aún hoy se hallan  
hierros de dardos, piezas de armas fuertes  
y huesos de difuntos, y es muy público  
haberse agora hallado en nuestro tiempo  
de oro ciertas doblas a lo antiguo,  
y son tantas las cosas que se cuentan  
de aquel tan desdichado y triste día  
que por ser temerarias y algo incrédulas  
no he querido tocarlas ni escribirlas;

mas sólo digo porque es bien se crea  
que batalla más cruda, más reñida  
ni de mayor estrago no se ha visto  
en otro tanto número de gente,  
pues que de mil soldados de los nuestros  
murieron ochocientos poco menos,  
quedaron todos los que se escaparon  
con daño heridos lastimosamente,  
patente indicio donde claro consta  
que todos batallaron y ofendieron  
pues que todos quedaron ofendidos

**ANTONIO DE VIANA**

**(1578 - 16...)**

## QUE PROSIGUE DE LA ISLA DE FUERTEVENTURA

El ganado de esta isla de Fuerteventura es el más sabroso de todas las islas, el cual anda suelto por toda la isla; y cuando querían tomar algún ganado se juntaban y hacían apañadas, que llaman gambuesas.

Había en esta isla dos mujeres que hablaban con el demonio, la una se decía Tibiabin y la otra Tamonante; y quiere decir eran madre e hija, y la una servía de apaciguar las disensiones y cuestiones que sucedían entre los reyes y capitanes, a la cual tenían mucho respeto, y la otra por quien se regían en sus ceremonias. Estas les decían muchas cosas que les sucedían.

Estaba dividida esta isla de Fuerteventura en dos reinos, uno desde donde está la villa hasta Jandía, y la pared de ella, y el rey de esta parte se llamó Ayoze; y el otro desde la villa hasta Corralejo, y éste se llamó Guize, y partía estos dos señoríos una pared de piedra que va de mar a mar cuatro leguas. Había en esta isla cuatro mil hombres de pelea. Hoy en todas las islas no hay hombres de mayores estaturas que los de ésta en común.

Cógese en esta isla mucha orchilla más que en todas las demás islas. Hay en ella más de cuatro mil camellos, y grandísimo número de asnos salvajes. El año de 1591 se mandó hacer una mortería por el mucho daño que hacían en la tierra, con muchos lebreles, y con mucha gente de a caballo, y la tierra apellidada; y mataron más de mil y quinientos asnos que fueron manjar de cuervos y guirres de que hay mucha abundancia en estas islas.

El vestido y hábitos de los de esta isla era de pieles de carnero como salvajes, ropillas con mangas hasta el codo, calzón angosto hasta la rodilla, y de allí abajo cubierta la pierna con otra piel hasta el tobillo; y mahos calzados, de donde son llamados mahoreros.

**FRAY JUAN DE ABREU GALINDO**

**(Siglo XVII)**

Testamento. Las Palmas, 20 de Febrero de 1704.

En la Ciudad de Canaria, a 20 de Febrero de 1704 años, ante mí el presente escribano y testigos infrascritos pareció el Dr. Dn. Tomás Marín de Cubas, hijo legítimo que dijo ser del Capitán D. Juan Bautista Marín de Cubas, y de doña Iñiga de Melgarejo, a quien doy fe conozco y de estar en su entero juicio y natural entendimiento al parecer, según hablaba y respondía, estando enfermo en cama, y dijo que siendo Nuestro Sor. servido de llevarle de la presente enfermedad que se halla, quiere y es su voluntad que su cuerpo sea sepultado en el convento de Santo Domingo de esta Ciudad en la Capilla de S. José, y se le amortaje en el hábito de dicha orden; y en lo que toque a su entierro y funeral y demás bien de su alma lo deja a la disposición de doña Ana Marín de Cubas, su hermana, y de sus hijos.

Iten declaró y mandó se le digan por su alma cincuenta misas rezadas en los dos días de su funeral por quien lo dispusiese la dicha su hermana y sus hijos.

Iten declaró que la casa que al presente vive es de la dicha D.<sup>a</sup> Ana Marín de Cubas, su hermana, en la cual no tiene el decla-

rante cosa alguna, porque todo lo que ha obrado en ella es por los alquileres que pudiera haber pagado en el tiempo que la ha habitado, que son veintidós años con poca diferencia; declarolo así para que conste.

Iten declaró que deja por sus esclavas a Olaya, de edad de dieciocho a veinte años, poco más o menos, y a Isabel Josefa, su hija, de edad de ocho a nueve meses, la cual dicha Olaya se compró en cabeza de la dicha mi hermana por ser la mitad suya; y así, dichas esclavas y la mitad de su valor pertenece a la dicha mi hermana, por cuya razón ha de servir a la dicha mi hermana como a mis hijos, y siendo ruines dichas esclavas no se han de poder vender sin intervención y voluntad de la dicha mi hermana, porque tiene en ellas y haberlas ayudado a comprar. Declarolo para descargo de su conciencia.

Iten declaró que todas las alhajas de oro y plata y otras cosas que están dentro de casa, pertenecen la mitad de todo a la dicha mi hermana por haberlo ayudado a adquirir. Declarolo así para que conste...

Iten dejó por sus herederos... a... sus hijos... D. Andrés, D.<sup>a</sup> Catalina y doña Francisca... Iten declaró que deja por sus bienes la librería que tiene en su casa.

Las Palmas. Archivo de Protocolo. Oficio de Pedro Aleandro de Medina.

de **TOMAS MARIN Y CUBAS**

(1643 - 1704)

## AL PICO DEL TEIDE

¡Oh cuán distinto, hermoso Teide helado,  
te veo y vi, me ves ahora y viste!  
Cubierto en risa estás cuando yo triste,  
y cuando estaba alegre, tú abrazado.

Tú mudas galas como el tiempo airado,  
mi pecho a las mudanzas se resiste,  
yo me voy, tú te quedas, y consiste  
tu estrella en esto y la crueldad de mi hado.

¡Dichoso tú, pues mudas por instantes  
los afectos! ¡Oh quién hacer pudiera  
que fuéramos en esto semejantes!

Para ti llegará la primavera  
y a ser otoño volverás como antes,  
mas yo no seré ya lo que antes era.

\* \* \*

Pasé diez días más gustosos allí que diez mil Pascuas, porque mi comadre es famosísima y afable, mujer de verdad y de silencio: veinticinco años le sobran para buena; mas le servía una criada, a quien faltan otros veinticinco para mala. Teníamos, enfrente, de Dios un Cristo arrugado, y al siniestro lado, otro de Dios Cristo bruñido... Revolvíamos mi comadre y yo las ollas allí del mundo. Hicimos lindos guisados, comimos lindos torreznos y también hicimos tiestos una olla, y una escudilla pedazos. Supliqué que para un enfermo pidiera un vaso de dulce a cierta dama, cuyos respetos vivían en mi corazón, sin pasar por ellos más que el tiempo. Dio su piedad discreta el dulce, al que añadió una pera de buen cristiano.

**CRISTOBAL DEL HOYO Y SOTOMAYOR**  
**Marqués de la Villa de S. Andrés y Vizconde de Buen Paso**

**(1677 - 1762)**

## DE "MEMORIAS" (Tenerife en la 2.<sup>a</sup> mitad del siglo XVIII)

Año 1761: El 27 de este mes de Marzo por la noche se vio del Lugar de Tacoronte, del del Sauzal, y de otros, el Mar, que parecía se había transformado en Etna. Este fenómeno tan extraordinario amedrentó a todos los vecinos de dichos lugares, que creyeron era ya el fin del mundo, y que aquellos barrancos de fuego los venían a tragar, y ocurrieron a las Iglesias a confesar sus culpas y pedir misericordia a Dios: Púsose patente a Su Majestad en este conflicto, y los Curas exhortaron a sus feligreses al dolor de sus pecados y seguimiento de las virtudes, hasta que llegó el día y desapareció todo el fenómeno, que continuó alguna otra noche, aunque diminuto. Habiéndose hecho reflexión sobre los motivos que pudieran hacer tomar esta apariencia de fuego, le daban muchos los que se querían entrar a Físicos. Unos decían que era una especie de telitas que se crían en el agua, que los pescadores llaman ardentia y muchas ocasiones se hallaban rodeados de ella, de modo que les parecía estar entre las llamas y que arrojaban chispas, pero tan inocentes que su tacto no tenía el mínimo ardor: otros que era alguna ballena o pez grande que se había muerto y su aceite podrido y extendido en la superficie del agua se veía de aquel modo; otros que era el tiempo de la desova de los peces, y que ésta, unida en

un trozo de mar, se divisaba de aquel modo; y otros que seguían otros diferentes sistemas. En fin los pueblos que conocieron que aquello era sólo apariencia volvieron a sus desórdenes y demostraron cuán poco permanentes son sus conversiones.

\* \* \*

Año 1765: El quinto Viernes de Cuaresma de Marzo de este año, habiendo sabido el religioso que predicaba la Feria en la Parrquia de los Remedios (a la que concurría por lo común nuestra Tertulia) que estaban sus miembros para salir en este año con Zapatos de Terciopelo negro por la Semana Santa, inducido de algunos que conocían su poco discernimiento y fanático discurrir, se subió al púlpito a predicar contra los que estaban para poner tales Zapatos, y poco faltó para nombrar las personas, y entre otras muchas proposiciones, en que más de 50 veces nombró con tono de admiración ¡Zapatos de terciopelo!, dijo las siguientes: ¡Qué pérdida está la ciudad de La Laguna!, ¡Se están haciendo Zapatos de Terciopelo negro! ¡En los pies el Terciopelo! No penséis que son mujeres las que han mandado a hacer Zapatos de Terciopelo; ¡son hombres!, que deben dar ejemplo en la República. Zapatos de Terciopelo es un pecado grave contra el primer mandamiento; los que usan tales Zapatos de Terciopelo se aman a sí mismos más que a Dios. ¡Unos Zapatos que cuestan cuarenta y más reales!...

**LOPE ANTONIO DE LA GUERRA Y PEÑA**

**(1738 - 1823)**

## INGLESES EN LA GOMERA

Pero no eran solos los piratas franceses los que hacían semejantes ensayos de poder. La nueva marina inglesa, su competidora, y Francisco Drake, su primer héroe, después de haber dado la vuelta al globo y revuelto las posesiones españolas de la América, había venido en 1585 a bloquear y atemorizar nuestras islas con una armada de 80 velas. En vano intentó un golpe de mano en La Palma; en vano estuvo amenazando La Gomera. Su conde la supo defender y aún despachó varios avisos a Tenerife, porque algunos desertores aseguraban que el designio de Drake era saquearla y llevarse mil botas de vino para endulzar su viaje al estrecho de Magallanes y costas del Perú. No obstante, ya veremos, a pesar de muchos mal informados historiadores cuán erradas le salieron siempre estas cuentas en las Canarias a aquel terrible inglés y cómo conocieron sus paisanos que era más fácil o más cómodo hacer en ellas el comercio que la guerra por vinos. Con las mismas miras hicieron los galos en Italia su primera irrupción.

Drake visitaba nuestras islas y al conde de La Gomera casi todos los años. En 4 de mayo de 1587 se pusieron sobre la del Hierro cinco galeones de su armada y, aunque lejos de haber cometi-

do ninguna hostilidad, quisieron tener trato con los naturales, so color de católicos e irlandeses; despachó el conde aviso pronto a Tenerife, que se leyó en su ayuntamiento. Así no fueron éstos los reveses más efectivos que recibió entonces La Gomera.

## SAQUEAN Y QUEMAN LOS FRANCESES LA CIUDAD DE LA PALMA

La Palma, qué con sus ricos frutos había atraído el comercio y domiciliado algunas nobles familias de Flandes, las cuales le pagaban el derecho de ciudadanos en templos, pósitos, montes de piedad, fábricas y otros establecimientos públicos; La Palma, digo, había sido embestida en 1553 por la furia francesa. No parecía sino que los corsarios de esta nación pensaban despucarse allí de los golpes del emperador Carlos V. En agosto del dicho año, 700 hombres, mandados por un cabo que es conocido bajo el nombre de Pie de Palo, forzaron la débil entrada, saquearon el pueblo abandonado por los vecinos, quemaron algunas casas, entre ellas las consistoriales con los papeles de sus archivos, hasta que, entrando los naturales en sí mismos y revolviendo luego sobre ellos, se reembarcaron con pérdida considerable.

## PESTE EN TENERIFE

Apenas comenzaban a respirar las islas de la persecución de sus enemigos exteriores, cuando volvió a encenderse en sus entrañas las chispas de una peste que, habiendo empezado en Teneri-

fe por el puerto de Garachico (1601), adonde habían surgido dos navíos españoles infestados, llegó hasta los Realejos, saltó al puerto de Santa Cruz y aún trascendió a las islas de Canaria, Fuerteventura y Lanzarote. Si la ciudad de La Laguna y otros pueblos se preservaron, lo debieron a la atención y providencias de aquel mismo ayuntamiento, que había velado sobre la común seguridad.

**JOSE DE VIERA Y CLAVIJO**  
**"Noticias de la Historia General**  
**de las Islas Canarias"**

**(1731 - 1813)**

## EL CAZADOR Y EL HURON

Cargado de conejos  
Y muerto de calor,  
Una tarde, de lejos  
A su casa volvía un cazador.  
Encontró en el camino,  
Muy cerca del lugar,  
A un amigo y vecino,  
Y su fortuna le empezó a contar.  
—Me afané todo el día,  
Le dijo; pero ¿qué?  
Si mejor cacería  
No la he logrado, ni la lograré.  
Desde por la mañana  
Es cierto que sufrí  
Una buena solana;  
Mas ¡mira qué gazapos traigo aquí!  
Te digo y te repito,  
Fuera de vanidad,  
Que en todo este distrito  
No hay cazador de más habilidad.

Con el oído atento  
Escuchaba un hurón  
Este razonamiento  
Desde el corcho en que tiene su mansión  
Y el puntiagudo hocico  
Sacando por la red,  
Dijo a su amo: —Suplico,  
Dos palabritas con perdón de usted.  
Vaya, ¿cuál de nosotros  
Fue el que más trabajó?  
Esos gazapos y otros,  
¿Quién se los ha cazado, sino yo?  
Patrón, ¿tan poco valgo  
Que me tratan así?  
Me parece que en algo  
Bien se pudiera hacer mención de mí.  
Cualquiera pensaría  
Que este aviso moral  
Seguramente haría  
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.  
Se quedó tan sereno  
Como ingrato escritor  
Que del auxilio ajeno  
Se aprovecha y no cita al bienhechor.

**TOMAS DE IRIARTE**

**(1750 - 1791)**

“DE LOS CRUELES ASESINATOS COMETIDOS EN LA  
ISLA DEL HIERRO” (1785)

Una embarcación inglesa echó en la isla del Hierro y en unos riscos naturalmente degregados, treinta y seis tripularios y pasajeros irlandeses que habían sido apresados; y con los cuales no podía seguir la navegación. Súpose este acontecimiento en la villa de Valverde, y don Juan Briz, reuniendo las milicias, marchó al paraje llamado Puerto de Naos, cercano al sitio donde se hallaban los irlandeses, cual si verdaderamente fuese a impedir una invasión extranjera. Constituyose cabeza y jefe de la expedición: impidió al alcalde y al ayuntamiento que determinasen por sí: desatendió los lamentos de algunos regidores y vecinos que querían se consultase al General y daban, en tanto, trigo y carneros para la manutención de los extranjeros: llamó traidores al Rey a los que así obraban y, en suma, los treinta y seis irlandeses fueron cruel e inhumanamente asesinados, y muchos de ellos arrojados al mar mal heridos y aun antes de expirar estaban indefensos: imploraron misericordia, mostraban sus cruces, rosarios y libros de rezo, para denotar que eran cristianos; pero todo fue en vano y se consumó un hecho inaudito, no sólo entre pueblos civilizados, sino hasta desusado ya entre los bárbaros habitantes en las Antillas. Pero si este hecho es degradante para el lugar donde sucedió, sea lícito encomiar a lo me-



nos los buenos sentimientos de los vecinos del Hierro, y cargar la maldición y el horror sobre su verdadero y principal autor, que no fue por cierto natural de las Canarias.

## VOLCAN DE LANZAROTE EN 1824

Los que hasta aquí hemos visto, fueron los sucesos principales de 1824, empero otro de distinta clase y producido únicamente por la naturaleza, debe cerrar nuestros apuntes de aquel año. Hablamos del volcán de Lanzarote.

Desde la mitad de julio habían empezado a sentirse en aquella isla algunos terremotos más o menos ligeros, pero cuya frecuencia daba indicio de una causa siempre temible y cercana, cuando a las 7 de la mañana del 31, viose de repente una gran columna de humo y enseguida de piedras y de llamas en el paraje del Pago de Tao denominado El Cercado. Abriéndose, pues, tres distintas bocas a distancia como de 400 varas entre sí, y quedaron ardiendo y arrojando humo y lavas por espacio de tres meses; mas sin embargo apenas inutilizaría el volcán como 20 fanegadas de terreno de la medida de aquella isla, más que doble de la de Tenerife.

Repitiose, pues, una segunda erupción el 29 de septiembre inmediato a horas de las 2 de la tarde, pero no en el mismo paraje del anterior, sino en la jurisdicción de Tinajo, cercano al paraje denominado Los Rostros de Mesa; mas no duró sino tres días, bien que corriendo en ello cosa de tres leguas de terreno, sobre la superficie del antiguo volcán que ya allí había, y retiró algún tanto

el mar en las costas de Tenesa; dicho volcán concluyó arrojando gran cantidad de agua salobre.

Finalmente, el 16 de octubre reventó, a dos leguas de distancia del anterior y también sobre el antiguo volcán, otra boca que arrojó mucha lava por algunos días, pero que sin embargo no llegó al mar; y desde entonces la tranquilidad de los habitantes de Lanzarote, con tanta razón alterada, se fue restableciendo y afirmando cada día.

**FRANCISCO MARIA DE LEON**

**(1776 - 1868)**

## 27 DE OCTUBRE DE 1808: MOTIN EN LA ALDEA DE SAN NICOLAS

Y aunque sosegada toda la Isla, sin embargo, los vecinos de la Aldea de San Nicolás, donde el Marqués de Villanueva del Prado, presidente de la Junta de Tenerife, (a quien por esta razón aborrecían) tiene parte de su mayorazgo, amotinados por instigación de Juan Cabral, Diputado del Cabildo Permanente, desposeyeron de sus tierras al Marqués, repartiéndolas entre aquellos vecinos, ahuyentaron al Administrador y amenazaron de proseguir a otros excesos. Lo cual dio motivo a una ruidosa protesta que pasó dicho Marqués a la Real Audiencia para su remedio, e insertó en el Periódico Correo de Tenerife el Jueves 27 de Octubre del mismo año de 1808.

## ESCAPE DE ALGUNOS PRISIONEROS FRANCESES

El 4 de Febrero de 1810 aportó a Santa Cruz un bergantín inglés cargado de sardinas consignado a la Casa de Little del Puer-

to de La Orotava. Algunos prisioneros franceses del depósito de la Ciudad de La Laguna que solían bajar a Santa Cruz a sus compras y ventas, lo ojearon bien y no sé si otros de dicha Plaza también, y por la noche tomaron un barquito de la playa, y a guisa de pescadores se fueron a bordo, se posesionaron del buque, picaron los cables y dieron a la vela. Al día siguiente que se echó menos aquel bagel, no se sabía si habría zarpado a su consignación de La Orotava; pero dado el parte de que faltaban diez o doce prisioneros se cayó en el cuento.

Divulgose también que les habían acompañado dos o tres reos de muerte anglo-americanos que se hallaban presos, pero esto fue falso. Equipose con algunos milicianos y práctico de nuestros surgideros un Lugre ligero inglés que había en bahía y se salió en busca del bergantín fugitivo. Diose vuelta a la Isla, pero al cabo de tres o cuatro días reentró el Lugre como había partido, porque su equipaje no eran adivinos. Los Franceses notando que no tenían aguada se dirigieron a Arganiguín en Canaria para hacerla y de allí siguieron para el Senegal, cosa que no se pudo sospechar. Pero en su viaje fueron casualmente encontrados y apresados por un crucero inglés.

**JOSE AGUSTIN ALVAREZ RIXO**

**(1796 - 1883)**

**Cuadro histórico de estas Islas Canarias de 1808 a 1812**

## UN EPISODIO

Allí San Roque está. De heridas lleno,  
sube Tinguaro por el risco, y brama:  
Lugo venció; se obscureció la fama  
del gran Tinerfe, el de la voz de trueno.

Fatiga al héroe el desigual terreno:  
síentese fallecer, y amor le inflama;  
y sigue, y sigue: un español le llama,  
vuélvese, y éste le atraviesa el seno

¡Tinguaro pereció! luto, agonía  
arrastra el eco en pos de peña en peña:  
llora su inmensa soledad Nivaria.

Y allá del Teide en la caverna umbría  
se oye: ¡Murió la independenciam isleña!  
¡Murió con él la libertad canaria!

**JOSE PLACIDO SANSON GRANDY**

**(1815 - 1875)**

## de INTRODUCCION DE LA "HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS CANARIAS"

La historia de las Islas Canarias no se ha escrito todavía.  
¿Es digna de escribirse?

En ese movimiento, eterna ley de la vida, lucha que en el hombre se revela por una vehemente aspiración hacia un perfeccionamiento sin límites definidos, no hay esfuerzo alguno que se juzgue enteramente inútil ni investigación que se considere ociosa, por más modesto que sea el fin que se proponga alcanzar.

Pequeño era, sin duda, el pueblo que habitaba las Canarias cuando Europa lo ató al carro de su triunfante civilización. Más, ¿qué importa? Averiguar el origen de aquella raza indómita; recoger los perdidos restos de su lenguaje, religión y costumbres; penetrar en el curioso arcano de su aparición; ofrecer un cuadro exacto de su cultura intelectual, antes de que fatalmente se fundiera en la raza vencedora; observar luego sus lentos progresos hasta llegar a la época actual; seguir paso a paso la ascensión de su nivel sobre la superficie ilustrada del Globo; escudriñar las causas que han paralizado, retrogrado o impelido ese movimiento; estudiar, en fin, el pasado, presente y porvenir de esas Islas, tarea es ésta que no

será calificada de impertinente si recordamos el conjunto armónico, el maravilloso enlace, el mutuo apoyo que en ascendente marcha se prestan hoy entre sí todas las ciencias.

Ha llegado el momento en que no hay fronteras para la inteligencia. Un lazo universal une a los pueblos, fundiéndolos en un interés común. La historia particular de cada agrupación será hoy el lazo invisible que eslabone cada raza, cada nación, cada pueblo a la historia general de la humanidad, cuadro inmenso cuyas verdaderas formas crítico-literarias principian sólo a bosquejarse allá en los indecisos horizontes de las ciencias eminentemente filosóficas.

La historia no ha sido hasta ahora, salvo rarísimas excepciones, sino una leyenda encomiástica de guerras y conquistas; una serie no interrumpida de hechos fatales; una biografía de guerreros, reyes y emperadores con sus crímenes, ambiciones y absurdas genealogías, sin que haya alcanzado esa altura desde la cual, olvidando los odios y antagonismos de nacionalidad, religión y raza, nos enseñe de dónde viene el hombre y adónde va, su misión individual y colectiva, las leyes que rigen el mundo moral, tan necesarias e inmutables como las del orden físico, las rudas luchas del espíritu, el lento y continuo desarrollo de la razón, la emancipación paulatina del hombre por la ciencia, el perfeccionamiento cada día más visible de las condiciones sociales, el progreso, en fin, que latente y sin interrupción va infiltrándose en el corazón de la humanidad para enaltecerla y vigorizarla y, como digno coronamiento a obra tan portentosa, la demostración plena, indubitada y concluyente de que el hombre no marcha al acaso por las sendas de la vida, ni es regido por leyes ciegas e inconscientes sino que, inteligente, libre y progresivo, cumple bajo la acción Providencial una misión de perfeccionamiento en ésta su rápida existencia, eslabón misterioso de esa cadena infinita de evoluciones cuyo principio y fin se

oculta a toda disquisición humana.

La existencia de las Canarias nunca fue desconocida a la vieja Europa. Desde los primeros albores de la historia aparece su recuerdo envuelto en las oscuras leyendas de los sacerdotes egipcios, viéndose su fama pregonada por los poetas más insignes de aquellas remotísimas edades.

Descubiertas luego por los pueblos comerciantes del litoral mediterráneo, visitadas por ellos y por ellos tal vez colonizadas, llegó a perderse su memoria en medio de los repetidos eclipses que nublaron tantas veces las civilizaciones europeas.

Ese vago recuerdo, ahogado a intervalos bajo las sucesivas oleadas de los pueblos invasores, se ve al fin sobrenadar y salvarse de la ignorancia de los siglos medios, apareciendo espléndido y glorioso en la época del Renacimiento bajo la triple aureola con que lo envuelve la leyenda, la poesía y la religión.

**AGUSTIN MILLARES TORRES**

**(1826 - 1896)**

de "MIS MEMORIAS"

Entre los recuerdos vagos de mi remota niñez, el más lejano y confuso es el de la *Macacoa*, goleta isleña que me condujo desde Gran Canaria a Tenerife. Porque nací en la ciudad de Las Palmas y en el edificio en que estuvo la Inquisición provincial. A un hombre que vino al mundo nada menos que en la Inquisición, nadie le tachará de demagogo porque sienta deseos de arrasar hasta la casa paterna.

.....

En el centro de la posesión, entre pinos y laureles, había una ermita ruínosa, cuyas paredes estaban llenas de nombres, fechas, letreros de todas clases. Uno de ellos, escrito con carbón y descubierto por mí allá por el año 46, decía:

*El republicano*  
JOSE ANTONIO PEREZ CARRION

Todos los años, al llegar a San Diego, mi primera visita era al letrero, que yo retocaba cuidadosamente para que no se borrara. Supe que el tal Carrión, joven en aquella fecha, se había marchado

a Cuba. Cuando mucho después fui yo a La Habana, pregunté por Carrión a todos los isleños. Todos le conocían, todos me informaron hablándome de él en forma que aumentó mis simpatías:

—Buena persona, pero no tiene dinero.

—Excelente sujeto, pero está *arrancado*.

—Lleva aquí muchos años, pero como no hace más que estudiar y perorar y escribir, no tiene un céntimo.

—Aquí le llaman el “cónsul de los isleños”, porque los protege a todos; está chiflado.

—Es periodista, pero está loco; figúrese usted que se ha declarado abolicionista de la esclavitud... ¡Qué bárbaro!

Con tales antecedentes será inútil añadir que me apresuré a buscarle, que fuimos grandes amigos y que todavía lo somos.

.....

En La Orotava, delicioso valle sin parecido en el globo, me enseñaron el sitio donde dijo Humboldt:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Pero andando el tiempo me señalaron en Cuba el lugar donde exclamó aquel sabio exactamente lo mismo:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Y según referencias de Colombia, Méjico y otros países, en todos ellos son conocidas las localidades donde Humboldt dijera:

—¡Esto es lo más hermoso del mundo!

Bien se conoce que el viajero ilustre, sin que yo niegue sus méritos, era una especie de fonógrafo.

Pienso, y muchos conmigo, que en La Orotava dijo la verdad: el valle es un paraíso digno de ser más visitado. Los ingleses,

a la verdad, lo visitan... y acabarán por llevárselo a Inglaterra; pero hay en España, ¡y aún en Tenerife!, quien no se toma el trabajo de ir a verlo.

Algunas veces, discurriendo a solas y pensando en la vanidad de la existencia, considero que, a pesar de todo, no debo quejarme de vivir. Las emociones más hondas que pueden producir en alma humana el arte humano y la naturaleza yo las he sentido. Las he sentido, en la esfera del arte, al escuchar la réplica de Castelar a Manterola, al presenciar el entierro de Víctor Hugo, al idear un cuadro que nadie ha pintado aún, al oír las notas de la Marsellesa... Y la naturaleza me ha causado sensaciones todavía más profundas y duraderas, en el Atlántico, en el Niágara, en los Pirineos, en la nevada cúspide del Teide y en su verde alfombra La Orotava.

**NICOLAS ESTEVANEZ Y MURPHY**

**(1838 - 1914)**

## de "TORQUEMADA EN LA HOGUERA"

Voy a contar cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas; que a unos les traspasó los hígados con un hierro candente; a otros les puso en cazuela bien mechados, y a los demás los achicharró por partes a fuego lento, con rebuscada y metódica saña. Voy a contar cómo vino el fiero sayón a ser víctima; cómo los odios que provocó se le volvieron lástima, y las nubes de maldiciones arrojaron sobre él lluvia de piedad; caso patético, caso muy ejemplar, señores, digno de contarse para enseñanza de todos, aviso de condenados y escarmiento de inquisidores.

Mis amigos conocen ya, por lo que de él se me antojó referirles, a don Francisco Torquemada, a quien algunos historiadores inéditos de estos tiempos llaman "Torquemada el Peor". ¡Ay de mis buenos lectores si conocen el implacable fogonero de vidas y haciendas por tratos de otra clase, no tan sin malicia, no tan desinteresados como estas inocentes relaciones entre narrador y lector! Porque si han tenido algo que ver con él en cosa de más cuenta; si le han ido a pedir socorro en las pataletas de la agonía pecuniaria, más le valiera encomendarse a Dios y dejarse morir. Es Torquema-

da el habilitado de aquel infierno en que fenecen desnudos y fritos los deudores; hombres de más necesidades que posibilidades; empleados con más hijos que sueldo; otros ávidos de la nómina tras larga cesantía; militares trasladados de residencia, con familión y suegra por añadidura; personajes de flaco espíritu, poseedores de un buen destino, pero con la carcoma de una mujercita que da tés y empeña el verbo para comprar las pastas; viudas lloronas que cobran el Montepío civil o militar y se ven en mil apuros; sujetos diversos que no aciertan a resolver el problema aritmético en que se funda la existencia social, y otros muy perdidos, muy faltones, muy destornillados de cabeza o rasos de moral, tramposos y embusteros.

Pues todos éstos, el bueno y el malo, el desgraciado y el píllo, cada uno por su arte propio, pero siempre con su sangre y sus huesos, le amasaron al sucio de Torquemada una fortunita que ya la quisieran muchos que se dan lustre en Madrid, muy estirados de guantes, estrenando ropa en todas las estaciones y preguntando como quien no pregunta nada: "Diga usted ¿a cómo han quedado hoy los fondos?"

## de JUAN MARTIN EL EMPECINADO

En las guerrillas no hay verdaderas batallas; es decir, no hay ese duelo previsto y deliberado entre ejércitos que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se baten. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las partes ignore la proximidad de la otra. La primera cualidad del guerrillero, aun antes que el valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. *Los guerrilleros no se retiran, huyen, y el huir no es ver-*

gonzoso en ellos. La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como la lluvia, y se desparra-man para escapar a la persecución; de modo que los esfuerzos de ejércitos que se proponen exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno; sí, el terreno, porque según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso prestándose a sus maniobras...

...Tres tipos ofrece el caudillaje en España; que son: el gue-rrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos. El aspecto es el mismo; sólo el sentido moral les diferencia. Cualquiera de esos ti-pos puede ser uno de los otros dos, sin que lo externo varíe, con tal que un grano de sentido moral caiga de más o de menos en la am-pollera de la conciencia. Las partidas que se forman en España pueden ser el sumo bien o un mal execrable. ¿Debemos celebrar esta especial aptitud de los españoles para congregarse armados y oponer resistencia a los ejércitos regulares? ¿Los beneficios de un día son tales que puedan hacernos olvidar las calamidades de otro día?

**BENITO PEREZ GALDOS**

**(1843 - 1920)**

## YO, A MI CUERPO

¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?  
¿Por qué con humildad no he de quererte,  
si en ti fui niño y joven y en ti arribo  
viejo, a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo  
por mí, en los rudos golpes de mi suerte;  
ha jadeado con mi sed y altivo  
con mi ambición latió cuando era fuerte.

Y hoy te rindes al fin, pobre materia,  
extenuada de angustia y de miseria.  
¿Por qué no te he de amar? ¿Qué seré el día  
que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!  
Sólo sé que en tus hombros hice mía  
mi cruz, mi parte en el dolor humano.

**DOMINGO RIVERO**  
(1852 - 1929)

de "CRISTOBALITO MOLINOS"

En su precipitada marcha por las calles, caldeadas por el sol implacable del verano atlántico, entre la consternación de los transeúntes, enterados ya de la desgracia, Cristóbal sólo pudo conseguir que la muchedumbre le dijera con la voz desfigurada y anhelosa:

—El tranvía, el tranvía...

Cuando llegó a la puerta de su casa, sin aliento, Cristóbal cayó como una avalancha sobre el ancho pecho de Vega, que le aguardaba en el zaguán.

Quiso desasirse. El otro le agarraba con fuerza, trémulo el labio inferior, con cierta dureza en el semblante color de caoba.

—Quieto, quieto.

—Pancho, déjame entrar. Pancho, mira que soy su padre, mira que es lo único que me queda.

—Pero, hombre, déjame hablar... si no es lo que tú te figuras... si no ha sido nada. Palabra que ya está mejor.

—Eso es mentira, Pancho. Si ya sé que está muerto. Pero quiero verle... Déjame por la Virgen, por tu madre.

El otro, llorando, le soltó, con gesto de repentino desaliento. Cuando Cristóbal entró en la alcoba, tuvo una sorpresa in-

descriptible al ver a Pepito tendido de espaldas en la cama de matrimonio, cubiertas las piernas con una manta, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, charlando sin parar con una vecina que de pie y junto al lecho le miraba con expresión de lástima profunda, cruzadas las manos debajo del delantal.

—Niño de mi vida, ¿qué es eso? ¿Qué has tenido? Pero, ¡Pancho, si está bueno, si está bueno! ¡Dios de mi corazón, yo no sé lo que me había figurado!

Y el chiquillo charlaba sin descanso, refiriendo con orgullo los detalles del accidente. Que se le había escapado a María del Pino en persecución de una paloma blanca que su padre había comprado el día anterior a una mujer del campo. Atravesaba corriendo la carretera cuando de repente, al doblar la esquina, un pitido. Era el tranvía: una muralla negra con letras doradas, cerca, muy cerca de su carita. Quiso correr, oyó gritos, muchos gritos de angustia. ¡Paren, paren, el niño, el niño! Y después dio vueltas, vueltas en el polvo, como cuando uno juega en los montones de arena, y se le llenaron los ojos de tierra. Y no le dolió nada, papaíto, nada.

Entonces el padre comprendió, recordando otros casos, otras desgracias causadas por la horrible máquina, de que había sido testigo, ocurridas casi en el dintel de su puerta. Cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambos puños cerrados, conteniendo los aullidos de terror que se le subían a la garganta. Sintió luego, medio desvanecido, que Pancho Vega le llevaba arrastrando hasta la habitación próxima.

En aquel estado singular de torpeza dolorosa percibió una cara nueva; la de un hombre de barba negra, con ojos grandes de miope que le miraban compasivamente detrás de los cristales de unas gafas de oro.

—Don Pedro, ¡por la Virgen! Dígame que no es nada, que usted lo curará. Piense en que usted también tiene hijos en el mundo.

El médico se detuvo, quiso decir alguna frase engañosa de

consuelo, cerrósele la garganta, y con arranque desesperado abrazó como a un hermano a aquel hombre que hasta el día antes era para él un desconocido.

Pepito se moría a toda prisa. Cuando los tres hombres entraron de nuevo en la alcoba había desaparecido la excitación que desataba su lengua en frases joviales y sin enlace, como las que se dicen bajo el influjo de una borrachera.

Ahora no decía nada. Movía de un lado a otro su cabecita lívida, empapada de sudor, como si dijera una y otra vez que no, que no quería marcharse.

El sol iluminaba la cama, trazando en la colcha una ancha faja amarilla. Veíase a través de los cristales de la ventana el cielo puro, sin una mancha, lejano e indiferente. Pasó una ráfaga de brisa, que levantó humareda de polvo en la carretera y agitó levemente la cortina blanca, con el pausado movimiento de una mano que dice adiós, y el médico cubrió violentamente, con ademán brusco de impotencia y rabia, el rostro de Pepito, que se había quedado inmóvil, con expresión casi divina de serenidad e inocencia.

**LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS**

**(1861 y 1863 - 1925 y 1896)**

## “LA HORRIBLE JORNADA”

“¿Qué hicieron para ser fusilados aquellos hombres?

Poco después de medio día, mientras en el colegio de Molino de Viento se verificaba la elección, corrió en el Puerto la voz de que yo había sido detenido y llevado a la cárcel. Espontáneamente, impulsivamente, los obreros del Puerto dejaron el trabajo y se encaminaron hacia el centro de la ciudad, al lugar de la elección.

Yo les encontré junto a la plaza de la Feria. Era una masa heterogénea de hombres, mujeres, chiquillos. Había hasta niños de pecho en brazos de sus madres. Me saludaron con cariño y alegría, me abrazaron. Yo tuve entonces la más grande, la más honda e inefable emoción de mi vida de propagandista y combatiente por el bien del pueblo.

En pocas palabras les ratifiqué lo que ya les mostraba mi presencia; que estaba libre, que nada se había hecho contra mí. Diles efusivamente las gracias. Les aconsejé que se volvieran a su trabajo y a sus casas. Pero la curiosidad retuvo a la mayor parte. Ya que estaban allí querían esperar a enterarse del resultado de la elección. Esparciéronse por la plaza de la Feria y por las calles inmediatas.

Y transcurrieron las horas siguientes hasta el término de la

votación en completa tranquilidad las calles. Había mucha gente, pero no ocurrió ni un solo incidente desagradable. Lo prueba el hecho de que no hubo ni un solo detenido de los obreros del Puerto.

El delegado del Gobierno señor Gavilanes habló conmigo hacia las dos de la tarde y me dio las gracias por la actitud de mis amigos. A las tres y media vino a buscarme al Círculo el teniente Abella, que mandaba las fuerzas de la Guardia Civil. Me pidió que influyese para que los obreros se retiraran al Puerto, porque había oído que, determinada la elección, trataba de hacerse una manifestación pública que no podía consentir, pues no estaba autorizada. Le contesté que no había manifestación; le ofrecí llegarme a los obreros en cuanto se conociese el resultado del escrutinio.

\* \* \*

A nadie se detuvo; no apareció un arma en el lugar del suceso; de los seis muertos, cinco recibieron las balas por las espaldas, cuando corrían...

\* \* \*

¡Viudas, hijos, padres de las inocentes víctimas! Vuestro dolor fue el mío en aquella sangrienta jornada; mi pena es vuestra pena, que hoy el aniversario reverdece.

Sembrado de espinas está el camino, llena de dolores la vida de los que luchan por la emancipación de los oprimidos, por la libertad de todos, por la igualdad social.

Pero hay que seguir adelante... La idea es inmortal”.

**JOSE FRANCHY ROCA**

**(1871 - 1944)**

## A LA HORA DE LA MUERTE... de "LA LAPA"

Martín, al reposar en tierra firme, respiró con ansia. Quiso trepar, andar, reconociendo el terreno, pero era imposible. Las rocas abruptas le cerraban por todas partes el paso.

Era una temeridad, en medio de la densa tiniebla, aventurarse a una exploración.

Convencido de que estaba a salvo, confióse a la suerte y determinó esperar.

¿Dónde estaba? Esta fue su pregunta, naturalmente incontestada. Tal vez en algún peñascal de La Graciosa; quizás en la costa misma de Lanzarote.

Tan profunda era la oscuridad que Martín no alcanzaba a ver más allá de un par de brazadas. Percibía delante el "aire" del vacío, y desde abajo subía el clamor de las olas rompiendo furiosas contra las rocas; detrás alzabase el peñascal negro, erizado de picachos y en ellos el viento que los azotaba con furores de vendabal rugía con continuo y estridente rumor.

En los primeros instantes, entre el fragor de las aguas, Martín creyó oír gritos angustiosos, voces desesperadas que se perdían en la soledad infinita del mar.

—¡Socorro!

Aquello voz se apagaba, ronca y dolorosa; por un lado y a la parte opuesta, allí bajo mismo, percibió también un chapoteo en el agua, que bien podía ser de las ondas batiendo, de algún náufrago que se ahogaba.

Sí; algún náufrago, un infeliz compañero, a la hora de la muerte, imploraba la misericordia de los cielos.

—¡Dios!... ¡Sálvame!

¿Qué había sido de los compañeros? La suerte del buque ya la conocía. Lo sintió hundirse lentamente bajo sus pies a la hora última.

También quiso vocear llamando a los camaradas de “El Cometa” para indicarles dónde, como él, encontrarían tierra para salvarse.

—¡Patrón...! ¡Ah, patrón!

Nadie respondía. Escuchábase nada más que el fragor de las olas en las rompientes y el silbo destemplado del viento al pasar en ráfagas violentas.

—¡Juan!... ¡Acá!

Eran en vano las voces. Tal vez los compañeros, a nado, habían logrado ganar la costa. Luego pensó que aquel silencio de los náufragos podía ser una señal de muerte. Le sobrecogió de miedo la rápida visión de la catástrofe, entrevista, presentida, en toda su realidad dolorosa y trágica.

El instinto de conservación, despertándose de improviso, el acoso de un miedo repentino que no pudo dominar, hicieron a Martín erguirse, trémulo, espantado, con los cabellos en punta y los dientes castañeando...

**ANGEL GUERRA**

**(1874 - 1950)**

LA LAGUNA  
(Después de la estación veraniega)

Ya La Laguna, triste y solitaria,  
vuelve a su natural recogimiento,  
a ser la típica ciudad canaria  
donde se reconcentra el pensamiento.

Florón el más antiguo de Nivaria,  
en un valle *fecundo* tiene asiento;  
allí crecen el pino y la araucaria,  
que son las liras rústicas del viento.

Sólo el gremio escolar que se declara  
amante del bullicio y la alegría,  
le presta animación con su algazara.

O se escucha la mística armonía  
del Organo al pasar por "Santa Clara"  
en la tarde otoñal, lluviosa y fría.

**ANTONIO ZEROLO HERRERA**  
(1854 - 1923)

## MALOS CONSEJOS

Comparar la amistad de cierta gente  
con alguna sustancia venenosa:  
a minúscula dosis, conveniente;  
pero a dosis crecida, peligrosa.

Atropello al incauto, al inocente,  
al sincero con alma candorosa;  
por alcanzar el lauro finge y miente;  
si te estorba el rosal, caiga la rosa...

Sigue, pues, la comedia y el engaño,  
destacándote siempre del rebaño,  
actuando siempre de primer actor;  
que en el teatro de la humana farsa,  
antes que hacer papeles de comparsa  
es preferible ser espectador.

**MANUEL VERDUGO**  
(1877 - 1951)

## PUERTO DE GRAN CANARIA

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,  
con sus faroles rojos en la noche calina,  
y el disco de la luna bajo el azul romántico  
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,  
lento compás de remos, en el confín perdido,  
y el leve chapoteo del agua verdinosa  
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados  
las mortecinas luces de los barcos anclados,  
brillando entre las ondas muertas de la bahía:  
y de pronto, rasgando la calma, sosegado,  
un cantar marinero, monótono y cansado,  
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

**TOMAS MORALES**  
(1884 - 1921)

## AL DEJAR LA ANTIGUA VIVIENDA

Al dejarte, vivienda de mi antiguo respeto,  
donde pasé los años más puros de mi vida,  
quiero, como homenaje de cordial despedida,  
ofrendarte el divino tesoro de un soneto.

Bajo la paz augusta de tus viejos maderos  
surgió, como un milagro, mi juventud en flor;  
en ti soñé las gracias de mi primer amor,  
en tí labré el tesoro de mis versos primeros.

Tú guardas en silencio todo el pasado mío;  
tu barro es carne mía, que hoy tirita de frío  
en este lento viaje hacia la senectud...

Por eso, aunque te deje desolada y desierta,  
vendré todas las noches a llamar a tu puerta,  
¡a ver si me responde dentro mi juventud!

**SAULO TORON**  
(1885 - 1974)

## LA NOCHE

Ayer, al morir el día,  
entró la noche en mi casa.  
Al entrar cerró la puerta...  
—ya estaba medio cerrada—  
Temblaba. No sé por qué;  
pero la noche temblaba.  
—Acaso creyera que  
alguien fuera a delatarla—  
No me trajo sus estrellas;  
nada...

Sólo un rumor callejero  
que a mí no me interesaba.  
Vi negruras en sus manos  
y en su cara;  
en sus ojos, un lejano  
resplandor de luna pálida;  
sobre su veste inconsútil,  
la huella de unas miradas...  
Conmigo fue desde que  
esa noche fue a mi casa...

Partí con ella mi pan;  
le di a beber de mi agua;  
dije, y ella repitió  
mi plegaria;  
    y entró conmigo  
en mi estancia;  
y le ofrecí y aceptó  
mi cama...  
Y cuando vino el día,  
ya conmigo no estaba.  
Mas a lo largo del día,  
la buscaré sin descansar  
hasta encontrarla,  
e, igual que ayer,  
será conmigo hoy y mañana...  
¡Todas  
    las mañanas!  
Hasta que un día, noche,  
en mí te hagas  
    eterna,  
y, envuelto en tu negra mortaja,  
ruede contigo mi cuerpo  
por el despeñadero de la Nada...  
    —¡Ah!, pero, antes,  
¡Habrá volado hacia el azul el alma!

**MONTIANO PLACERES**

**(1885 - 1936)**

## TIERRAS DE GRAN CANARIA

Tierras de Gran Canaria, sin colores,  
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.  
¡Montes de fuego, donde ayer sentía  
mi adolescencia el ansia de otros lares!...  
Campos, eriales, soledad eterna;  
—honda meditación de toda cosa—  
¡El sol dando de lleno en los peñascos,  
y el mar... como invitando a lo imposible!  
¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,  
sobre una roca, frente al mar, aguardo  
el mañana, ¡y el otro!... ¡Horas amadas  
no nacidas aún! Ansias secretas  
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía —siempre  
llena de luz para mis ojos crédulos—,  
en estos campos sin color, mi alma  
tiene el eco engañoso del desierto...  
En el azul están mis ideales  
tan invisibles como las estrellas

en este atardecer... ¡Y, sin embargo,  
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,  
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...  
¡Montes de fuego, donde ayer sentía  
mi adolescencia el ansia de otros lares!...  
Soledad, aislamiento, pesadumbre...  
El corazón siempre en un punto misterioso  
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero  
que no pasa jamás del horizonte!...

**ALONSO QUESADA**

**(1886 - 1925)**

## UN RECUERDO

Cuando evocamos el recuerdo de José Franchy y Roca, al punto se nos representa la figura de un hombre que dejaba adivinar su distinción espiritual. Jamás durante los años en que tuve el privilegio de tratarle, primero con la distancia proporcionada a la diferencia de nuestras edades, y luego a lo largo de una diaria convivencia, escuché de sus labios expresión alguna que pudiera considerarse como trasunto del rencor o del amargo desengaño. Y cuenta que quien esto escribe, joven estudiante, formaba ya en los grupos de adictos que acompañaban al líder republicano cuando éste dirigía sus pasos rumbo a la celebración de alguna de aquellas inolvidables asambleas, en las cuales, con un dominio absoluto de la palabra —hablaba como si leyera— mantenía vivo y encendido el entusiasmo por sus ideales federalistas.

Mis precisiones cronológicas son un tanto confusas y sometidas a rectificación; pero creo que fue hacia 1910 ó 1912, cuando en casa del doctor Luis Millares (la misma que hoy ocupa el colegio “Viera y Clavijo”, en la calle que lleva el nombre del mencionado escritor y cirujano), se desarrollaba una interesante serie de actividades escénicas. Teatrillo, recopilación de piezas breves, hoy po-

co menos que olvidadas, de Luis y Agustín Millares, era el título que ostentaba la reducida sala donde subieron a escena, que yo recuerde, obras de Benavente, y de los hermanos Quintero, y donde, acaso por primera vez, sonaron en España los coros del Parsifal wagneriano, sabiamente dirigidos por el tan extraordinario como malogrado musicólogo Miguel Benítez Inglott. En Teatrillo se representó asimismo Pascua de Resurrección, de los hermanos Millares, con bellísimas ilustraciones musicales del benemérito maestro don Bernardino Valle, aragonés por su nacimiento, pero bien canario por el entrañable amor con que consagró a esta tierra lo mejor de su inspiración y de su talento.

En este ambiente se representaron dos obras de Mauricio Maeterlinck, entomólogo y escritor que tanta influencia tuvo en la producción literaria de su época: me refiero a las tituladas *La intrusa* e *Interior* ambas de muy sencillas estructuras y de una acción pausada, transidas empero en un sentimiento a la vez sereno y alucinante, que al punto se enseñoorea del ánimo del espectador. Si la versión que en aquel entonces se estrenó era debida a la pluma de Franchy o se trataba, como me sugiere Pedro Perdomo Acedo, de la publicada por José Martínez Ruiz, quien más tarde haría ilustre su pseudónimo de Azorín, no me atrevería a decirlo, pues el texto en cuestión hoy por hoy no es posible localizarlo. Lo indudable es que nuestro coterráneo pronunció a manera de introducción o prólogo interpretativo de la primera de las piezas citadas, una charla inolvidable, cuya idea central, reiteradamente formulada, estribaba en el contraste entre el personaje ciego, único en percatarse de la presencia de la muerte —la intrusa— y los demás, incapaces de percibirla, a pesar de tener ojos.

En otra ocasión recordé cómo Franchy, ya en el destierro, y al disfrutar de un ambiente en el que encontró “libros y libertad”, los dos ideales de Gallardo, consagró sus ratos de ocio al aprendiza-

je del inglés. La lengua francesa la dominaba a la perfección, y por fortuna se conserva en poder de doña Francisca Sofía de Torre, viuda de Pérez Galdós, el autógrafo de la traducción de *Une vie*, de Guy de Maupassant, a la que Franchy dio remate en la ciudad de México, y que es verdadero modelo en trabajos tan erizados de dificultades, como el de una versión que sea a la vez fiel y se halle a la altura literaria de su modelo.

El día en que se escriba una biografía completa y documentada de nuestro insigne paisano, habrá que añadir a sus bien notorias actividades políticas, que tanto contribuyeron a renovar el enrarecido ambiente isleño de su época, estas otras, aquí torpemente recordadas, tan características y evocadoras de la aristocracia espiritual de un hombre que fue singular paradigma de inteligencia y de honestidad.

**AGUSTIN MILLARES CARLO**

**(1893)**

## de "VERANO DE JUAN EL CHINO"

A los pocos días, en la Catedral, se cantó un Te Deum en acción de gracias por el término de la epidemia. Esa misma tarde, bajo un sol desteñido y por las calles enramadas, desfiló la procesión del Santísimo Corpus Christi, escoltada por el Ayuntamiento en pleno, lo que no dejó de sorprender a los sufridos vecinos que se creían abandonados por sus regidores. El prebendado Araña se negó a entregar las velas procesionales a estos señores regidores, lo que provocó un desagradable incidente, algo así como un choque de jurisdicciones. Detener o procesar al prebendado no era posible, dado que tenía que ser juzgado por la autoridad eclesiástica, representada por el señor obispo, a su vez alcalde interino. Delicada situación para la doble autoridad. El conflicto, sin embargo, hubo de resolverse felizmente, aunque no a satisfacción de los señores regidores. Se detuvo al perrero Blas Simeón, que ingresó en los calabozos municipales como portavoz del impulsivo prebendado.

Fonseca y Juan el Chino, desde una de las ventanas del despacho, contemplaban sorprendidos el nutrido desfile de autoridades y fuerzas vivas. Allí estaban todos los que habían huido, encauzados ahora por el acto piadoso.

Juan apenas escuchaba los comentarios de su jefe. Pensaba

en María Isabel. No había conseguido verla desde la noche inolvidable, pero ahora sí sabía dónde se ocultaba. Vivía con las tías, las hermanas de don Baltasar, aquellas dos máscaras fugitivas, ya de regreso. La casa del callejón continuaba cerrada. Las relaciones de María Isabel con Marianito, de vuelta también, se habían reanudado.

—No me explico —decía Fonseca— dónde puede haberse escondido tanta gente. Yo los daba a todos por muertos, y ahí los tienes. No falta ninguno.

Terminados los actos que podían calificarse de oficiales, el pueblo se lanzó también a la calle para festejar la salud recobrada.

Una mañana gris, entoldada con nubes plomizas que acentuaban la profunda melancolía del ambiente, las sociedades populares de recreo arrastraron por las calles mal empedradas dos grandes carros alegóricos. Uno de ellos, cubierto de terciopelo negro con remates dorados, lucía un retrato de Su Majestad la reina bajo una centelleante corona real. Del carro tiraban cuatro guerreros romanos. La segunda carroza, decorada con profusión de letreros encomiásticos, iba precedida por otros cuatro caballeros, esta vez vestidos sin más explicación “a la usanza de Felipe IV”.

La cabalgata tuvo poco éxito. No estaba el público para alegorías.

Una mañana subió Juan al barrio de San Andrés en busca de su amigo el exclaustro. Lo halló a la entrada del barrio, mirando desde lo alto la ciudad.

—Vengo a pedirle un favor —le dijo Juan.

—Usted me dirá.

—¿Se acuerda de la señorita Isabel?

—Sí, señor. No podría olvidarla.

—Ni yo tampoco.

—¿Qué le ha pasado?

—Se fue de la casa. Ahora vive con unas tías suyas, unas hermanas de su padre.

—Que en gloria esté —agregó Andresito—. No volveré a tener otro traje como el suyo.

—¿Qué hizo usted con él?

—Vestir a un difunto, un tal Celedonio. No había sido más que un mendigo, pero se fue a la otra vida hecho un caballero. ¿De qué favor se trata?

—Me gustaría que hablase con la señorita Isabel y le preguntara si no va a volver a su casa. Como cosa suya, sin hablar de mí; no vaya a creer que quiero beneficiarme.

La entrevista de Andresito con María Isabel no pudo ser más desairada. La señorita Isabel había entendido que Andresito venía a pedirle una limosna, y se la dio en silencio, sin hablarle. La visión del ex náufrago le impresionaba. Andresito salió de la casa con el real en la mano, en silencio también.

—Lo que pasa —le explicó Juan— es que ninguno de los dos quiso hablar. Porque mudos no son ni ella ni usted.

**CLAUDIO DE LA TORRE**

**(1895 - 1973)**

## SEMEJANTES AL METRO

Transportan los camellos sus espartos errantes  
y al asentar sus montes  
en los llanos de líquenes donde se gasta el pueblo  
imitando a los cráteres alinean sus jibas  
y aflojado el resorte, semejantes al metro,  
pasivamente pliegan sus articulaciones  
cansadas de medir tanto desierto;  
necesitan quedarse,  
henchir la piel del agua con la carne del agua  
ciega de solajero;  
cargar las diferentes nubes de sus espacios,  
sentir la recompensa del aljibe en los belfos  
y elanzados quemar las impacientes venas  
para tener mañana  
y proseguir en ruta, a fuer de antiguas naves,  
calzando con sus hormas las lindes del océano;  
¡y el sol del mediodía sigue en alto  
como una piedra grande disparada de lejos!

**PEDRO PERDOMO ACEDO**  
(1897)

de "CRIMEN"

Tras mi tierna oración, un ejército de moscas de alas verdes, de caracoles de campo, de cucarachas, de sapos y de pequeños ratones blancos, comenzaron a subirme por las piernas hasta cubrirme con sus inmundicias todo el cuerpo. He aquí el traje que se me tenía reservado. Bullía en torno a mi cabeza el hervidero hostil de las moscas. Un temblor espeluznante palpitaba sobre mi vientre y sobre mis brazos y sobre mi cara y sobre mis axilas y hasta sobre mis manos clavadas a la cama por dos anchos puñales que me producía una sangría abundante. Los ojos se me nublaban, y preveía que me iba a desmayar de un momento a otro. Mis mayores amarguras no provenían de esto, sin embargo. Sino de una cabeza troncada de mujer morena, que desde un rincón del balcón me miraba con ojos suplicantes, como si dependiera sólo de mí sus destinos. De aquella cabeza terriblemente pálida, colocada sobre un pequeño velador, e iluminada por la luz tenue del alba, fluía un fino hilo de sangre que había formado un gran charco en el piso del balcón. Habló, al fin, la cabeza, y la voz de María Ana amaneció de pronto sobre la noche apremiante de la alcoba.

\* \* \*

Vi cómo el velador cería bajo un gran peso, y la cabeza de María Ana rodaba al suelo, arrastrando en su caída cuatro blandones encendidos que yo no había visto hasta entonces. En el cielo, que empezaba a hacerse apenas rosado, flotaba una gran cruz oblonga a cuyo alrededor volaban varios cuervos silenciosos como siniestro rebaño de ataúdes alados.

Esta isla lejana, en la que ahora vivo, es la isla de las maldiciones.

Bulle a mi alrededor un mar adverso, de un azul blanquecino, que se oscurece en un horizonte marchito, vacío de velas latinas y de chimeneas trasatlánticas. Hay bajo mis pasos una masa de tierra parda bajo puñales curvos de cactus, higueras mórbidas y auladas doradas. Sobre unas rocas frontales se desmayan las sombras violentas de unas zarzas.

Yo, el hijastro de la isla. El aislado.

**AGUSTIN ESPINOSA**

**(1897-1939)**

## SOLO DE TIERRA

Porque nada es estable y sí huidizo,  
aun en sus instantes y presencias  
lo porvenir tal si pasado pienso.

No es este el modo, lo sé, de ilusionarse.  
Pero ¿qué hacer porque no fuera tanto?  
Mirando hacia la vida y hacia dentro  
a este triste horizonte me adelanto.

Porque no podéis ser mi compañía  
este triste horizonte fue creciendo por vosotros,  
amigos, y ensanchando.

Porque no podéis ser mi compañía.  
Por no poder hablaros ya, ni veros.  
Por separarnos la tierra en que yacéis  
y ser ¡sólo de tierra, compañeros!...

**CHONA MADERA**  
(1900)

## SIEMPRE A MI LADO

Siempre a mi lado, y no es mi sombra. Siempre  
sobre mis hombros su mirada dura,  
junto a la huella de mi pie, su huella,  
sobre mi alma, la suya.

Adonde miro, fríamente mira,  
y, cuando beso, a mi besar se junta.  
No sé quién es, y lo supongo. Marcha  
siempre a mi lado y sin hablarme nunca.

**FERNANDO GONZALEZ**

**(1901-1972)**

## ROMANCE DE PANCHO MARRERO

Hacia los Riscos subía  
en copas Pancho Marrero  
tan mal puesta la cachorra  
que mal parecía un sombrero.  
En el cinto, su cuchillo,  
a la derecha, su perro.  
Pegaba tanto el levante  
que se fumaba el sendero  
y los charcos se bebía.  
Iba todo él de negro  
no porque tuviera luto,  
era cosa de familia.  
Subía Pancho Marrero  
por San Nicolás arriba  
con su perro majorero  
que le hacía compañía.  
De la "Casa de los Picos"  
las alabardas se hundían,  
en las carnes de la noche  
besando la amanecida.

La luna estaba cuajada  
por el levante que hacía.  
El perro no la ladraba  
que era perro que mordía.  
Subía Pancho Marrero  
y ya estaba casi arriba,  
la Luna sudaba lirios  
por el Levante que hacía.

Seis voces dio un campanario  
y se alumbró el nuevo día.  
Sacó Marrero un cuchillo  
de abolengo tan canario  
que sangre no conocía,  
todo un cuchillo labrado  
por los Batistas de Guía.  
De la "Casa de los Picos",  
los tres cuchillos herían  
la piel de la madrugada  
que poros de luz tenía.  
Pasó el dedo por el filo,  
del cuchillo y dijo: atisba,  
que hoy vas a probar la sangre,  
que hoy en día te desvirgan.  
Salió de una casa un hombre  
¡Estate quieto, bardino!  
le dice Marrero al perro.  
Ella con él me engañó,  
mañana habrá dos intierros.  
Cuando te hunda en sus carnes  
verás al primer amago  
manar un chorro de sangre  
roja como la del drago.

Lontano un gallo cantó,  
las calles estaban solas,  
la Luna ya en su agonía  
sudando estaba amapolas  
por el Levante que hacía.

En una casa terrera  
se ve asomar a una vieja,  
ladra el perro majorero  
con la cola haciendo fiestas.  
Es la madre de Marrero,  
que al verla tan menudita  
tan triste y tan poca cosa  
se dice Marrero ¡no!,  
no habrá sangre en buena hora  
ni desconchabos ni intierros.  
Y mientras tú vivas, Madre,  
jamás hundiré esta hoja  
engañeme quien me engañe,  
que esas son cosas del cuerpo,  
que la tierra ha de tragarse.  
Acarició el duro acero,  
y en la vaina de su cinto  
lo volvió a su manso encierro.  
Más de mil gallos hervían  
el aire con sus cantatas,  
mientras la vieja a Marrero  
esperaba hasta las tantás.  
Huelga de estrellas había  
y en lo más alto del cielo  
un gran lucero esquirol  
sus platinos derretía  
albeando los senderos.

La Luna besó en la frente  
a la madre de Marrero.

**VICTOR DORESTE**

**(1903-1966)**

## BOLIVAR Y CANARIAS

La gran figura excepcional de Simón Bolívar tiene para los canarios, además de los altos atributos que labran su prestigio inmarcesible como una de las personalidades de mayor relieve de la historia universal, otros perfiles humanos que le confieren en nuestra admiración y en nuestro respeto una especial y sentimental calificación. Bolívar, como ha demostrado la investigación historiográfica, no sólo se rodeó de amigos, servidores y consejeros isleños —como cariñosamente llaman a los canarios en Venezuela, distinguiéndolos de los restantes españoles, con esa misteriosa intuición popular de nuestra raigal y esencial idiosincrasia de insulares— sino que nos distinguió con una especie de simpatía, o de distinta disposición, en la inevitable animosidad de sus luchas liberadoras, cosa que había de hacer bien patente la invocación inicial de su famosa proclama: “Españoles y canarios...”. El genial forjador y animador de la poderosa rebelión americana, que había de convertirse con los años en el más irradiante símbolo de todos los movimientos liberadores, debió encontrar en el trato y comercio de los canarios, no solamente esas dimensiones de nuestra personalidad que tanto nos asemejan a los americanos —nuestro ritmo y nuestro tiempo vital, nuestra habla cadenciosa, nuestra humilde continen-

cia, nuestra sencilla laboriosidad, nuestra amistosa hospitalidad, nuestra tranquila abnegación, nuestra tendencia lírica y soñadora, etc.—, sino, a buen seguro, una sincera y entusiasta comprensión de los afanes y aspiraciones que movilizaban su justa y noble rebeldía.

**JUAN RODRIGUEZ DORESTE**

**(1904)**

## LAS ISLA Y SU VOCACION INTERNACIONAL

Entre nosotros ha habido una poesía de tierra adentro y otra de puertos cosmopolitas. Los contactos con el extranjero fueron siempre constantes. El extranjero podía ser un pirata, un comerciante, un huido político. Pero cualquier aislamiento —y mucho más cuando éste se vive en su totalidad, es decir, que se está sintiendo porque a todas las horas del día se ve el mar por todas partes, para no convertirse en un infierno una vez que se tiene conciencia que no es un paraíso con la ideal mentalidad clásica— exige una comunicación permanente con el que llega de fuera, amigo o adversario, da lo mismo, se necesita del prójimo, nos urge la presencia del diálogo con el que nos va a enseñar otras maneras de hacer, vivir o cantar. No tiene nada de extraño que, en los años treinta, Tenerife, la juventud que la habitaba después de los nacionalismos más o menos folklóricos de una dictadura política, que hasta la isla llegaba de un modo muy debilitado, se colocara frente al mar con los pies en el agua hasta abrir todo tráfico de ideas e inaugurar una buena libre plática con toda clase de navíos. Es muy posible que este primer acaecer tuviera un significado completamente lúdico, con su sortilegio, la pureza irreprochable adolescente y, asimismo, con su activismo desmesurado y fuerte. El paisaje anterior se true-

ca en otro paisaje nuevo. El verode, el pino y la aulaga y el bosque verde son cambiados por la pitera y el euforbio. El mar se convierte en escueta ontología y se deshace su historia y todo el quehacer tradicional o mítico.

El aislamiento, la intimidad, y el narcisismo, que parecían ser las maneras de existir de toda condición insular, se pierden ante un sentimiento de comunión reiterado con lo que llega de fuera, con su incitación vital. Todo quiere decir que el poeta canario, llegado el momento, sabe situarse sobre una irreversible dialéctica y dar a su isla el lugar que le corresponde. El sabe que por este océano le llegó, en tantas circunstancias, la crítica, el debate, el mundo de relaciones, su fisonomía cambiante, frente a la fija de esa tierra interior, para ofrecer al espíritu la exigencia de una acción renovada, la necesidad del cambio, el imperativo del discurso siempre modificado. Los temporales del mar se recobran mucho más pronto que los de la tierra.

Para establecer un orden de esta tierra se necesita que pase largamente el tiempo, que los árboles crezcan, que las aguas se sequen. En el mar, aislante, de la noche a la mañana, todo aparece en reposo en su superficie inexcrutable, límpida como en el tercer día de la Creación. Tenerife, como todas las islas, ha tenido que soportar las más extrañas dependencias, los más opuestos niveles, la política, lo social, lo económico, el arte, las modas. Su corta historia no dio margen para que se inventasen grandes cosas. Hemos tenido que vivir de prestado. Estas deudas lo mismo podían ser metropolitanas, las que percibíamos desde Madrid, Barcelona o Cádiz, o las que con los buques procedían del extranjero. Lo que en verdad sucedía es que todo aquí se iba modificando un poco, con su tiempo de adaptación, sus formas de trasplante. El dominio español fue a veces más poderoso en unas ocasiones que en otras. Y en determinados momentos las influencias foráneas fueron acogidas con el ma-

yor júbilo. La instantaneidad, el esnobismo, y la frivolidad han sido de forma cíclica elementos muy importantes en las crónicas de estos insulares. Los instrumentos necesarios para aguantar el reiterador ensimismamiento, la incomunicación o el encarcelamiento.

**DOMINGO PEREZ MINIK**

**(1905)**

## FILM VAMPIRESCO

Tus ojos de Joan Crawford  
yo los hice más grandes, más grandes todavía.  
Con qué crueles bisturíes te dilaté los párpados  
y tus ojos se abrían y se abrían;  
desmesurados,  
en un crescendo blanco,  
de tal forma  
que llegaron a ser dos grandes huevos  
de abandono y de espanto.  
(Y tú, ausente, intocada,  
sin presentir siquiera  
el horroroso crimen cometido,  
a dos metros escasos).

**EMETERIO GUTIERREZ ALBELO**

**(1905 - 1969)**

*A Tomás González y González*

Tengo un amigo marinero.  
Sus palabras suenan a hombre  
y si no es coloquial está callado.  
Se sienta siempre contra el viento.  
Lía su cigarrillo de tabaco de hoja  
y lo enciende con su mechero de martillo.  
Una tarde me dijo:  
—La mar tiene hoy una *picadera*  
que no hay quien la aguante.  
Y la otra:  
—La verga de la brisa  
pasa por esa nube  
y llega a Nueva York.  
Ahora, mirarle simplemente.  
Acaso ya tan sólo diga las buenas tardes  
al tomar el camino de su casa.  
Fumar juntos es también conversar.  
Y es grata la hombridad de su silencio.

**PEDRO GARCIA CABRERA**  
1905

de "JOSHANI"

Una callejuela. Un muro de infinito bláncor luce una puerta fina, en su arco de yeso. Es la entrada al palacio del "cololio" Shepe, de la gran raza corsaria de los Bacher-Hoche, dinastía de tiranos de la mar, de prestigio infinito.

El eunuco Alí trae acá a un venerable fraile de San Francisco, grave y dignamente puesto. Esto a nadie extraña en tierra cruzada a cada instante por hábitos de todas las religiones; que a todos miden por el mismo rasero estos demonios mediterráneos.

Traspuesta la entrada cruzan un patio enorme. En lo bajo, alguien tañe un instrumento de poca cuerda y con voz delgada canta una triste sonata morisca. Una fuente cruza sus chorros y las magnolias se abren, indolentes, al sol.

Aquí vive Joshaní, la hermosa cautiva isleña, favorita del feroz "cololio". Ella es quien envía a buscar a Fray Ambrosio de Jesús. Ha sabido que el religioso es de Icod, en tierras de Tenerife, y que han tomado la nave en que iba, ya a vista de Cádiz. Como hacía con todos los cautivos canarios, la favorita quiere cambiar razones y palabras sobre aquellas tierras y conocer las vidas y andanzas de sus desconocidos parientes.

Viene el buen fraile un tanto inquieto, aunque sabe de la bondad de la hermosa Joshaní, providencia y socorro de todo buen isleño cautivo, y además Fray Ambrosio está seguro de la solidez de su bondad, equivalente a la fortaleza de su fe, y por ello que nada malo habrá de acontecerle.

El, abrazado a la cruz, aguardará firme en su cautiverio; si viene el rescate, que venga; si no, allá cuidados, que tal día hizo un año.

En un aposento, varias mujeres cotorrean entre ruido de pulseras, bajo sus velos subidos. Un gesto de la más ricamente ataviada las hace acallar el alboroto. Ella, deshaciendo la bruma que espesa su rostro, con voz melodiosa pregunta:

—¿Sois vos Fray Ambrosio de Jesús?

—Así es, señora. Y vos, ¿no sois la hija de don Fernando Alvarez de Ribera?

—Por desgracia mía, ésa soy, padre.

El buen fraile ojeó a la dama, cautivo en el sonido transparente de su voz con acento de extranjería. Todo en ella estaba en su punto y muy bien dispuesto. El nombre gentil que ahora llevaba doña Ginebra Alvarez de Ribera y Monteverde, "Joshaní", quería decir, en aquel dialecto argelino, "la hermosa", y le cuadra a maravilla. Su belleza es la de una heroína de puro romance norteño. El cuerpo reviste el aire indolente de una vara de nardos oliendo a gloria. Los labios perfectos tienen el apasionado tono de la granada más roja y los ojos se adormecen en un lecho de violetas encendidas.

**NESTOR ALAMO**

**(1906)**

## TORMENTA

Faltaba muchos años de aquella población. Ahora la había visitado de nuevo, para ultimar unos asuntos de cierta importancia. Me era de antiguo conocida, pues allí pasé largas temporadas, cuando mis actividades estudiantiles me obligaron. Era una gran ciudad, clara y luminosa como una caja de cristal ardiente. Vivía ajena al continuo batallar de la existencia, que se acusa profundamente en otras poblaciones, donde el trabajo ocupa más lugar que la distracción y en las horas de la noche se arropan en ese manto de silencio que las hace desiertas y mudas.

*Pero ahora la ciudad estaba triste, había pasado por ella el desolador fantasma de la guerra y hecho presa en su alegría, atezando con sus manos de luto aquellas piedras urbanas, frívolas e insensibles a la tragedia que, durante algunos años, gravitó sobre ellas. Las gentes caminaban con el ceño fruncido y su carácter expansivo y cordial se había tornado hosco y huidizo. Intenté inútilmente hallar respuestas amables, cuando en alguna ocasión inquirí las señas de determinados lugares. Me parecieron seres egoístas y huraños, deambulando como sombras, dentro de sí mismos, sin tiempo para prestar atención a problemas extraños, agobiados por*

los suyos, acaso, insolubles. Ahora se trabajaba en la ciudad. Su fisonomía de palacios y jardines se había trocado en otra bien distinta. Murallones de ladrillo rojo y altas chimeneas se multiplicaban en todo su perímetro.

Deambulé por la gran ciudad, en busca de lugares que atrajeran a mi recuerdo los hechos de aquellos tiempos estudiantiles, ya remontados en muchos lustros, tiempos que siempre en nuestra memoria son los mejores. Episodios que, al suceder, nos hicieran llorar y, al recordarlos hoy, nuestra mejor sonrisa nos invade, porque el pensamiento se ha envejecido, nos hemos tornado más escépticos, y sentimos indulgencia y encontramos ingenuo, lo que entonces nos pareció dramático y desolador.

Todavía sobre las mesas de algún viejo café, de espejos y sillones de terciopelo rojo, que milagrosamente sobrevivían, me pareció escuchar el ruido de aquellas monedas de las que siempre nos devolvían algo, y eran cuidadosamente administradas por constituir el corto patrimonio del mes estudiantil o quizá nuestras voces escandalosas e hirientes protestando de la carestía de lo consumido.

He caminado lentamente dejando que mis pasos los condujera el azar, único piloto de mi ruta, y, de este modo, desemboqué por una de las grandes avenidas, entre casas recientemente edificadas, en las afueras de la gran ciudad.

El panorama era triste y seco. Tierras rojizas y polvorientas, casuchas arruinadas por la metralla, se esparcían de acá para allá, en una extraña y confusa geometría. Aproveché un trozo de losa que debía haber pertenecido a algún banco y allí sentado permanecí pensativo, tratando de recordar la antigua topografía de aquellos lugares. A pocos metros de mí se levantaba, o mejor se derruía, una especie de caseta de ladrillo que debió pertenecer a los vigilantes

de la red de tranvías. Su camino de hierro, en muchos lugares interrumpido, denotaba su antigua existencia. Algunos postes rotos y cables retorcidos y herrumbrientos me afianzaron en la idea. Entonces, repentinamente, una flecha de luz atravesó mi recuerdo y reconocí como familiar cuanto me rodeaba.

\* \* \*

Por aquellos parajes existían entonces unos merenderos, donde los domingos por la tarde nos reuníamos en torno a una mesa, presidida por jarras de vino fresco y algunos bocados. Se bailaba, cantaba y discutía con esa casi jovialidad agresiva de los veinte años, por la que ahora sentimos una definitiva envidia y la añoramos como irreparable.

Recuerdo claramente aquella tarde. No había encontrado la pareja ideal y me ausenté dejando a mis amigos cuando se iniciaban discordes canciones en alta voz. Era otoño. Las primeras luces de la ciudad comenzaban a rutilar a lo lejos, empañadas por un mar de nieblas que parecía flotar sobre las casas. Se percibía un aroma mezcla de humedad y de flores de acacia que tendían una alfombra amarilla en mi camino. Comenzó a llover, subí mis solapas y apreté el paso. Un trueno me hizo estremecer y otro más brusco interrumpió mis cavilaciones. Corrí hacia la caseta del vigilante del tranvía que estaba cercana. Un aluvión de agua inundó el paseo, y la brisa, ésta convertida en viento huracanado, amenazaba arrancar árboles y postes. Cayeron por los alrededores algunas chispas eléctricas y un árbol derrumbó con estrépito. Lamentaba mi mala suerte, guarecido en la caseta, pensando el tiempo que tendría que pasar en aquella situación, cuando, inesperadamente, crujió la puercecilla y se precipitó dentro una mujer. Observé que era joven, estaba aterrorizada, tiritando bajo su traje ligero completamente empapado. La saludé amablemente y recomendé que se calmara, pues

la tormenta pasaría pronto. Pero los elementos no estaban de acuerdo con mi voluntad. Un relámpago gigantesco nos iluminó. Pude ver su rostro contraído en un gesto de temor y sentí cómo se abrazaba a mi cuerpo temblando intensamente. Retumbó el trueno y el agua comenzó a crepitar sobre el tejadillo como el redoble de un tambor loco. Procuré calmarla, hablándole quedo, y noté que mi voz era tenue y casi acariciaba su rostro cercano. Me resultaba grato y atractivo el calor húmedo de su traje de seda. Mis palabras se multiplicaban como las gotas en el barro. Mis ideas —generalmente torpes y oscuras— emergían claras, fijas, exactas. No sé cuanto tiempo transcurrió. Nuestras manos se habían juntado. Las de ella eran suaves y frías como de cristal blando y redondo. Comencé a apercibirme de que mi voz emitía tonos naturales. Entonces me escuché un poco asombrado. Hablaba de proyectos. De algo para un futuro, de un extraño futuro que se había presentado inesperadamente; amor, besos, luna, celos, gozo y lágrimas, todo mezclado en un torrente de sinceridad. Ella respiraba hondo y asentía, apretando mis manos como si le fueran familiares, escuchando aquellos proyectos tal si estuvieran escritos con anterioridad a nuestras propias vidas. En aquellos momentos no existió para mí tiempo ni espacio. Parecía trasladado a otro mundo ideal, donde rumores, latidos y huellas hubieran perdido su verdadero nombre, confundidos en una niebla de eternidad.

Pero la tormenta hizo crisis. Volvieron a cantar las estrellas su palpitar de luz y la noche se hizo clara en un deshilvanar de nubes y sombras. Había que volver a la gran ciudad. Salimos muy despacio de aquel minúsculo hogar, en el que la suerte nos había unido. Enlazados atravesamos las calles iluminadas, donde los transeúntes nos miraron un poco perplejos por nuestra evasión de lo real. Al fin llegamos a su casa. Nos despedimos dulcemente, renovando promesas y proyectos. En un cercano reloj sonaron las once.



Al siguiente día me faltó tiempo para ir en su busca. Pregunté en la casa que me indicó. Allí nadie la conocía. Traté de encontrarla por todo el barrio y me hice enojoso a la vecindad con mis anhelosas preguntas. Volví una y cien veces con la esperanza de hallarla, pero ya nunca más volvería a verla. Y lloré.

Soledad pasó por mí igual que aquella tormenta, rápidamente; se desvaneció como un ensueño entre luces y gotas por un viento del sur.

He contemplado aquellas ruinas de la caseta cercana, causa directa de este despertar de mi memoria. Después, despacio, he comenzado el regreso a la gran ciudad. Sonríe dentro de aquel recuerdo, pero cambiaría gustosamente esta sonrisa de hoy por aquellas lágrimas de ayer.

**JOSE MARIA DE LA ROSA**

**1908**

Nadie podrá decirte  
como yo  
el sabor de las lágrimas.  
De las sonrisas te hablarán  
todos aquellos a quienes preguntes.  
De las lágrimas,  
yo.  
Tú no puedes saber  
qué maravilla  
el placer de verterlas.  
Qué sabor de imposibles  
en los labios.  
Todo lo contenido,  
lo hondo y profundo,  
convertido en claro y transparente.  
Tú nunca lo sabrás,  
tú,  
que no lloras.

**JOSEFINA DE LA TORRE**  
**1909**

## DESAHUCIO

Ya sé que me dictaste absoluto desahucio  
Deshabitándome atroz con ácida medida  
De ese perfil de amor a buril dibujado  
Con sentirse vividos por sangre de mi entraña  
Con palabras erguidas por oración constante  
Con espejos guardando la mirada más tierna.  
En tu calle transida de noche permanente  
Una rojiza mano sobre su suelo frío  
Levanta una fogata con los muebles del alma  
Que ya en tu corazón eran sólo carcomas  
De nudos de maderas caladas de desvíos  
Y otras tablas dolientes de mi amante costado.  
Agua urgente reclama una voz de suspiros  
Por salvación acaso de lo que está maldito  
Clama celos de un ángel de espada vengadora  
Frente a lo ya sabido con requiem funerario  
Frente a un amor con vena alterada a otro pulso  
Por ser otro inquilino morador de su frente.

**JUAN ISMAEL GONZALEZ**  
**(1909)**

## LA ÑAMERA DE LA PLAZA DEL CHARCO

Frondosa y verde emerge esa bombonera redonda que es la ñamera de la Plaza del Charco. Anchas y rotundas sus hojas suplen una ausencia de flores que no tiene ni necesita. No precisa siquiera de una voz poética que le cante, como a la palmera, su esbelta delgadez, o, como al drago, su milenaria tradición de catedral vegetal. La ñamera de la Plaza del Charco se basa a sí misma en su verdura esférica, y a veces me he preguntado por las manos gigantes que le han dado su forma de búcaro artificial.

Ella se ha fabricado su redondez solitaria y su ancho corazón nos sonrío en cada hoja a todos los que amamos la honda y fresca delicia de su sencillez. La ñamera nos mira en línea recta y nos invita a la renuncia de la vertical y a huir de las estrellas y de la estremecida tensión de las alturas.

Ancha, redonda, verde y satisfecha es envidiable su felicidad jugosa de muerte feliz, su renuncia a lo alto, y su baja sonrisa, humilde, casi a flor de tierra. Lección de suavidad serena la suya, de rotundidad de lo mínimo y sencillo. Si tienes, caminante, el alma seca porque el dolor te haya bebido los jugos de su fragancia,

aprende lo que la ñamera de la Plaza del Charco te muestra en su vida simple, uniforme, sin pretensiones; pero si no quieres o no puedes renunciar a las estrellas, sólo te dará envidia y agonía advertir que, mientras te quemas en la paramera de tus verticales inalcanzables, ella se sonríe tranquila en su menudo y jocundo verdor de horizontales, sin riesgos ni ambiciones.

Madrid, 1951.

**MARIA ROSA ALONSO**

**(1910)**

## TORERO, PASION Y MUERTE

Como un globo de luz,  
en vilo,  
a disolverse sobre las arenas  
o a levantarse en oro  
hacia el tendido.  
Pisando los oscuros  
y claros escalones,  
en el centro de él mismo  
—sol y sombra—,  
jubiloso.  
El corazón de la plaza  
saltando  
de gozo.  
(Viejas subterráneas vías  
del centro a los corazones.)  
Colgando desde el cielo  
por un hilo delgado,  
el corazón más alto  
que el sombrero,  
torciendo las ocultas serpentinas.

(La odiosa con su capa colorada,  
dando pases al toro en el tendido.  
Goya en los palcos,  
Picasso en los más altos burladeros.)  
El torero, enseñando geometría  
en las claras pizarras,  
bajo un cielo de aplausos  
y sombreros.

Sobresaliente en nada,  
matriculado en todo,  
al desván de la plaza  
y desmemoria  
sin pena ni gloria.

**DOMINGO LOPEZ TORRES**

**(1910 - 1936)**

## UNA ERMITA

Y ahí está la ermita.

La ermita de San Telmo conserva ese regusto tradicional de los canarios por todo lo sencillo, humilde. Sus proporciones son un canto al equilibrio de masas y aristas; un templo de moderadas dimensiones, a escala íntima de las gentes del pueblo, y una oración hecha piedra a orillas del mar.

Nos complace volver al recuerdo de un pasado cercano con las barcas de los pescadores a la sombra de la ermita. El lugar era propicio a las tertulias, al cosido de redes, al disfrute de la brisa salobre. Un poco más allá trabajaban los carpinteros de ribera, y surgían de la nada los pailebots de la Costa. El mar se deshacía en olas y espumas.

Han pasado los años: al perfil sobrio de la ermita ya tierra adentro, se opone un edificio actual como una cortina de piedra. Una misa en San Telmo parece una vuelta al pretérito, aunque hayan desaparecido los veleros que pendían de las vigas en tiempos de don Benito Pérez Galdós. La ermita es un símbolo de permanencia. El tiempo ha quedado cuajado en la techumbre de traza mudéjar y en el esplendor barroco de los retablos.

El interior de la ermita —madera policromada, oro, damas-

cos— no se corresponde con la humildad franciscana de la fachada y paramentos exteriores. Aquí está reflejada la otra vertiente del espíritu insular, cuando la fe religiosa se transmuta en joyas y en una rutilante liturgia.

En una hornacina aparece una bella imagen de la Inmaculada Concepción tallada por Alonso Cano. Aquí el escultor granadino se sintió precursor de Modigliani al dotar a la figura de un esbelto cuello que realza la gracia sobrenatural de María.

Al salir de la pequeña iglesia, después de una boda o un funeral, el isleño conserva en la memoria el temblor del barroco canario, a medias entre Portugal y las tierras de Indias.

La ermita ha quedado en la ciudad como una barca varada en otra época. El parque de San Telmo sirve de elemento de transición al isleño que se reintegra a la vorágine del mundo actual: el ruido, las prisas, la angustia de lo inalcanzable.

No hay por qué sentir frustración ante la historia. Ahí está la ermita de San Telmo. Su humilde apariencia nos habla de otras generaciones; de un reconfortable sentido de la paz espiritual. Y de la vida, una vida ¿mejor? ¿peor?

El tiempo se hace presente en la ermita.

**LUIS GARCIA DE VEGUETA**

**1914**

## VIBRACION EN AZUL PARA JOVENES BRUJOS

En la jaula con madeja dorada  
postes plateados fonolitas  
muslos de bergantín pirata en fin  
un dulce gospel entra en vibración  
cruza descalzo la calzada  
con barba de coñac y sardanápalo.  
Casaca azul y vientre azul  
tercera cadena empezando por el mar  
oliendo a rancho de atardecer  
justamente aquí en su botón de encendido  
entre los bosques de formica máscaras convertibles color standard  
morado salmo otrora azulísimo escándalo (ovación)  
el viejo salem hierve en su leña de oro.

**FELIX CASANOVA DE AYALA**

**1915**

## SIEMPRE ESPERANDO

Siempre esperando, desde aquella muerte temprana  
cuando aún estaban mis hojas tan verdes.  
Siempre esperando que brotara milagrosamente  
la nueva semilla esparcida.

Qué alegre y esperanzada pisaba los campos.  
Qué generosa y colmada se abría mi mano.  
Qué limpio el trigo, simiente de vida.  
Qué años vividos sobre la tierra, afanada tras el brote,  
abiertos los ojos tras la cosecha.

Siglos de espera han contado mis pasos.  
Largas noches vigilando al viento por si traía algún mensaje.  
Esperas bajo el sol.  
Diálogos incansables con la luna tristísima de invierno.  
Y qué dolor bajo el cielo que me cubre  
después de tanta espera,  
de tanto silencio,  
de tanta pregunta sin respuesta.

¿Cuándo, dónde, por qué caminos?  
¿En qué tierra está esperando —esperándome—  
la palabra definitiva que cierre mis labios?

Años van pesando.  
Diálogos, promesas, sueños.  
Nada sobre la tierra.  
Ningún brote de esperanza.  
Ninguna verdad madurando.  
Nada.  
Sólo silencio.

**PINO OJEDA**

**1916**

## NO VALE

Te digo que no vale  
meter el sueño azul bajo las sábanas,  
pasar de largo, no saber de nada,  
hacer la vista gorda a lo que pasa,  
guardar la sed de estrellas bajo llave.

Te digo que no vale  
que el amor pierda el habla,  
que la razón se calle,  
que la alegría rompa sus palabras,  
que la pasión confiese: Aquí no hay sangre.

Te digo que no vale  
que el gris siempre se salga  
con la suya, que el negro se desmande  
y diga cruz y raya,  
al júbilo del aire.

Vuelvo a la carga y digo: Aquí no cabe  
esconder la cabeza bajo el ala,

decir no lo sabía, estoy al margen,  
vivo en mi torre solo y no sé nada.  
Te digo y te repito que no vale.

**AGUSTIN MILLARES SALL**

**1917**

Si he de pintar el ansia de estos hombres,  
tal vez me bastará con que dibuje  
sólo su rostro con mil surcos  
de dolor, con mil grietas  
de inenarrable angustia,  
los labios entreabiertos y marchitos  
en un supremo rictus de sed...

O sólo un vaso  
grande de arcilla o sangre o soledad,  
que es también una inmensa  
boca de sed urgiéndome en silencio  
el clamor de su trágica esperanza...

Si he de pintar el ansia de estos hombres,  
su árida voz de tierra,  
su estío atarazado por caballos de sombra,  
me temo que no voy a encontrar la palabra  
justa, la frase ardiente como aquellos  
carbones que quemaron los labios de Isaías...

Si he de pintar el ansia de estos hombres...

**CIPRIANO ACOSTA**

**1920**

## EL CAZON

Era el cuarto, tal vez el quinto día en que, al atardecer, apenas el sol iba dejando en sombras la ladera rojiza y gris, blanquecina a trechos, tomaba la caña y dejaba la chabola que ocupaba en el fondo del vallecito, a la otra vertiente. A la media luz de la tarde marchaba por el senderico, la caña desarmada en la mano y la vieja americana con sus bolsillos hinchados por los frascos que contienen los cebos. Le gustaba ir cómodo, sin la serie de trastos y grandes recipientes con que se cargaban otros pescadores.

Cruzó el fondo del barranco, húmedo, cubierto de una absorbente vegetación de gramillas que todo lo dominaban y tapizaban como un fuerte césped, impidiendo el crecimiento de las ñameras de grandes hojas y de los juncos, que apenas mantienen una vida mortecina y pálida. Cruzó más abajo de las casas para evitar el encuentro con los campesinos, porque le molestan su socarronería y sus miradas huidizas. ¿Acaso lo conocían todos aquellos que hablaban de su rectitud y sencillez? Quizá los que se vieron rodeados de su silenciosa y boquiabierta papanatería.

Hoy no le acompaña su perro. Estará barranco arriba, para-

sitado en casa de sus tías, al olor de una agradable e inusitada comida. Ello le tranquiliza. El paso del hombre es más seguro por aquellos lugares difíciles. Va remontando la ladera. Las casas quedan atrás y sus habitantes son ya sombras irreconocibles en el crepúsculo más profundo del fondo. No asciende más. Se va acercando hacia el mar y la ladera se transforma en un acantilado abrupto, cada vez más vertical, desde cuyo pie llega el ruido del oleaje.

Casualmente, por estos sitios peligrosos, siempre ocurre que se distrae con sus pensamientos y que su caminar por un senderito apenas marcado se transforma en automático. Un senderito que es apenas una línea más oscura sobre un rápido plano inclinado. Luego va descendiendo por lugares increíbles, con el agua derechamente bajo su mirada espumeando en las rocas a más de cuarenta o cincuenta metros. Ahora sí que piensa y afirma cada pisada, mientras una emoción, que la costumbre no consiguió disminuir, le va recorriendo dando vueltas y más vueltas.

Cuando llega al estero se encuentra en una tierra entrañable y amada. Los demás se encuentran lejos de él, separados por el mar y los acantilados. Le agrada aquel olor marino que, sin embargo, tiene algo de pútrido. Camina sobre la plataforma rocosa, a través de sus numerosos charcos, y se acerca a la orilla.

Como las cuatro o cinco noches anteriores, termina de irse la luz y aparecer las estrellas. Lejos se ve el resplandor de algunos pueblos. El ruido del oleaje, tan monótono, acaba por no oírlo. Le va invadiendo un profundo desaliento. Se suceden las horas y no siente la señal de que algún pez haya picado. Igual que ayer y los días anteriores. Hay un extraño capricho en el mar, algunas leyes desconocidas que actúan sobre el pez y lo tornan indiferente. Sabe que si pudiera ver a través del agua y la oscuridad se vería cómo nadan lentos en grupos de tres o cuatro, de aquí para allá; que se

detendrían ante sus carnadas, girarían en torno y se marcharían, inapetentes, sin hacerles ningún caso. Sí, podrían pulular innumerosos sargos, que todo sería inútil. No picarían. Los viejos lo atribuyen a las lunas, las mareas, los vientos, pero tampoco saben nada.

Si pudiera distraerse, coger el hilo de algún pensamiento, estaría mejor. Intenta discurrir sobre las luces de los pueblos lejanos, pero su atención vuelve a la caña, a la tensión en espera de la sacudida indicadora. Es algo que hasta le causa dolor de cabeza.

La noche está muy oscura. Las tinieblas son como algo material, como un gas espeso que le aísla de todo y le separa. Aumenta las distancias. En el cielo, Marte aparece como la más brillante de las estrellas, inconfundible por su luz rojiza. Repentinamente, tiran del hilo. Se suceden otras dos sacudidas, cada vez más fuertes. Afianza bien la caña. Una nueva sacudida la curva hasta casi a ras del agua y el formidable tirón hace carraquear la chicharra del carrete. El pez va tirando, huyendo, desembobinando el perlón en un esfuerzo continuo.

Cerca de un cuarto de hora le costó llevarlo hasta tierra. Ya, antes de verlo, supo que era un cazón. Ahora coletea desesperado sobre la roca, presintiendo la muerte. Sus extraños ojos le recuerdan los de su perro. Son pardos, estrellados, y le parece que le miran con inteligencia. Se acerca con la navaja abierta. El cazón salta, se desespera. Su terror y su agonía se van transmitiendo al pescador. Es un gran pez de unos siete kilos de peso.

Deja la navaja y procura desprender el anzuelo. La boca del animal no tiene dientes. Sus labios son duros, como recubiertos de un esmeril fino, rasposo. Sigue debatiéndose. Al fin logra desenterrar el curvo acero de su dura carne. Levanta al cazón con ambas manos y lo lanza al mar. Un chapoteo y luego el silencio. Igual

que antes.

Siguen horas en blanco. En el cielo va apareciendo una nueva claridad que anuncia el amanecer. Desarma la caña y emprende el regreso.

El pueblecito aún está dormido. Ante la chabola, su perro le espera. Hace frío. Se acuesta. Ahora el desaliento de su fracaso va siendo sustituido por una alegría íntima y sosegada. Se arropa bien y procura dormirse.

Fuera se levanta una brisa desapacible, neblinosa, de una mañana precozmente invernal.

En este momento se alegra de no haber pescado nada, absolutamente nada.

**ISAAC DE VEGA**

**1920**

## POEMA A LA ESPALDA

Juntad de dos en dos vuestras espaldas.  
Las espaldas, hermanos:  
ese lugar donde germina el ala.

Sabemos del amor que a dos ayunta;  
a tres con más frecuencia, la venganza.  
(Un hombre da el puñal, otro lo empuña,  
la voz lanza un tercero, un cuarto mata.  
El criminal no existe.  
Pero la herida sangra).

Por eso yo os digo:  
juntad de dos en dos vuestras espaldas.

Las espaldas, hermanos:  
ese lugar que cansa;  
donde la cruz, donde la edad se apoyan,  
donde el abrazo fragua.  
Acantilado humano y horizonte  
donde se ha puesto el corazón. Muralla.

Sitio para morir de los que huyen  
y de los que desprecian la amenaza.  
Llanura puesta en pie en escalofrío,  
por la que se levanta  
la vertebral columna para el Sansón del tiempo.  
Ciego lugar donde el cobarde ataca.

Ese lugar, hermano con hermano,  
espalda con espalda,  
nos hará fuertes, dobles.  
Yuntas de amor sobre la paz que labran...

**PEDRO LEZCANO**

**1920**

Lluvia y flores  
en este primer día de noviembre.  
Corre la calle el niño de la esquina,  
aquél que juega,  
cada tarde,  
a ser capitán, que grita órdenes,  
que miran —curiosos— otros niños,  
tras la ventana de la casa,  
gesticulando sólo... El niño  
se inventa un mundo donde él,  
¿por qué no puedo correr como los otros chicos?,  
no tiene las piernas débiles,  
más secas  
cada día...  
La niña, con las katiuskas rojas,  
rompe el agua en los charcos,  
hace estrellas,  
ondas lejanas, mira como dejan sus botas  
su caminar por el pasillo de la casa.

Sobre los tejados  
el agua se hace plata,  
huyen los pájaros viajeros,  
mientras el grito de un chiquillo  
anuncia —ya a la tarde—  
el periódico  
y sus diarias noticias.

Sigue el agua  
—fina y suave— mojando la calzada,  
el corazón —qué lento caer  
del agua— cansado y en los ojos,  
ayer es hoy, también  
ayer es hoy en el recuerdo,  
y vuelves tú, como siempre,  
con la misma tristeza en las pupilas,  
con el mismo misterio...  
Casi está abierta la puerta  
como entonces, casi son las mismas palabras  
las que digo, las mismas palabras  
que uno quiso  
que unieran para siempre.  
Así, ahora, detenida,  
pronta al diálogo... Miro el reloj,  
es la misma hora de ayer,  
y la música y los ojos  
que miran... Pone el cielo  
su eterno, silencioso llover,  
pasa gente con flores  
bajo los negros paraguas,  
han encendido —en algún rincón de la casa—  
las luces de las ánimas...

Hay que pensar, dices,  
que es temprano aún,  
que todavía... Tienes los ojos  
—como las manos— tristes,  
estás llorando... Pesa el tiempo.  
Porque no puedo... Miro tus ojos,  
vuelve otra vez el tiempo,  
la calle, el chico de la esquina,  
vuelve otra vez la realidad...  
Sigue el agua  
—fina y suave— llenando los rincones de la casa.

**JULIO TOVAR**

**(1921 - 1965)**

Voy al fondo del ojo, el nacimiento  
de la luz, a su imagen crispada, retorcida,  
relámpago feroz  
que a chorro se nos clava, nos ahoga,  
por escuchar la ola azul del llanto  
que muerde nuestra sangre,  
desgarra la embestida  
de este abismo acuciante de la muerte,  
al fondo, al más profundo  
latir de nuestra sed,  
a despertar, abrir de un golpe la hermosura,  
la flor, la rabia sorda de unas manos,  
cardo, veneno en punta,  
desorientadas hienas que buscan la locura  
en el fondo del ojo,  
en su sorda espesura,  
palabra de este hachazo alucinante,  
tormenta, vendaval, diluvio ensangrentado  
donde el negro desprecio de la muerte  
habita en la razón,

se acomoda y acecha,  
pantera de esta garra,  
médula envilecida por el odio  
que a lo largo del tiempo, diminuto  
rescoldo, voz apenas pronunciada,  
hará dormir la flor de nuestra vida.

**JOSE MARIA MILLARES SALL**

**1921**

## ALONSO QUESADA, PROSISTA

Casi desde la niñez, y en ocasiones diversas, he venido hablando de Alonso Quesada; he publicado artículos acerca de su poesía lírica, de sus poemas dramáticos y de su espíritu en general. He de confesar que hasta ahora mi interés no se había cifrado concretamente en su obra en prosa. Un desdén excesivo por lo isleño me hizo hojear con injusta rapidez sus “Crónicas de la ciudad y de la noche”; y, por otra parte, no tenía yo a mano los cuentos de ingleses de la colonia. Ambas circunstancias me constriñeron a suponer que la producción del lírico en verso superaba en extremo a la obra del prosista. Sólo mucho más tarde hube de advertir que el poeta estricto, el narrador y el fantasmagórico dramaturgo eran como emanaciones de una misma persona y que cualquier aspecto de ese espíritu revelaba sustancialmente virtudes pariguales.

Téngase en cuenta que la extraordinaria sensibilidad lírica suscitó y fomentó en Alonso Quesada una vena de ironía. Acaso, si la vida del poeta hubiese sido distinta, la hubiera él cantado únicamente en versos entusiastas y optimistas, con melancolía ciertamente, pero sin demasiada amargura. No lo quiso así el torvo destino. De ahí que en sus poemas asome una y otra vez el espíritu iró-

nico y rebelde; de ahí también que, en no pocas páginas fundamentalmente irónicas, topemos con excepcionales fragmentos de puro lirismo. En "La Umbría", poema dramático que apenas parece tener contacto con la realidad, poema donde dominan las sombras, los temores y el silencio, la corriente de estricta ironía queda amortiguada o anulada.

Pero, simultáneamente, el poeta Rafael Romero permitía que la vena irónica se manifestase en otros escritos. Tal coexistencia de virtudes evidenciaba que el poeta, no obstante, su "torcida fama" (de la cual dulcemente se queja en alguna ocasión), era en el fondo, un ser de insólita ternura. Dejádme citar unas palabras proferidas por él, que confirman lo antecedente:

"Me parece bien —aunque tengo una torcida fama de esto— que cada cual lleve su grano de emoción a la plaza".

Por eso precisamente publicaba sus versos; por eso, también, describía tan admirablemente las vacuas costumbres insulares; por eso, en fin, hablaba de sus lecturas a algunos amigos. En la Escuela Luján Pérez, por febrero de 1922 —tres años antes de morir— leía y comentaba unos cuentos de su entrañable Gabriel Miró, entonces más desconocido aún que ahora. Y decía Alonso Quesada:

"Quisiera, sí, que aprendiérais a sentirlo, como yo lo siento, que es a plenitud, y a comprender que hay, dichosamente, otros valores más recios en la literatura española que no gozan del agrado de esa comunidad salteadora de revistas y que, para mengua de nuestro escaso honor estético, tiene por intelecto y corazón la pata del caballo de Atila".

**VENTURA DORESTE**

**1922**

de "HISTORIA DE UNA AMISTAD" ...  
GALDOS (1920)

Una vez muerto Pereda en 1906 y Menéndez Pelayo en 1912, don Benito deja de venir a San Quintín. Han comenzado sus años tristes. Pronto se quedará ciego. De la quinta santanderina han salido sus dos últimos Episodios: "De Cartago a Sagunto" (verano de 1911) y "Cánovas", comenzado en Madrid y terminado en La Magdalena, en agosto de 1912. Después de esa fecha ya no aparecerá ninguna de sus obras firmadas en Santander.

Allí ya no le hacen tertulia más que un corto número de fieles. Habían llegado los días de su vejez. Poco a poco declina su fortaleza física y también su ímpetu creador. A su San Quintín seguían llegando por las tardes unos cuantos amigos, muy pocos, para formar una pequeña tertulia. Estrañi, conocido periodista santanderino, no faltaba nunca. Pero el círculo se reducía cada vez más. Llegó el día en que Galdós contempló por última vez la inmensa bahía santanderina. Las entrevistas entre don Benito y Estrañi tenían ya la misma melancolía del atardecer...

En La Vanguardia del 20 de octubre de 1919, se da la noticia del parte facultativo sobre el estado de Galdós. Se trata de tranqui-

lizar al público sobre las necesidades del novelista. Sus acreedores han cobrado. Sus derechos de autor también mejoraron, debido a un importante ingreso extraordinario por la subida de precio de los "Episodios" y la venta de su edición ilustrada. Se han pedido informes al abogado del señor Galdós y éste dirige una carta a la prensa, sobre su vejez tranquila. No tiene ninguno de sus admiradores que pasar pena por él. "En cuanto a su finca de San Quintín en La Magdalena —escribe su abogado—, yo creo que desde hace mucho no es más que una carga muy grande para don Benito, por razones que sería largo de explicar. El verano pasado su salud no le permitió ir a Santander, y este verano, por prescripción facultativa, no pudo salir de Madrid. ¿Para qué le sirve, pues, esa finca que no se sabe a dónde iría a parar después, junto con los manuscritos de sus obras y tantos recuerdos históricos como allí se guardan?"

Se habló mucho de que el Ayuntamiento pensaba fundar en San Quintín un museo de Galdós. Hijos ilustres de Santander como Víctor de la Serna o el mismo José María de Cossío, y otros muchos, consideraron esta idea como plausible y lamentaron públicamente la falta de decisión de las autoridades locales. Lo cierto es que San Quintín cambió de dueño, sin convertirse en museo. Los recuerdos personales de Galdós fueron comprados por el Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad en donde nació, para instalar, con ellos, la Casa-Museo de Pérez Galdós, situada en la que fue mansión de sus padres, en la calle Elcano.

Cuando murió Galdós, a los setenta y siete años, en la casa de sus familiares, en el hotelito de la calle de Hilarión Eslava de Madrid, se rechazó (a juzgar por lo que se ha escrito en un folleto) al sacerdote que quería asistirle en sus últimos momentos. Hemos preguntado sobre el particular a doña María, la hija de don Benito, que lo ha negado en redondo. Otras noticias, menos autorizadas, que hemos procurado reunir sobre el particular, confirman las pa-

labras de doña María. Según parece, ni se llamó ni se echó al sacerdote. Hasta se ha dicho que está enterrado en el cementerio civil, y tampoco es verdad. Sus restos descansan en el cementerio católico de la Almudena, a donde fueron llevados desde la capilla ardiente instalada en el Ayuntamiento de Madrid.

Don Benito aparece en los últimos años ante los escritores que le trataron como un patriarca de las letras españolas. Sentado, inmóvil, vencido, daba más bien la impresión de derrota, de agobio, de anonadamiento. Sus movimientos, torpes; sus palabras, escasas y vacilantes. ¿Influía el estado de sus pupilas en la baja forma de su curiosidad? De su fortaleza de roble no parecía conservar más que el recio esqueleto agobiado por el peso de sus muchos años de labor literaria. El gabán, hecho cuando su cuerpo era más erguido, le colgaba de los hombros cual de una percha. Con sus negras gafas, andando con lentitud y adelantando instintivamente la mano derecha antes de dar un paso, con su indumentaria deshilachada por los bolsillos y mangas, con su gorrilla gris, su largo cabello acaramelado por el cuello, daba don Benito la triste impresión del menesteroso.

**VICENTE MARRERO**

**1922**

## HALLAZGO DE UNA ESTATUA SUMERGIDA EN EL MEDITERRANEO

Venid, venid jóvenes atenienses  
venid romanos y catalanes ante el espejo azul.  
Miradle cuán puro luce en el fondo de la urna  
con su cuerpo cristalizado en el mármol.  
No tiene galones, medallas ni riquezas.  
Sólo una hoja de acanto cubre sus pudores  
y así a los siglos desafía.  
Inmóvil yace y sonrío  
y observa nuestros rostros torcidos por las ondas superficiales.  
La espuma veleidosa estalla en el aire salpicando de vacío a los ojos.  
De aquí para allá nos lleva la corriente y nuestros  
cuerpos danzan y se contorsionan y mil veces al día se parten en  
[pedazos.

Venid y mirad al hombre de la forma perenne.  
Así nos contempla allá en el fondo, desnudo y rompiendo  
los dientes al tiempo, con su ángulo facial de 90 grados,  
armónico y gracioso en su pureza sonrío.  
Venid y miradle  
hombres de España, de Italia y de Grecia  
heridos luminosos del mediterráneo.

Hoy nos salva que entre el oro y las violetas procelosas  
un hombre intacto y desnudo  
testigo en lo profundo permanece.

**RAFAEL AROZARENA**

**1923**

## NO ME ALCANZA LA VIDA PARA PENSAR LA MUERTE

No me alcanza la vida para pensar la muerte.  
Se me queda en las manos respirando asustada  
lo mismo que en la noche el corazón del monte  
oye caer el rayo

mas no puede medir cuánto le duele al cielo,  
qué soledad la suya cuando se precipita  
y se apaga su incendio igual que muere un toro en mitad de la tarde.

Si bastara el instante en que fuimos felices,  
si su medida fuera suficiente,  
podríamos dejarlo iluminando el reino  
como un cardo que arde al borde del silencio y de los días.

Saco la mano ahora hacia la lluvia:  
me resbala en el agua todo lo que ya he sido.

**LUIS FERIA**

**1927**

**EL ALGO (un etcétera)**

ni grito ni no grito , algo grita por mí .

**JUAN HIDALGO**

**1927**

Intima rosa, cálida ternura,  
eres, palabra, nuevamente mía.  
Ayer te di a los otros, clara altura;  
hoy te recojo en mí, pequeña y fría.

Te di como un regalo de frescura  
al hombre despojado de alegría.  
La esperanza nacía en tu cintura  
y el corazón del hombre comprendía.

Pero hoy te necesito, hoy persigo  
los secretos caminos de tu canto,  
los que nadie conoce ni presente.

Hoy sólo quiero estar, hablar contigo.  
Hoy sólo quiero ser mi propio llanto,  
donde mi antiguo corazón aliente.

**PINO BETANCOR**  
**1928**

## de "GUAD"

Y tú como si nada, por el día en el trabajo de la tierra y con el oscuro corriendo a caballo sobre las cumbres a la busca de su calor. Había que meterle la espuela a la bestia para que se llegara al pajar de la hembra, reculón y resabiado que se ponía en las proximidades. Pero un hombre necesita consuelo para sus mocedades y cualquier apaño es bueno cuando se anda en esa edad. Enconejamiento que te entró con la chipudera. La madre juraba que porque te dio a comer un caramelo con la sangre de sus lunas. Lo que te dio fue una cosa que los padres cuando se ponen viejos no saben comprender.

La verdad es que a ella también le gustaba presumir de rara. Una noche se fue al claro enlunado y bailó desnuda una danza que no era de la tierra. Dijo que la aprendió de su madre, que ésta la aprendió de su abuela, que venía de muy atrás, de cuando los barcos de vela y los colores trajeron a su gente para enseñársela a los Reyes y como algunos indios se pusieron malos en el viaje los soltaron en La Gomera para que se muriesen. El maestro hubiera explicado bien todo esto pero bien muerto y enterrado que estaba. Se lo llevó una mala pulmonía cuando estabas en lo de Cuba y con sus

libros y papeles encendió el fuego la dueña de la casa. Hablando de fuego, cuando te la llevaste al prado para tumbarla te dijo que tenía tanta lumbre que quemaba con su cuerpo los rastrojos. Viste en el suelo el muñeco de la chamusca pero eras demasiado hombre para sentir miedo por esas cosas. Lo otro fue distinto, el cuerpo pendiente del nisperero y los rabiosos ojos de la muerta comiéndose al mundo. Bajarla del árbol, componerla sobre la cama y avisar a la justicia sí que tuvo su aquello. Para que ahora hablen de canguelos e inventos con lo del ojo del Floretín, para que le echen en cara que se mande unos buchos de vino que haga olvidar tantas amarguras.

Es fácil dar la cara ante el insurrecto que te espera escondido entre los cañaverales. Más miedo tiene él que tú y apenas si sabe de fusiles pues lo suyo es cantar “puntos” y cortar caña. Si hubo medalla por ello, cosas de la guerra que tiene que animar al soldado. Es fácil gallear entre valentones de bodegas y bailongos que se derriten al primer moquete pues con tanta vagancia están esmorecidos. Lo que pide agallas, cataplínes y lo que hay que tener es plantarle cara a la desgracia que se ensaña en un hombre y su familia, que no le dejan levantar cabeza, que te encaderan una y otra vez para estallarte contra el suelo como a un luchador de piernas bobas. Entonces hay que meter la pata atrás y aguantar como sea, moler a la suerte y trabajarla con el mismo ahínco. Si te tumba, a levantarse de la arena y otra vez a trabar lucha, a mantenerse de pie, a seguir en el terreno bien plantado, a no dar palmadita pidiendo paces ni quedarse tendido en el suelo como un gandul sin arres-tos.

La suerte, el Pollo de la lucha marrullera, te atacó por abajo, metiéndose adentro y con buena retranca. Cho Pío sabía de tales mañas y quiso cortar por lo sano. Metió mar por medio entre la chipudera y tú, pero las cosas estaban ya escritas. No importaba mucho dejar a la hembra flaca y huesuda, pues mejores las había en

Santa Cruz y ganabas perras para mantenerlas. A un mecánico le va siempre bien y no fue difícil encontrar trabajo. Primero como engrasador, después como ayudante y, al fin, como maestro. Para apretar tuercas, limpiar motores y descubrir averías, pocos te ganaban. Lo malo es cuando no se trata de ruedas y tornillos, cuando el santo se pone de espaldas y toca pechar con la negra.

Primero fue la madre que se le tiraron los nervios a la cabeza y dio en pegar gritos y en ver las cosas viradas. Revolturas interiores que rompieron la fuente de la sangre hasta dejarla muerta y morada. Cho Pío aguantó pocos años más pero ya estaba colgando para lo ajeno. Bobalicón hasta caérsele la baba y creciendo escamas y piojos en el pelo. “¿Cómo está, señor Pío?”. “Bien me ven los señores, siempre piyando...” Se lo llevaron en la caja de pino con sus cortos calzones de cordón, y la tambora quedó sin dueño. Fue un bonito duelo pero los cargadores perdieron la cuenta con el vino y al llegar a la degollada de los dos valles trabucaron los pies y desriscaron al muerto. Roto y en una mala manta lo llevaron al cementerio, sin presencia ni aseo. Maleficio de la chipudera, dijeron enseguida las comadres; sombra negra que echó sobre la casa desde que le quitaron al hijo.

**ALFONSO GARCIA-RAMOS**

**1930**

## CADA HOMBRE

Cada hombre lleva dentro de sí mismo  
un perro solitario que yerra y que gime sin detenerse nunca  
un perro que muerde la luna y come estrellas y se nutre de esta nada  
una ventana de viejo hierro plena de arañas que no se abre nunca  
y también viejas y poderosas hormigas  
que miran tan lejos que uno no puede seguir las  
y un polvo que gira siempre  
como gira la oscuridad del ciego en el mundo.

Cada hombre lleva dentro de sí mismo  
una tierra enorme una tierra toda negra y húmeda  
que lo hunde lentamente  
pacientemente  
en la muerte.

**NIVARIA TEJERA**

**1930**

## EL INSTRUMENTISTA

Oye afuera el bullicio de los niños.  
Va despertándose. Y le llega el humo  
—a través de la puerta— de unos pasos  
monótonos, la cucharilla dando  
vueltas al café: el sobrio desayuno  
de otro huésped. Y se levanta. Coge  
la maquinilla de afeitar, y se rasura  
y se asea cuidadosamente. Abre  
el alto armario, saca su camisa  
blanca rayada, y se la pone; tira  
de su corbata verdeazul, descuelga  
el traje gris oscuro. Ya vestido  
toma los instrumentos de trabajo.  
Baja a la calle y al cruzar la puerta  
le salta —como un perro— la memoria  
a su patria natal; el puerto largo,  
las gaviotas chillando, la luz bajo  
las olas de la playa. Sonríe para  
sí, y baja la cabeza, torpe. Globos  
de azul estallan allá arriba, tejen

profundos hoyos en el cielo claro.  
Cruza los bulevares. Sube a la gran plaza  
del concierto. No hay nadie. Ha llegado  
el primero; busca su sitio, se acomoda.  
Abre su caja; la despliega, —sillas  
vacías, más allá los árboles, detrás  
los altos edificios—, solo, mientras  
espera por sus compañeros, ebrio,  
toca con la ciudad, canta con todos.

**MANUEL PADORNO**

**1933**

## PANCHO EL CUENTISTA

Gritan los chiquillos.

—¡Pancho! ¡Viene Pancho, el Cuentista!

Como palomas cuando corren a picotear el grano van saliendo los niños, de los portales, de las esquinas, del fondo del callejucho, de las bajas ventanas, dejando en las desiguales piedras cubiertas de polvo —hierba entre los intersticios— huellas de sus sucios pies.

—¡El Pancho! ¡El Pancho!

—Corre, Antonillo..., corre...

Antonillo es el más chico de todos, tanto que casi no sabe correr. Mueve los brazos y las piernas con fuerza; la tierra, tozudamente, no quiere quedarse atrás en sus ansias de acariciar los minúsculos pies.

—Corre, Antonillo...

Y Antonillo corre, cae, se levanta, a medias limpia con las manitas el polvo que mancha su cara y que se dispersa alegre, volando como una golondrina, hasta que vuelve a pegarse —triste— a una pared cualquiera, o a la huella que antes dejó el atontado de Julián, moquea, vuelve a caer...

El Cuentista viene por el camino. Lo dicen los chiquillos abriendo sus bocas en un esperanzador mañana de palabras...

—¡Ya está ahí Pancho!

—Es Pancho, el Cuentista...

El Pancho tiene una figura que es todo un poema de verso libre escrito por un poeta provinciano con ansias de inmortalidad. Su presencia debería inspirar repulsión, pero sus ojos —pinchazos de dolor en cada cuenta— destrozan la uniforme armonía dándole un minúsculo toque de bondad que atrae irresistiblemente.

El Pancho va embutido en un traje negro, brillante de lluvias y soles. Lleva el cuello de la americana subido y sujeto al codo por un grueso imperdible. El pantalón —muerto el cansancio— cae hacia el suelo en prolongadas arrugas como si buscara el ya bien ganado descanso. Los zapatos son los que el Magnánimo Dios les dio a todos los hombres. El Pancho lleva en bandolera una bolsa que se desfleca de hambre y día a día vive el continuo milagro de la existencia.

—¡El Pancho! ¡Ya viene el Pancho!

Los polvorientos caminos resecan la garganta y el sol tiñe de dolor los pies y aunque la soledad se desee frenéticamente cuando se tiene el regalo de la compañía, siempre —por los años de los años— se iluminan los oídos con las voces de los hombres al dar los buenos días, o con los empalagosos grititos de los niños anunciando la llegada...

—¡Ya viene!... ¡Ya viene el Pancho!

Sí. Ya viene el Pancho. Siempre cuando junio pasa la segunda inquietante esquina del año, viene el Pancho con su bolsa al brazo, su milenar trajero negro y sus ojos repletos de fotografías de los montes, de los ríos, de las soledades sin fin...

Los chiquillos le rodean; casi no le dejan andar.

—Cuéntanos lo del lobo que murió de frío...

—No... No..., lo de Mariquilla, la pelona...

—Lo del ángel que se partió un ala...

—¿Te acuerdas del cuento de la señora que fue a lavar la ropa y el demonio la manchó de negro?

Los ojos de Pancho sonríen. La pipa, pegada a la cara, apesta a hierbajos del monte o a cáscara de la patata del llano. Acaricia las cabezas y prende de manitas sus manos y sus ropas, mientras que sigue andando a duras penas...

—Habrà tiempo... Habrà... Dejádme que llegue y descanse un rato... Os contaré todos éstos y muchos más que me contaron los árboles y los pájaros y los peces... Habrà... Habrà tiempo...

Las risas de los niños visten de blanco al hombre que cuenta historietas y arropa de nubes sus retinas.

Antonillo se ha plantado en el camino decidido a esperar con más paciencia que el Santo Job, ya que sus piernas no aguantan por muchos metros el esfuerzo de la carrera.

—¿Y quién es éste?

Antonillo baja la cabeza y fija sus tempranos ojillos por los que apenas ha resbalado el sol de las mañanas, en los pies que han usado los caminos de la tierra.

El murmullo sin orillas de las bocas infantiles repiten incansablemente...

—Antonillo...

—Antonillo...

—Antonillo...

—El hijo de tío Lucas...

—El hijo de Señá Carmita...

El Pancho levanta la cabeza de Antonillo bajando sus ojos en la churretosa carita.

—Y tú, ¿cuándo aprendiste a andar?

El Antonillo no ha tenido tiempo para pararse a pensar en las cerraduras del tiempo.

—Mañana.

—¡Ah! De modo que has aprendido a andar mañana. Así siempre llevarás de ventaja un día... Vamos...

Algo había en la mirada del niño que al Pancho no se le escapó. Algo que paladeaba como una piedra o una lágrina...

Las noches pasan largas y temblorosas por el pueblucho, dejando finísimas hileras de sueños que a la mañana carecen de precisión.

Las mañanas, cargadas de ambiciones, pueden llevar o traer la desgracia por culpa de un sólo sueño equivocado.

Los días pasan, mientras que Pancho desgrana su rosario de historietas esperando la llegada de la última hora de la marcha. Mientras, los sueños equivocados pueden comenzar en el blanco limbo de la inexistencia, tan humana y necesaria a veces y tan despreciable en otras.

Los ojos del Pancho se pasean todas las noches por el pueblo y sus alrededores, y es que cuando los años se empisan para tirar de las barbas del hombre parece como si las carnes no tuvieran deseos de descansar.

Cuando Pancho, el Cuentista, duerme, el despertar llega con el mínimo ruido. Tiene un sueño liviano.

El Pancho se queda dormido andando, mirando al horizonte —pie sobre tierra—, en el borde de las cunetas o encima de la mojada hierba del invierno.

Al Pancho le despierta el sólo chirriar de las golondrinas o la amorosa caricia del aire en el árbol, o el aullido del lobo o el sobón paso de la culebra. En fin —no hay más vueltas—, tiene un sueño que es un asco.

Esta noche Pancho, dormido bajo la escalera de la Venta del tío Nicolás, se ha despertado al oír ruido de pasos.

El grito de dolor de la madera se ha sentado en sus sienas con todo descaro, sin pedir permiso a los oídos.

La sombra de la luna ha tapado un perfil y ha descubierto otro: el del Lucas.

El Lucas apenas sabe andar sobre madera carcomida. Se diría que no tiene práctica. El Pancho detiene los brutales latidos de su corazón. La ganzúa se ajusta y salta en el aire, brincando de alegría el tímido chasquido de la cerradura.

Luego sólo hay unas manos nerviosas —amarillas de luz de vela— que buscan y rebuscan en los cajones donde el tío Nicolás guarda los papeles al portador del Banco de España, hasta que dan con ellos. Del cajón pasan rápidamente al pantalón que huele a pana y establo.

Cuando el Lucas sale con la cera quemándole los dedos, la sombra de Pancho, el Cuentista, se agarra a sus ojos. La angustia se ha pegado a los poros.

—¡Pancho!

Los grillos hablan —calle arriba, campo abajo— en su moncorde idioma, cien mil cosas sin sentido. Imitan a los hombres.

—¡Cállese!... Salga...

El viejo Pancho, cargado de vida, pesadumbres y caminos, anda silencioso junto al joven Lucas que tiene las manos manchadas de cera.

—Querrás parte, ¿no es así? Está bien. ¿Cuánto quieres?

Pancho, el Cuentista, está viviendo un cuento, uno de los muchos que ya no contará a los niños de las aldeas.

—No quiero parte. Quiero que lo dejes en su sitio...

—No, Pancho. Eso no lo haré. Antes te mando al otro mundo. Lo necesito.

—¿Para qué?

—La Carmita está empeñada en comprar las cabras del Nicolás.

—Y las piensas pagar con el dinero que le has robado.

—¡Y qué más da!

A Pancho le da risa la poca vergüenza del Lucas.

—Bueno. Dime cuánto quieres... Anda... Lía un pito... Es picadura buena.

—...Quédate si quieres con el paquete...

La cizaña ha crecido lo mismo para picar la gruesa abarca del Lucas como la recia corteza de los pies del Pancho.

—No quiero... Me he acostumbrado a la cáscara de la patata.

—Sí..., tú fumas y te alimentas, ¿no es eso?

La risa contenida que abrasa los pulmones, da una nota de indiferencia a la escena.

—Entonces, ¿antes que devolver me matarías?

—Sí.

—Los escalofríos llegan cuando menos se esperan.

—Y después...

—Después diría que te vi robando en los cajones del tío Nicolás. Te meteré dos o tres billetes en el bolsillo...

—Y los demás...

—Los demás se los llevó uno que estaba contigo... ¡Lo tenías todo bien planeado!... Salió corriendo... Me fue imposible cogerlo porque tuve que pelear contigo y... matarte...

Los ladridos de los perros —placer o dolor— isócronos y aburridos cortan el silencio de la noche en estrechas rebanadas.

La mecha del Lucas chupa con avidez la vida de la chispa que le da alma.

La lumbre del cigarro ilumina o atiborra el cerebro de humo.

—Pues a pesar de todo vas a devolverlo...

—Pancho... Pancho... ¡tú no me conoces!

El Cuentista aprieta con fuerza la muñeca del Lucas que forcejea unos instantes.

—Me lo vas a dar...

La misma ganzúa que antes entró en la cerradura bailando de alegría en los chasquidos perfora la negra y brillante americana —mil soles y lluvias perforadas— justo por el lado donde se hunde el pecho y se abre como una descarada flor escarlata el corazón; justito por donde la vida puede escaparse a chorros.

Esas preguntas que nunca se contestan, por el sólo milagro de la muerte, han quedado resueltas en los arrugados labios del Pancho.

—oOo—

Al día siguiente el tío Nicolás llamó a la Guardia Civil. El Lucas se lo aconsejó. El cabo ordenó una batida por los alrededores y pasó comunicación a los puestos para que detuvieran al compinche de Pancho.

Por el mismo camino por el que quince días antes había llegado el Cuentista, se fue su caja con la americana y los pantalones negros dentro, cubriendo —como fue su obligación durante tantos años hasta que les llegó el descanso— sus amarillas carnes.

Los niños —algunos— acompañaron a Pancho hasta la salida del pueblo. Cuando salieron los niños, el pueblo se quedó seco de risas, desnudo de palabras, arrastrando un terrible lastre de años monótonos.

En el grupo de chiquillos iba Antonillo, que a los pocos días bebía leche de las cabras que su padre compró al tío Nicolás con unos dineros que le llegaron de la capital.

Cuando salieron, Pancho, el Cuentista, en su caja, y los chiquillos con sus vidas alboreándoles de tristeza, el pueblo se quedó solo, sin voces, desolado, tiritando de pena, como en invierno el solitario pájaro en la alta rama del castaño, que semeja una garra tendida a las amanecidas y a los caminos.

**EMILIO SANCHEZ ORTIZ**

**1933**

## DEL DESTINO

Me acerco al mar esta tarde de otoño.  
Vuelan unas palamos salvajes en la orilla.  
Por el acantilado  
trepa el sol del crepúsculo

¿Es el mar el que cambia  
o soy yo, que lo veo a la variable  
luz de mis treinta años?

¿Eres tú? ¿Soy el mismo?

Si no somos aquellos  
—mar de la infancia, niño marinero—,  
¿dónde estamos, oh mar, dónde nos fuimos,  
que ninguno ha notado nuestra ausencia?

Frente al mar se hace claro mi destino de hombre.

**ARTURO MACCANTI**  
**1934**

## LA PRIMAVERA TIENE HOY OTRO NOMBRE

La primavera tiene hoy otro nombre,  
un nombre que palpita en cada beso,  
en cada abrazo, en cada paso impreso  
en la amistad auténtica del hombre.

La primavera tiene hoy otro nombre,  
un nombre que penetra por el peso  
del amor, de su ausencia y su regreso,  
un nombre en blanco puesto por el hombre.

Brota la primavera y nace el hombre.  
Rompe el silencio y pronto por la tierra  
se encienden sudorosas las camisas.

Brota la paz —he aquí el nuevo nombre,  
tan viejo como el mismo hombre— que encierra  
las sombras y libera las sonrisas

**JOSE CABALLERO MILLARES**  
1935

## de "CON LOS DEDOS EN LA BOCA"

—Es que no tenía las chácaras, que son unas castañuelas muy grandes con que se acompañan los gomereros en el Tarajaste y en el Baile del Tambor. Un remedo de esas chácaras lo sacó Víctor García en Yerma, de García Lorca, en el coro de las lavanderas. Me han dicho que Víctor García estuvo en la Gomera y las vio. Se llevó un par. Y luego las metió en la obra de Lorca para desmitificar el flamenco.

—Pero esas coplas que cantaron Santiago y el viejo no tienen que ver con el flamenco. Son muy sacrílegas. Los santos, el cristo, el cura, la meyada que es la meada o los orines, ¿no?

—Sí. Los viejos romances castellanos llegaron a la Gomera con los conquistadores. Luego, al paso de los años, se fueron deformando los versos. Muchos investigadores y eruditos sólo reparan en las palabras y giros que el pueblo fue metiendo en el romancero. Sólo se fijan en la vertiente lingüística. Pero lo cierto es que el gome-ro cambió las historias para acomodarlas a sus vivencias, a sus circunstancias vitales, a sus problemas y sufrimientos: a la intemperie de su fisiología. Y frente al cacique o señor feudal, siempre protegi-

dos por la coartada religiosa, el pueblo utilizó el romance y la copla como un escape, como la única posibilidad de venganza y de crítica. Así hay romances terribles contra la religión, la aristocracia y el caciquismo.

—Allá hicimos otro tanto con tus paisanos los colonizadores. Hay unas coplas de bagualas que hablan de arrancarle los ojos al godó.

—Lo creo.

—Parece que esa mujer, la Chíchara, la que quiere el viejo que corte uvas el lunes, es superior a Santiago. Lo dijo María. Esa vendimia promete ser muy interesante.

(ya lo creo que sí, y si corre el vino y llevo un poco de yerba, no te digo, con María agachada cortando las uvas, sus nalgas apuntando al cielo y esa mirada que ya es tan limpia como las aguas del lago, aunque no tan fría porque la piba ha reaccionado, cuando me dio el vaso de vino sus ojos aguantaron de firme, no me huye como en la vereda).

—Esa Chíchara es una mujer muy extraña. Es una curandera. Y ha tenido hijos con hermanos. Le salieron bobos o subnormales, como se dice ahora.

**ELFIDIO ALONSO**

**1935**

## SI AUN EN ESTE DIA

Si aún en este día yo volviera a nacer,  
yo sé que nacería en esta isla.

Y sé  
que antes, mucho antes de que el sol  
incendiara mi piel, de que el viento  
apretase el polvo a mi contorno,  
el mar  
de siempre,  
había cercado mi corazón  
en sus dominios.

Yo sé  
que nacería en esta isla.

Y aún siendo mi alma  
viajera de otros vientos,  
yo sé  
que moriría en esta isla.  
como la ola

ha de morir siempre en la arena.

Aún antes,  
mucho antes del surco abierto  
en el vientre,  
el mar,  
el sol,  
    el molde  
tierno de la arena, y el mar,  
el mar, el mar...

¡Yo sé que nacería en esta isla!

**MANUEL GONZALEZ BARRERA**

**1936**

## MIRABA AL RIO

Miraba  
al río  
sin temor.

La frágil arma  
preparada,  
aún  
sin saber  
en qué combate  
iba a iniciarse  
o que ella misma  
era su adversario,  
miraba  
sin temor  
al río, y ya en él,  
unidos,  
juntos,  
muerte arriba  
anduvo

cada vez  
más dentro  
de la propia e inmensa noche  
que creaba.

**BALTASAR ESPINOSA**

**1937**

## LAS "PINTADERAS" CANARIAS

El vocablo "pintaderas" es una palabra aportada por Gran Canaria a la literatura etnológica, en la que fue introducida en 1883, época en que Verneau la usó por primera vez para referirse a unos objetos de cerámica encontrados en una cueva de esta isla. Estos objetos que se atribuían a los primitivos isleños eran comúnmente denominados con el nombre de "pintaderas de los canarios" en el valle de Santa Lucía de Tirajana, según relata Verneau.

Pero hay que hacer constar que los cronistas españoles ya se refirieron a las pintaderas desde los tiempos de la conquista de Méjico, a partir de 1519, si bien la introducción del vocablo en la literatura etnológica partiera del estudio que hizo Verneau sobre las pintaderas canarias.

Las pintaderas son sellos planos con un asa o mango vertical hechos de barro cocido o de madera. El sello presenta dibujos o motivos geométricos realizados por excisión.

Por lo que se refiere a nuestro Archipiélago, estos objetos sólo se han encontrado en la isla de Gran Canaria.

Las formas de nuestras pintaderas son diversas: circulares, semicirculares, cuadradas, triangulares, bitriangulares, o en forma de mariposa. Sus dibujos son geométricos, hechos minuciosamente

y aquí las hay de cerámica y de madera. Estas últimas proceden en general de Gáldar y Arucas.

Las pintaderas halladas en Méjico además de los caracteres geométricos, tienen una gran variedad de dibujos: humanos, de animales, vegetales. En el área americana presentan formas distintas fundamentalmente, la forma plana que hemos descrito y la forma cilíndrica.

### *HIPOTESIS SOBRE SU USO*

¿Qué uso tenían las pintaderas? (tanto las grancanarias como las de las demás zonas en donde se han hallado). En este punto se han barajado varias teorías. Nos referimos especialmente a las expuestas en relación con las pintaderas canarias, aunque no dejemos de hacer referencia a las restantes.

La tendencia más extendida es que las pintaderas se usaban para pintarse la piel.

Respecto a nuestras pintaderas, los estudiosos isleños del siglo pasado tenían diversas opiniones. Chil y Naranjo estimaban que eran objetos destinados a ceremonias religiosas. Martínez de Escobar decía que servían para tatuarse o pintarse, mientras que Millares Torres les atribuía una función decorativa, indicando que además eran amuletos que se llevaban al cuello.

Verneau, que fue el primero que estudió en profundidad las pintaderas canarias y las mejicanas, afirmó rotundamente desde sus primeros trabajos que la finalidad de estos utensilios era la pintura corporal. Para ello se basó en el carácter funcional del objeto y en fuentes históricas que hablaban de la costumbre de la decoración de la piel entre nuestros antiguos habitantes y en los pueblos indígenas americanos.

La tesis de Verneau respecto a nuestras pintaderas fue seguida por el canario Diego Ripoché en un artículo publicado en 1902, y

refrendada más recientemente por Alcina Franch, que es el autor español que ha estudiado con más detenimiento y fortuna este tema.

Uno de los aspectos a considerar es el de si se han hallado restos de pinturas o de sustancias colorantes en estos utensilios. Verneau dijo haber hallado una pintadera con residuos de una sustancia de este tipo. Y en la colección de El Museo Canario se halla una pintadera, que fue encontrada por don José Naranjo, con restos de una sustancia de color rojo.

Sin embargo, en la mayoría de éstas no se han hallado residuos de pintura, aunque esto se atribuye al paso del tiempo y a la limpieza a que fueron sometidas después de los hallazgos.

Otro extremo importante es el comprobar la existencia de las pinturas corporales en los grupos humanos correspondientes a los hallazgos de pintaderas.

¿Se pintaban el cuerpo los antiguos canarios? Esta es una cuestión que no se encuentra dilucidada. Como fundamento de una respuesta afirmativa hay dos fuentes que tienen un singular valor por provenir de testigos que pudieron tener contacto directo con nuestros aborígenes antes de que las islas fueran dominadas. El primero de aquéllos es de los cronistas de Juan de Bethencourt y se refiere a los habitantes de Gran Canaria: "La mayor parte de ellos llevan emblemas tallados en su carne, de diversas maneras, cada uno a su gusto...". El otro lo dejó Ca da Mosto en su relato sobre las Islas Canarias, que data de 1481; según el viajero genovés nuestros antiguos habitantes conservaban "la costumbre de pintarse el cuerpo con el jugo de hierbas de diversos colores, verde, rojo y amarillo".

El testimonio de la crónica betancuriana es, además, muy cualificado porque se refiere precisamente a Gran Canaria, única isla del Archipiélago en la que se han encontrado las pintaderas; mientras que no recoge un dato similar para ninguna de las restantes islas.

También Viera y Clavijo, siglos después, escribió que nuestros antiguos habitantes “adornaban su piel con dibujos y la teñían de diversos colores”. Y un autor grancanario del siglo XVII, Marín y Cubas, habla de hipotéticos tatuajes: “lábranse —dice— los brazos con ciertas pinturas a fuego”; y además hace referencia a operaciones de tatuaje en niños recién nacidos; “lábranse al niño los brazos y pecho con pedernales, sajando la carne, y tal vez el rostro”.

Por lo que se refiere a Méjico, muchas de cuyas pintaderas guardan gran afinidad con las canarias, varios cronistas dejaron textos favorables a la hipótesis de la pintura corporal. Diego de Landa, en su “Relación de las Cosas de Yucatán” escribía que los indígenas “untaban cierto ladrillo como de xabón que tenían labrado con galanas labores y con aquél se untaban los pechos y brazos y espaldas”.

Los tatuajes y la pintura corporal pueden indicar el clan, la familia, el individuo, la casta; también un momento cualificado: una ceremonia dramática, funeraria, de iniciación o de guerra (Mauss).

## *OPINION MAS EXTENDIDA*

Hemos dicho que entre los estudiosos la tendencia mayoritaria se dirige a afirmar que las pintaderas se utilizaban para la pintura corporal. Pero no como posibilidad única. También se indican otros usos hipotéticos. Concretamente para las pintaderas mejicanas y canarias se ha dicho que eran instrumentos reservados a jugar un papel estrictamente curativo —profiláctico, finalidad que entra en el carácter mágico de la decoración corporal.

También se han señalado como posibles usos el que sirviera para decorar cerámica, para decorar tejidos o, como ya recogimos antes, para llevarlas colgadas al cuello, pues concretamente muchas de las pintaderas grancanarias tienen un pequeño agujero en

el mango, que permite suponer que se les pusiera una ligera cuerda o hilo para servir de colgaduras.

Alcina Franch que es partidario del primeramente mencionado uso de estos objetos como destino principal, resume todas estas hipótesis apreciando que si bien la mayoría de los autores coinciden en indicar como principal posibilidad de su uso la decoración corporal, muy pocos son los que dan esta posibilidad como única, ya que casi siempre la unen a otras finalidades distintas.

La opinión que más contrasta con la mayoritaria es la expuesta por el francés Marcy hace treinta años, precisamente en un trabajo titulado "El verdadero destino de las pintaderas de las Islas Canarias".

Para este investigador son sellos de propiedad, como los que todavía se usan por los bereberes Chauia en el Norte de Africa, en el macizo del Aurés. Estos también impresionan un determinado dibujo en un tampón de arcilla fresca que se coloca en las puertas de cámara individuales de los graneros-fortaleza colectivos del poblado, a los que allí se les llama "guelaa".

Marcy se refiere a la institución de los "agadir" o graneros-fortaleza bereberes, en los que en distintas cámaras de propiedad particular se guardaban las provisiones alimenticias, así como los bienes mobiliarios más preciados: armas y joyas. El dice que estos sellos que todavía usaban —en 1928— los Chauia son absolutamente idénticos en la forma a nuestras pintaderas.

Los graneros - fortaleza tendrían para Marcy un origen muy remoto en el antiguo Egipto.

Ahora bien, ¿existieron realmente estos graneros en Canarias? Marcy dice que, aunque nuestros historiadores nunca hicieron mención de su existencia, debieron haber fortalezas naturales adaptadas para este fin por los naturales de Gran Canaria y situadas como nidos de águila, las cuales eran llamadas —citando a Abreu— "agudar". Indicación lexicográfica esta última que sería suficiente

—indica Marcy— para identificar el papel que jugaban. A este respecto sentó la hipótesis de que el llamado Cenobio o Cuevas de Valerón fue un “agadir” con no menos de 503 celdas o compartimientos, en un cierto número de los cuales se observan todavía muy claramente en la roca los trazos de la ranura en la que se introducía la puerta.

## CRONOLOGIA

Entre los otros investigadores que hemos consultado, el italiano Cornaggia Castiglione, autor de un trabajo sobre las pintaderas euroasiáticas, es de la opinión que éstas fueron instrumentos rituales destinados a la práctica de la pintura corporal con la ayuda de sustancias colorantes de origen mineral.

Los centros originarios de estos objetos deben ser buscados en las regiones occidentales de la Península de Anatolia. Centro secundario en Tesalia, la cuenca del Danubio y regiones septentrionales y meridionales de la península itálica.

La fecha más antigua que se puede atribuir a las pintaderas “euroasiáticas” se sitúa, según Cornaggia, alrededor del 2.600 antes de nuestra era, es decir, en coincidencias con los comienzos del primer período de la Edad del Bronce en el próximo Oriente. Las más antiguas manifestaciones europeas, las tesalianas, se sitúan en los alrededores del año 2.500, fecha que debe ser igualmente atribuida a las manifestaciones italianas del “grupo meridional”. Pero otros autores señalan una cronología más antigua, hacia el año tres mil antes de nuestra era o incluso más atrás.

Las pintaderas se difundieron durante el neolítico, período en que el sedentarismo y la aparición de cierta complejidad en la vida social, con traducciones de tipo religioso o ceremonial, hicieron posible su uso.

Alcina Franch, que ha estudiado principalmente las pinta-

deras mejicanas, sintetiza así su opinión:

1. Finalidad principal de las pintaderas: la de servir como instrumentos para decorar con pinturas la superficie de la piel humana, posiblemente con una idea ceremonial o religiosa.

2. Pudo ser utilizada también la pintadera, aunque no hay pruebas demasiado firmes, para estampar dibujos en los tejidos.

3. Las pintaderas no fueron utilizadas para estampar relieves en la cerámica.

### *¿LAS PINTADERAS PRUEBA DE DIFUSION CULTURAL?*

Teniendo en cuenta la distribución geográfica de las pintaderas en el continente americano, Alcina Franch considera que estos objetos no pudieron entrar por el norte, ni tampoco por el sur del continente, puesto que el área de su utilización y hallazgos se extiende solamente por Méjico, Antillas y Centro y Sudamérica hasta Perú y Bolivia. Sienta por consiguiente, como única hipótesis, el que llegaran por mar a las islas antillanas y a la parte central del continente, a través del Atlántico.

Nos hemos referido a las pintaderas euroasiáticas y a las americanas, porque la distribución mundial de estos objetos hace pensar en una corriente de difusión que partiendo desde Asia Menor, en el tercer milenio, llegara al norte de Africa y Canarias y pasara a la América precolombina cruzando el Atlántico. Por supuesto, no intentamos comprometernos aquí en una simple elucubración acerca de la finalidad de las pintaderas, sino de tratar de conocer su empleo o destino con el objeto de hallar relaciones culturales, puesto que se han encontrado afinidades entre las pintaderas canarias y algunas euroasiáticas (Bohemia) y sobre todo, en forma y dibujo, con un buen número de pintaderas mejicanas y antillanas.

Esta afinidad permite realizar algunas especulaciones. Pero éste no es el único elemento cultural que podría guardar relaciones

específicas con los que existieron en otras partes del mundo. La momificación, como sabemos, tuvo su origen y más perfecto desarrollo en Egipto, y fue una costumbre que también se practicó en el Norte de Africa, en América (Perú) y en la Polinesia aunque con características muy diversas; la trepanación se hacía, igualmente, en el norte africano y en la América prehispanica; nuestras construcciones megalíticas guardan además afinidad con las norafricanas y del Sahara; las cuentas de collar segmentadas de Canarias se corresponden con las de Egipto y, en general, las cuentas de collar guardan relación con las egipcias y mediterráneas; los petroglifos y grabados rupestres tienen relaciones atlánticas y mediterráneas, etc.

Canarias estaría insertada de esta forma, en una corriente de difusión cultural —que Pericot sitúa en el tercer milenio— que va desde Africa y el Mediterráneo y llega, probablemente, a tierras americanas.

Para el propio Pericot, las pintaderas habrían entrado en Gran Canaria en la época indicada, junto con la trepanación y la momificación.

**ALFREDO HERRERA PIQUE**

**1937**



## HIPOCRÉSIA

*A Pedro Perdomo*

No soy la que camina con la risa en la boca,  
ni la que va de paso con la mano extendida.  
No soy la compasiva ni la triste y callada:  
soy la que lleva en sí la hipocresía.  
No os canséis de mirarme con la mirada abierta,  
cual lobos al acecho de mi temor oculto.  
Yo soy la hiedra extraña que trepa en una risa  
y llora en la raíz, bajo la tierra roja.  
Yo soy la piedra dura donde la mar se agota,  
la fusta que no tiembla, la espuela congelada.  
Mi semblanza presento sin dolor y sin sombra.  
Miradme, conocedme, sabedme de esta forma  
terrible que no oculto.  
Mañana seré otra de la que ahora escribe.  
Su presencia está cerca:

Ceñida a mi cintura,  
trepará

locamente  
hasta mi boca.

**NATALIA SOSA**  
**1938**

## POEMA AL FUEGO

Quisiera  
como tú, fuego,  
lleno de calor y lumbre,  
morir intensamente.

Yo no quiero  
una vida larga,  
estar a oscuras  
eternamente.

¡Yo quiero  
una vida  
como la tuya,  
oh, fuego,  
luminosa y breve!...

**JOSE RAFAEL HERNANDEZ**

**1940**

Tu cuerpo arriba eres el cielo y das que tienes  
un largo olor de millo rebosando.  
Bajo tu falda  
el mes de mayo es hembra.

Es hoy el primer día del verano  
y mayo  
    queda en ti, clavado  
contra tu frente,  
clavado a pedazos contra tu frente  
como el dolor de amar cuando se ama  
después de mucho tiempo.  
Pero para nosotros no.  
*No nunca eso.*  
Ni tú ni yo estamos para olvidar  
que al tiempo muerto va a yacer la hora,  
la hora y el día entero, el hombre  
y su mujer,  
la cabra, lo otro y lo otro, y la mirada  
más alta.

Y, más al sur de nosotros, el deseo  
y el olor del azufre, el tomatero  
y el ron  
quemado, ron de rones, mi señor proletario.  
Para nosotros sólo de noche el mar viniendo de la tumba, doblando  
guitarrón y metalúrgico.

**JUAN JIMENEZ**

**1940**

## SOCIOLOGIA DEL ARTE

Aquel, como otros días,  
regresaste a tu casa  
ya caída la tarde,  
cansado, hambriento, harto  
de perseguir las huellas  
del ciervo.

Te sentaste  
junto al fuego; tus hijos,  
tu mujer, te miraban  
frustrados: el ciervo,  
¿cómo es?

(La delicia  
crujiente de su carne  
tocada por las llamas  
apenas; sobre el cuerpo  
el vigor derramado  
de la grasa; el sosiego  
nocturno del estómago  
aplacado).

Del fuego  
casi extinguido, coges  
un tizón; en las llagas  
de los pies mojas uno  
de tus dedos: y trazas,  
torpemente y con furia,  
en la piedra convexa  
del techo, la silueta  
ágil, esbelta, huidiza  
del ciervo: deslumbrante  
magia de la impotencia.

**LAZARO SANTANA**

**1940**

## SOBRE EL TIMPLE Y SU ORIGEN

Todos consideramos al timple como el instrumento musical más representativo de nuestro pueblo canario. Creo que hay muy pocas personas de nuestra tierra que no hayan furrungueado con él alguna vez, y son muchos los que lo tocan con un geitillo más que mediano. Sin embargo, ¿qué sabemos de sus orígenes y de su historia? A veces se leen en la prensa local opiniones de personajes vinculados al timple: que si fue su inventor un antiguo constructor de guitarras de Lanzarote, que si lo ideó cierto catalán que recaló por Fuerteventura hace doscientos años, etc. ¿Hay algo de cierto en todo esto? Hace tiempo, en efecto, oí decir a un señor de San Nicolás de Tolentino que antiguamente se conocía al timple en la Aldea como “guitarrillo majorero”.

Estas tradiciones nos indican que, de alguna manera, Lanzarote y Fuerteventura han tenido algo que ver con la personalidad instrumental del timple. Este es un dato importante a tener en cuenta. Pero, profundizando en la investigación, no tenemos más remedio que rechazar la creencia de que se haya inventado completamente en Canarias. Veamos por qué.

En primer lugar, sabemos de seguro que los antiguos canarios no tenían instrumentos de cuerdas, puesto que, por un lado, no hay noticias ni restos de ellos, y por otro, el poeta tinerfeño Viana, en 1604, publicó un libro en el que da a entender que, efectivamente, los guanches desconocían este tipo de artefactos musicales. Hay que pensar, por lo tanto, en que fueron los habitantes hispanizados del Archipiélago quienes idearon el timple. Pero, ¿lo inventaron o lo copiaron?

Si examinamos el panorama de instrumentos musicales populares de la Península Ibérica, vemos que son numerosas las provincias que utilizan guitarrillos equivalentes a nuestro timple. Ciertamente que nuestro ejemplar tiene una forma diferente; pero en tamaño y afinación, hay varios instrumentos similares desde la costa portuguesa a la levantina. La primera conclusión, por lo tanto, es que a nuestro timple hay que considerarlo como una variante más dentro de la amplia gama de guitarrillos ibéricos, incluyendo los que existen en Iberoamérica como consecuencia de la expansión hispano - portuguesa. No olvidemos que en Venezuela, Puerto Rico, Colombia, etc., hay ejemplares no sólo parecidos al nuestro, sino que además son conocidos con el nombre de "tiple", sin *m*. Ello se debe a que, de hecho, estos guitarrillos, al ser más agudos, están considerados como los instrumentos sopranos o *tiples* dentro de la familia de las guitarras.

El nombre de "tiple" está vinculado a ellos desde muy antiguo. En 1752 publicó en Madrid don Pablo Minguet un método para aprender a tocar "la guitarra, el timple o la vandola", además de otros instrumentos. Este método, tan curioso como raro, es el primero que se conoce en su género, y en él vemos que ese tiple antiguo y el moderno timple canario tienen las mismas cuerdas, la misma afinación y la misma manera de tocarse, tanto punteado como rasgueado. Pero volviendo a nuestra historia, tengo que decir que só-

lo en la segunda mitad del siglo pasado, hace apenas cien años, aparecen documentos describiendo fiestas populares en Las Palmas donde se habla ya de nuestro instrumento como de cosa propia, aunque llamándole tiple y no timple. Se ve que la *m* es una adición canaria probablemente muy reciente.

Lo que verdaderamente diferencia a nuestro timple de los demás guitarrillos españoles y portugueses es su caja de resonancia estrecha, alargada y abombada por debajo. Esto sí que no he logrado encontrarlo en la Península, aunque sí en el ámbito hispanoamericano, donde seguramente la importante emigración canaria ha impuesto la manera nuestra de construir los guitarrillos triples. Esta forma tan peculiar de caja resonadora, ¿se trata de un invento canario? ¿Será un producto del ingenio de aquellos constructores de Fuerteventura o Lanzarote a los que la tradición popular evoca?

Hace pocos meses, ordenando mi colección de sellos de correos con instrumentos musicales, descubrí que en una zona africana próxima a nosotros existe un tipo de guitarra mora con una caja de resonancia increíblemente parecida a la de nuestro timple. Reuniendo en seguida todos los ejemplares de que disponía para estudiarlos bien, me percaté de que, efectivamente, desde Mauritania a la Guinea ex-francesa por la zona atlántica y, adentrándonos hacia el corazón de Mali y el Níger, existe este curioso instrumento de mango delgado pero con caja de resonancia muy similar a la del timple: estrecha, larga y abombada por detrás. A la vista de este nuevo dato quisiera formular aquí una hipótesis en cuya comprobación me gustaría trabajar en el futuro. Es la siguiente:

Se sabe que en tiempos pasados hubo en Canarias muchos esclavos traídos de la costa de Africa. A mediados del siglo XVI había en Fuerteventura y Lanzarote más moriscos que españoles. Varias veces fueron esas islas arrasadas por la piratería berberisca

y repobladas con profusión de africanos capturados en la costa atlántica. Me pregunto yo ahora si la construcción canaria del clásico guitarrillo tiple español con una caja resonadora inspirada en la de aquellas guitarras morunas, precisamente como novedad vinculada a Lanzarote y Fuerteventura (según evocan nuestras tradiciones), no será una consecuencia de la huella africana que debió quedar en las islas más orientales de nuestro Archipiélago.

A la vista de algo aparentemente tan insignificante como son unos sellos de correos, tengo la impresión de que puede estarse desvelando ahora uno de los más bonitos secretos que encierra nuestra historia músico-popular.

**LOTHAR SIEMENS**

**1941**

## ONIRIA

*Al grupo "Tibicena"*

### *Recitador*

oye a la fiera iluminando su canto...  
(cinta grabada con voz de niño cantando mientras come)  
tal vez vuela por los bosques desaparecidos.  
(se retira de la escena con pasos muy cortos)

### *Alquimista*

toma el camino de la muerte como si se tratase de una escalera de caracol y el sueño vendrá a tu encuentro plácidamente, justo en el momento en que te abandonas a tu imagen mental.  
(queda sentado con la mirada perdida en el vacío)

### *Recitador*

pasad, pasad y comprenderéis...  
(entran dos esclavos, vestidos totalmente de azul, arrastrando una

enorme figura policéfala: cuerpo de vampiro y cabezas de niño, serpiente, mujer, etc.  
acto seguido desaparecen dejando abandonada su extraña carga).

### *Alquimista*

(lentísimo)  
lo que hierde da brillo  
(mana sangre de la primera boca de la izquierda)  
no es posible la escritura sin el rumor de las miradas  
(mana sangre de la primera boca de la izquierda)  
a pesar de las ideas nos encogemos de hombros  
(no mana nada)  
toma a una mujer sin el malestar de las ventanas  
(mana leche condesada por sus ojos)  
¿qué dices del puso de un pájaro?  
(no mana nada)

### *Recitador*

pasad, pasad y comprenderéis...  
(los esclavos retiran al monstruo)

### *Alquimista*

(coge de la mano al Recitador e inicia la salida murmulleando:  
...acariciar la idea de poseer más de lo que tu propio es...)

### *Esclavos*

(simultáneamente)  
vamos a tranquilizar a todas las obras maestras del arte occidental.  
(se marchan altivos)

*Alquimista*

¿quiénes sois? ¿por qué estáis aquí?  
(sale)

.....

(lluvia de plumas negras sobre el escenario hasta formar una espesa  
capa, mientras se oyen los acordes de varias guitarras desafinadas)

.....

(luz violácea, apagón y final)

**RAFAEL FRANQUELO**

**1942**

## de "DOMINGO RIVERO, POETA DEL CUERPO"

Esta es la última etapa de la vida de Rivero. Tanto en su trabajo como en su poesía hacía, deshacía y volvía a rehacer, con verdadero trabajo de orfebre, con paciencia admirable, hasta encontrar la forma más adecuada a su exigente gusto. Es fama —según nos cuenta "Jordé", Op. cit.— que se pusiera a sí mismo la dificultad para esforzarse en desentrañar los inconvenientes, y a la vez, desarrollar y dar agilidad a su intelecto. Era, en suma, el suyo un ideal tan sublime de perfección, que escapaba a cualquier obra humana. Es muy posible que esta circunstancia contribuya de manera decisiva a la parvedad, pero perfecta hechura, de su obra.

Viviendo exclusivamente en la ciudad de Las Palmas, sus gustos por lo netamente isleño van a tomar carta de naturaleza en la vida de Domingo Rivero. Se sentía íntegramente canario; asistía y era muy aficionado a los espectáculos típicos y folklóricos, principalmente de la lucha canaria y de las riñas de gallos. De estos últimos tenía notables ejemplares de raza. También el labrador indígena es centro de su preocupación. Don Domingo no puede olvidar su ascendencia, y el paciente campesino canario también le inspira en alguna de sus composiciones. Se reúne en las tertulias vesperti-

nas (en la Plazuela o en el viejo Muelle de Las Palmas) y causa la admiración de todos los que le oyen hablar o decir sus versos. Se descubre entonces, entre ellos, como un intelectual; expone ciertas opiniones y agudos juicios críticos sobre la literatura (el teatro principalmente) y sobre problemas políticos y sociales.

De lamentar es que no exista prosa alguna de Rivero. Sobre todo en este aspecto crítico, tendríamos un documento valioso en el panorama literario de las Islas. Pero a don Domingo no le movía interés alguno a dar a la imprenta nada que revelase su valía y su personalidad literarias. Decía que era por un temor inveterado a las erratas. Tal era su idea de la pulcritud que antes hacíamos notar.

Se le adivinaba en las conversaciones pleno conocedor de la cultura universal, principalmente de la helénica y de la francesa antigua y moderna. Era el teatro, repetimos, el campo literario que más le atraía, desde Grecia a los contemporáneos; con notable preferencia por los ingleses, con Shakespeare, naturalmente, en primer lugar.

En poesía, ante la carencia de datos entre quienes afirman lo expuesto más arriba, hemos de suponer que era más reservado. Aunque sabemos que, a pesar de su firme convicción clasicista, admitía los logros de la "nueva y aún novísima poesía"; animando sobre todo a los poetas jóvenes, dándoles consejo y orientándoles en sus primeros pasos. Jordé nos recuerda una observación de Domingo Rivero en una velada en honor de Villaespesa: que el poeta del ritmo y del color recitaba dramatizando la poesía lírica.

Indudablemente influye en su pensamiento, de concepción liberal, la obra del político, historiador y ensayista inglés, Thomas Babington Macaulay (1800-1859), hombre al que es afín ideológicamente, que desarrolla sus actividades literarias en el campo de la

crítica (de la historia y de la literatura) y de quien Rivero era asiduo lector, según afirma el ensayista y crítico Ventura Doreste.

**JORGE RODRIGUEZ PADRON**

**1943**

Volver al mar  
ocupándolo  
con señas olvidadas  
(por suerte un marinero  
me ha hecho un plano  
en un papel  
para que no me pierda)

Volver al mar  
incendiándolo  
como signo de protesta

llegar al mar  
porque él nunca se llega hasta nosotros.

**ANGEL SANCHEZ**

**1943**

## CUANDO LOS NIÑOS JUEGAN A LA GUERRA

Cuando los niños juegan a la guerra,  
qué tristeza.  
Cuando apuntan su arma a nuestro pecho  
y es inútil decir que no jugamos,  
pues ellos la disparan  
e insisten que caigamos por el suelo,  
para hacer más real el triste juego.  
Cuando los niños crecen, se hacen hombres  
y no olvidan el juego de la guerra;  
cuando los hombres mueren,  
cuando los hombres matan,  
qué tristeza.  
Niños, no juguéis a la guerra,  
que los hombres  
lo aprenden todo de los niños.  
Cuando los niños juegan a la guerra,  
qué tristeza.

**JOSE LUIS PERNAS**  
**1943**

## RODEADOS DE OJOS

En el temblor con que tus ojos leen  
por la noche papeles que lograron  
ser de existencia, brilla ciego el miedo.

Ese miedo implacable y corrosivo  
que remonta las tapias y los sueños  
llevando soterradas, violentas  
vidas que aún parecen esperar  
acechantes detrás de cada sombra.

Un aire muerto encierra las paredes  
de la estancia. La aguja del reloj  
golpea a los durmientes invisibles.  
Tras los cristales de la niebla: bocas,  
pasos de un murmurante río humano  
que asciende en oleaje por los pliegues  
desnudos y humeantes de las sábanas.

Es una muchedumbre silenciosa,  
tensa, que permanece juzgadora

en los compactos círculos del aire.  
Son ojos, miles de ojos que contemplan  
la luz y podredumbre de tu vida.

Con la angustiosa lucidez de un reo,  
ves que la habitación se ha reducido  
a los estrictos límites de un nicho  
enterrado en el tiempo. Sin la luna  
cautiva ni las aguas consteladas,  
sin el mar de la noche ni las voces  
distantes de los árboles. Allí,  
allí te quedas rodeado de ojos  
que no olvidan ni pueden perdonarte.

**JUSTO JORGE PADRON**

**1943**

de "LA CANCION DEL MORROCOYO"

"Era una noche suave, tranquila, estrellada. Sólo se oía el silencio de lo callado. Un silencio que ensordece. Un silencio que te hace mirar a las alturas.

Me encontraba, no sabía por qué, en un campo muy extenso. Miles de árboles, que parecían transparentes, lo poblaban, flotando en el aire...

Recuerdo que en un momento determinado me cobijé bajo uno de aquellos nobles y frondosos árboles para encender un pitillo.

Era mi última cerilla.  
Era mi último cigarro.  
Arrojé aquella llamita como quien ampara  
a un recién nacido.  
Encendí el pitillo.

Una gruesa bocanada de humo de tabaco y de vapor salió de mi boca. La cerilla no se apagaba. La miré. Era muy débil, muy pequeña, pero se negaba a extinguirse.

Quería vivir.

—¡Quiero vivir! —me decía en sus guiños estertóreos.

Entonces la rodeé con el ancho hueco de mis manos reservándola de la brisa de la madrugada.

Dos pequeñas gotas de lluvia se dejaron caer en una de mis manos al lado de aquella llamita. Temí, viendo ese pequeño líquido tan cerca, por la vida llameante. Ungí mi lengua con las insípidas gotitas. Miré la triste llama. Ya cabeceaba y se acercaba a las yemas de mis dedos. Miré desesperadamente a mi alrededor. Hubiese deseado haber visto una vela que hiciera posible el trasplante de aquel pequeño fuego. Pero sólo se veían los árboles flotando en el aire, y la espesura de lo negro.

¡Arboles! ¡Arboles!, dije. ¡La solución! ¡Dicho y hecho! Sin pensarlo alargué la mano, ya a punto de arder, a las ramas bajas de aquel frondoso árbol que hacia mí se extendía!

Pasaron unos segundos de angustia. De espera. Sólo oía el rítmico respirar en mi pecho y el bombeante zumbido de mi corazón. Sentía que mis oídos estaban a punto de estallar.

Mis ojos, como luces candentes, parecían querer ayudar a dar vida a aquella nueva llama.

Un pequeño humo emergió de la unión. Poco a poco fue tomando mayor cuerpo hasta terminar en un bostezo de calor y llama que sorprendió mi rostro frío.

Pronto, más de lo que hubiese querido, el resto de las ramas se hicieron eco de aquella simple y pura unión. Me parecía como si todo el árbol quisiera sentir hasta en su médula la purificación que se le brindaba. Pero poco tardaron sus vecinos de soledad en

sentir extraña envidia y quisieron unírsele. Llegaron a formar una inmensa y maravillosa antorcha. Gruesas columnas de humo y llamas ascendían hacia el cielo, perdiéndose entre la negrura que separa las estrellas.

Miré aquel espectáculo  
Me sentí henchido de felicidad.

Aquella llamita se había convertido en algo grande, maravilloso... pero, al mismo tiempo, terrible. Había sido tan grande su deseo de expansión, de posesión, de dar, que no llegó a ver el alcance de su angustioso grito”.

**ALBERTO OMAR**

**1943**

## LOS ALMENDROS DE JLEBNIKOV

*A Josefina y Manuel Padorno*

He leído en alguna parte que el poeta  
Víctor Jlébnikov,  
llegada la estación en que la vieja nieve funde  
sobre las ramas,  
abandonaba todo ante la súbita perspectiva  
de un inaplazable y largo viaje  
hacia tierras del sur.

El accidentado modo de transporte  
y el duro adiestramiento de su cuerpo  
en lechos de ciudades apenas entrevistas  
nunca minaron aquel extraño hábito.

Cuentan en la vida de un hombre imperiosos  
deseos; a Jlébnikov esa invocación extraña  
le venía desde el otro extremo de la tierra,  
y hacia allí, con el Volga ululante por testigo,  
marchaba enajenado. Los demás ante el cierzo  
inclemente atrancaron las puertas  
de sus isbas, pero él,

desde las heladas agujas de los montes,  
el ojo insomne de la lechuza  
lo vio partir, perderse sobre  
la detenida plata de los ríos.

En el tiempo que va  
de una estación a otra atravesaba Rusia.  
La curiosa aventura acababa con la primavera  
en Crimea. Entonces Jlébnikov, cumplido  
ya en la cita con lo maravilloso,  
sonreía: una vez más, según él, los almendros  
más hermosos de la tierra  
habían florecido.

**EUGENIO PADORNO**

**1943**

de "EL ARRANQUE"

No, señor; aquí, gracias a Dios, ya no vive esa familia por quien usted ha preguntado. Se fueron hace cosa de, aguarde a que haga cálculo, eso es: semana antes de los difuntos, sí, se fueron hará un año dentro de dos semanas. Lo vendieron. Vendieron el piso a todos los vecinos, al bloque completo. El paso de esa gente fue algo tragicómico, algo digno de contarse: gracias a Dios, repito, gracias a Dios que se fueron pronto, que no tardaron más tiempo por aquí. Si usted supiera. Pero pase, pase; no se quede ahí en la puerta. Y siéntese, por favor, mientras le sirvo algo: ¿coñac?, ¿uiski?, ¿ginebra?, lo que desee, sin reparos por su parte. ¿Uiski?, pues uiski. Como le decía, menuda gente nos tocó en lotería con esa pobre familia: ¡ay la educación, cuánta falta hace en este país! Horribles, selváticos, peores aún, pues tenían malas ideas, sobre todo los chiquillos y la niña más vieja, que la mujer, la pobre, lo que ya estaba era medio loca con tanto sufrimiento. Por lo que me enteré, el señor dueño del piso, hombre discretísimo y muy solitario, apenas si se le veía, lo donó a aquella desgraciada gente, echada de donde vivía y con el cuento de que estaba en ruinas; me enteré luego que allí levantaban un impresionante hotel. Pero vayamos a lo nuestro. ¡Fuerte desastre el padre! Siempre borracho y cantando a grito pe-

lado, no importara la hora o si usted estaba malo. Con decirle que lo vendió todo, todo cuanto le regaló aquel buen señor, empezando por los libros, ¡qué pena de libros, señor!, y acabando por la cocina de gas, todo, y no le engaño, incluyendo la alcoba. Y para gastárselo con una querindanga que tenía en ese puerto: eso gritaba entre histerismos su mujer. Cuando ya no quedaba nada por vender, apenas si aparecía por aquí el menudo personaje; y si aparecía era para que creciera la gresca más aún, porque la infeliz señora no hacía más que dar berridos en la escalera, metiéndose con todo el que tropezara, ya ni uno podía asomarse a la puerta. Y mire que le avisamos al guardia; éste vino y le llamó la atención un par de veces, pero se cansó pronto y no quería jaleos. Que los denunciáramos en comisaría, nos dijo. Pero, a Dios gracias, la cosa se arreglaría antes de llegar a tales extremos, por otro lado molestísimos. Y de los niños aún no le he contado nada: ¡de miedo, señor, de miedo! Si le digo que hacían sus necesidades donde les pareciera, en la escalera, en la misma puerta de uno, para luego con los excrementos pintarrear paredes, todo. Tuvimos que quitar hasta las macetas con flores. Y durante unos días les dio por traer unas ratas que capturaban vivas, cosas del diablo, señor, en algún estercolero y ponerse a martirizarlas en la mismísima escalera y delante de nuestros asombraditos niños o de nuestras mujeres, y maldito caso si hacían a nuestras recriminaciones, malcriados, sin escuela, siempre tirados por esas calles, pobrecillos, que, aunque a veces me entraban ganas de matarlos, en el fondo los compadecía. ¿Y de la niña?, de la niña, apenas si tenía trece años, más vale no hablar. No había noche en que no apareciera con un hombre que podía ser su padre a darnos un verdadero y escandaloso espectáculo por toda la escalera. ¡Y cómo se regodeaba de quien tropezase! Yo no pude nunca comprender tal degradación en una cría. Creo que se casó antes de que se fueran; eso decía la madre. Lo cierto es que dejó, la chiquilla, de venir por acá. En resumidas cuentas, que nos reunimos para lo

de la denuncia en comisaría. Pero mi hijo, buen hijo, Dios le dé la gloria, propuso algo más humanitario: que, entre todos, le comprásemos el piso, al contado; de esta forma se irían y nos dejarían en paz. Nos costó dar con el borrachín jefe de la familia. Mi hijo se encargó de ello. Dio con él en un cuchitril del puerto, donde su querida. Quedó conformísimo desde que hablaron. Pero tenía que firmar también su mujer el contrato de venta, le previno mi hijo. Yo lo arreglo, aseguró. ¡Y vaya si lo arregló! Se vino para acá, mansito, a inducir a su mujer a que firmara el contrato. ¡Qué de gritos daba la infeliz! Que si bandido quieres ponerme en la calle para gástarte todo el dinero con ésas, usted disculpe, que si no te importan tus hijos, que si. Nada, que la mujer no iba por las buenas y tuvo el marido que comenzar con las malas, palizas van, palizas vienen y sin que se cansaran uno de golpear ni la otra de recibir. Estábamos, los vecinos, consternadísimos; nos sentíamos, en cierto modo, culpables de tales tormentos a la pobre mujer. Pero, gracias a Dios, la desdichada accedió y firmó; sabía escribir, lo que me extrañó, y tenía buena letra. Al fin se marchó la marabunta, podíamos respirar tranquilos. ¡Y qué hacer ahora con el piso?, preguntó uno. Mi hijo, ¡qué bueno es!, propuso que, si no les importaba a los vecinos, él se quedaría con el piso para nosotros sus padres, que...

**VICTOR RAMIREZ**

**1944**

## HOY QUIERO VERME LO VIVIDO

Hoy quiero verme lo vivido,  
la vida que tocaba y no sabía.  
Bajo silencio el corazón.  
Bien me sé los nombres en la arena.  
Camino de la escuela todos juntos,  
a escuchar geografía de Manuel,  
el brazo abierto  
por la bola del mundo.  
Una esperanza más  
dentro del tiempo.  
El mar se me desborda por la frente  
si ahora recuerdo la niñez,  
la risa que a todos nos arrebatara el viento.

**ALBERTO PIZARRO**  
1944

## EL ACUSADO

En gruesos tomos buscó la razón  
de su inocencia. La luz, le dijeron,  
considerando su origen, escribe  
la historia.

Si ahora se detuviera  
a pensar, si ahora me llamara, podría  
justamente comprenderlo, probar  
su inocencia. Mas bien sabe, paternalmente  
me reconoce en el abrazo,  
cuán vana la memoria, como la fe  
nos condenaba.

Falso testimonio hallaron. Las leyes,  
insistieron, largo tiempo se remontan  
y no me siente.

Recabó de nuevo mi palabra.  
Inútilmente me miró

(quizás vieron sus ojos la esperanza),  
mas otro hombre habló: seamos justos, dijo, y,  
bien a pesar suyo, dictó sentencia.

**ALFONSO O'SHANAHAN**

**1944**

## de "LOS PUERCOS DEL CIRCE"

...se produce el golpe que suena, que está sonando, que retumba dentro del coche, dentro del cuerpo del conductor, dentro de la cabeza llena de alcohol, dentro del chirrido de los frenos que siguen aferrándose, apretándose, parándolas cada vez más pero ya tarde, ya inútilmente porque la mujer se retuerce en el aire grotescamente, cayendo sin dignidad, deshaciéndose en el encontronazo estúpido que destroza, machaca, atropella, carne, huesos, sangre, mujer definitiva, mujer acabada, mujer muerta que gesticula aún en el aire señalando al cielo con los brazos mientras el tacto duro y frío del volante se graba —¿para siempre, para mucho, para nada?— en las manos ineptas, incapaces de evitar lo inevitable, esas mismas manos que han empuñado este volante, otros, a lo largo de tardes y mañanas y noches y madrugadas, a través de carreteras limitadas, de carreteras cerradas, de carreteras que no conducen a ninguna parte, que empiezan otra vez, que se muerden la cola, que son incapaces de trasladarse más allá del mar, más allá de las nubes, más allá del Teide gigante, coloso, monstruo, polifemo que controla con un sólo ojo volcánico todo su derredor.

**LUIS ALEMANY**  
**(1944)**

de "NOCTURNO"

Confieso que entonces no podía comprender que luchaba en desventaja, bien se sabe que el ruido es un ser que está acostumbrado a la oscuridad, a lo oscuro, callejeando esquina a esquina, sin parar, noche tras noche.

Tomaba él la forma apetecida cuando quería, metamorfoseándose con pasmosa celeridad, fácilmente, sin rastro anterior, como otra cosa; una vez fue el silbido agudo quien me dominó, el ruido rodando, aún más cerca, incomprensiblemente, corriendo más aprisa que yo, vano esfuerzo. Esperaba así la oportunidad, su cambio de tonalidad, gato y camaleón; me era fácil comprender que era una imposibilidad que yo, ser humano, pudiera asir, así, sin más, el cuello de un silbido, por lo menos, no he oído hablar anteriormente de ello o algo parecido, ni se ha publicado noticia semejante, rebotando en las paredes, púbil en cuerda de ring, lanzándose zigzagante contra mí, si esperaba su golpe en la derecha, me golpeaba en la izquierda, si miraba hacia abajo, tratando de atajarlo en el suelo, el ruido caía sobre mí desde arriba. Tirando con insólita violencia de mis cabellos, sintiendo ya rechinar las vértebras del cuello, yendo y viniendo de un lado a otro del corredor, con su risa es-

tridente, rodando enorme canica de cristal macizo, sacando sus puños, invisibles para mí hasta el momento de sentirlos pesadamente en mi cuerpo, acabando poco a poco, mi esperanza, cerrando mis ojos, notando el dolor en las raíces de mis dientes, el sabor de la sangre salpicada en la boca.

Estaba rendido, extenuado, estando a punto de entregarme, levantaba ya la mano en señal de derrota; él, triunfador, cometió su error, su estúpido y único error de la noche robada. Tornose, al punto, desoyendo la voz femenina, en música azul, paradisíaca; fue tan inesperado que tuve que hacer grandes esfuerzos para reprimir mi remozada alegría, aflorando la sorpresa a mi rostro amoratado casi del todo, dejando, al instante, de ser el grotesco ruido que yo conocía.

Aproveché. Tomé en mis brazos, balanceando, casi imperceptiblemente aquella fuerza, momentos antes llena de poder, ahora voluntaria y caprichosamente acrática yo eché por la ventana, abierta aún, mi desvelo, la música de arpa, suave, casi femenina en la que se había convertido el ruido, confianza excesiva de una soñada victoria que ya no llegaría jamás para él.

Cerrando las ventanas, todas, las de antes y las de ahora, con rapidez, despeñándose paredes abajo nuevamente ruido gris, tardía reacción, unos minutos los puños, sus golpes, sucediéndose en el cristal de las ventanas.

Al fin, derrotados ambos, inferida y calculada la vejación, el terror y la vergüenza fueron sus dueños, calle adelante, huyendo, abandonando su pedestral ladrón de dioses mitológicos. Después eran perros callejeros, doblando alguna esquina, ladrando desde lejos.

Sonriendo, orgulloso de la dura pelea, recuperando mi noche, dueño nuevamente de mi sueño, del camino del reloj nocturno, sobre la mesilla descansaba ajeno a la tragedia y a su desenlace, volví a acostarme, prometiéndome con fuerza, en adelante y por la noche, no abrir jamás ninguna ventana de mi casa, hiciera el calor que hiciera.

Día siguiente. Algún vecino, su nombre no lo recuerdo, pero lleva incipiente barba blanca y gafas gruesas de montura plateada, baston, amable siempre, me habla de ciertos golpes que había oído en mi cámara la noche anterior. Sería un ruido, contesté sin importancia, convenciéndome fácilmente de la mentira.

Miré mi brazo izquierdo, a la altura del codo, por su parte posterior, donde el dolor se sentía más sensiblemente. Vi allí los golpes morados, huellas, testigos únicos y mudos de aquel ruido, del viento, de mí, de la lucha, de la noche sin sueño.

**J. J. ARMAS MARCELO**

**1946**

## CONSEJOS PARA DESPUES

Cuando el silencio habites no preguntes  
por días anteriores.  
Veo ahora los álamos al sol  
y no me acosan recuerdos de otros árboles.

No valen horas idas: ellas fueron  
autoras de este tiempo de distancias.

Esta hora en que vives tiene inmenso valor:  
entra en el poderío de su saber intenso.  
Quiero decir que ahondes.

De un minuto no hagas un siglo de experiencia  
ni dejes que el minuto transcurra sin cuidado.

**FERNANDO G. DELGADO**

**1947**

de "LA PERSISTENCIA DE LOS DERECHOS FEUDALES DIO  
LUGAR A LAS SUBLEVACIONES DEL SIGLO XVIII Y  
PRINCIPIOS DEL XIX"

*LOS SEÑORES Y LA ESPECULACION DE LA MISERIA*

Como ya hemos reseñado anteriormente, las crisis carenciales por las que atraviesa las islas periféricas son constantes. Estas etapas coyunturales serán aprovechadas favorablemente por los condes de la Gomera para enviar trigo, cebada y maíz, a unos precios muy altos, en calidad de ayuda y socorro. Las diferencias de precios, entre los granos de "ayuda" y los de la isla, eran bastante elevadas: mientras en una determinada crisis carencial, en el Hierro se vendía la fanegada de cebada a 10 reales, la enviada por el conde corría a 30 reales.

Las "ayudas" van dirigidas especialmente a los orchilleros, a quienes se les adelantaba trigo, cebada y maíz, con la imposición de pagar en orcilla. Imposición señorial y obligación nacida de las circunstancias mismas de las Islas que no contaban con ningún otro producto de recolección. El panorama se obscurece aún más al no disponer libremente de la orchilla recolectada, pues debían entregarla a la administración señorial, a unos precios muy bajos. El señor era el único dueño y de su explotación sacaba los mayores beneficios que le reportaban las islas, como ya vimos anteriormente.

Los precios no se concertaban por unidad de tiempo sino por unidad de peso entregada.

En las cuentas de orchilleros se puede constatar que los saldos quedaban a par, es decir, “la energía del gofio” la empleaban en pagar los adelantos de cereales, sin posibilidad absoluta de ahorro.

Cuando la situación no es tan grave ni tan generalizada, se estimulaba a los peor situados económicamente con adelantos en dinero y algún ligero aumento en el precio.

Si para los vasallos las penurias económicas de un año le reducían a la miseria, a los señores le servían para aumentar las ganancias; es constante en la correspondencia entre el administrador y el conde expresiones como ésta: “mande V. E. mucho dinero para orchilla porque hay mucha hambre y es buen signo que se va a coger mucha”. Sin embargo, no revertían en ellos todo el beneficio de la especulación, porque después de obtenida la orchilla, la ponían en manos de las casas comerciales radicadas en Tenerife; Cólogán, Power, Blanco Hermanos, Cullen, etc... quienes, a su vez, conseguían pingües beneficios de las ventas realizadas en los distintos mercados europeos, en especial Inglaterra.

**GERMAN HERNANDEZ RODRIGUEZ**

**1948**

## APENAS UNA YERBA QUE CRECE

Arruinarían la inteligencia todos ellos con su literatura camp/campestre pedestre ensayada en tiempo indef in-definido amé Mas-siel canciones para todos nosotros nos sentábamos por la tarde en el pequeño muelle y no se sabía qué cosas podían ocurrir te agenciaste una guitarra y nunca supiste tocar pero te sentías feliz cuando te consideraban loco fuera de aquello con tu guitarra al hombro caminando tierra a tierra sin más pausa que la espera interminable más tarde escribiste cuentos recuerdo a las siete no te enteraste nunca de que dentro de aquella locura se estaba fabricando toda la posterior compra de pan todas las posteriores audiciones de radio mientras en la cocina te preparabas la fabada el potaje de lentejas o contemplabas cómo se mecía el vino en una botella blanca y sucia por fuera y la soledad no tenía más sentido que un sentido puramente físico que te traía sin cuidado

guardabas cuidadosamente las piedras que habías cogido en el Pico del Teide para tirarlas cuando la ocasión fuera propicia y los recuerdos de tierras trasterradas no te añadían otra cosa que el infinito asco que te confiere la mirada hacia atrás sin ira ni emoción ni entusiasmo ni calor ni locura la mirada física hacia atrás la

mirada hacia dónde porque tú seguiste caminando sobre folios blancos con otros tipos de guitarras al hombro, con millones de frases que tú sabías que alguien en otro mundo iba a entender perfectamente porque perfectamente las entendías tú y tú no eras único

ella efectivamente vestía de rojo aquella noche de teatro y tú no atendiste en toda la función a nada de la función sería innegable que estuviste borracho hasta el exacto momento en que la viste estuviste borracho y te esperaban hasta que dijiste buenas tardes y quisiste por un momento vivir en otra tierra vivir en otra tierra con otras gafas de sol con otros vestidos rojos al lado con la llamada esperanza menos desgastada que el uso improductivo diario escribiste largos poemas y ninguno de ellos publicaste aunque recuerdo que dentro de mi libro de economía de tamames encontré una vez algo que no terminaste “ahora estamos mano a mano apenas una yerba que crece entre los dedos de mi silencio palomas que crecen en el eco dime desde que supe amar lo que tengo que decir” por detrás decía esto nunca supiste nunca supiste que esto estaba aquí tan lejos ya todo aquel tiempo con la guitarra al hombro miles de años con la guitarra al hombro daba igual con cuerdas que sin cuerdas

“han llegado los amigos y me ríe la soledad entre amigos y recuerdo un viejo río perdido pantanos y una calle con tu aire y la esperanza. Y aunque mil aires se pierdan tu vida me sueña el recuerdo y siempre te quiero tanto. A pesar de que los árboles ríen y los pájaros se mueran en el papel” lo que sigue es bastante peor escribías muy mal en ese entonces y te importaban palabras como soledad esperanda y caridad eras un hombre acabado de coger y no sabías para qué servía esto de vivir ni tenías idea de que las cosas no se te daban gratuitamente de que te las tenías que ganar quizá con desgana pero con una fe absolutamente roja en tu cabeza en tu pecho, en tus pies sobre todo y caminar caminar caminar hasta

que el desfallecimiento fuera un recuerdo del principio y ya caminar se convirtiera en tu único destino cierto

después de eso te enamoraste varias veces para ti era una especie de juego masoquista enamorarte imposiblemente de la nada te enamoraste muchas veces pero nunca pediste consejo a tu pie derecho acerca de lo que debía hacer el izquierdo ni la nada te hizo caso aunque tú te creyeras en tu islita recubierta de caparazones repleta de celdas de abejas sin más abeja reina que reinara que la nada era tu rendida enamorada

pero a decir verdad nunca te creíste muchas cosas de las que te venían del cielo o del pico del volcán vivías un poco a tu aire aunque pretendías dar la sensación de que vivías al exacto aire de los demás y de vez en cuando te ponías la sonrisa para salir a la calle o para recibir a tus amigos o para ir de juerga o para empezar a cocer los potajes que tú te fabricaste a poco que te cansabas de subir diariamente a la Universidad con tu eternos libros bajo el brazo sin que nada sirviera para nada haciendo collages pictóricos o pensando diariamente en una Matilde Urrutia que ya estabas viejo habías cumplido los veintidós te dolía el estómago te daba fiebre te aburría la gente te reías a medias y había siempre como un pensamiento que te dominaba y que tú nunca supiste escrutar ni nadie porque eras el enigma parlante que andaba y andaba mordiéndose propiamente su propia cola

no dejaste de tomar café sin embargo no dejaste de hacer juegos de palabras de proclamar tu inmensa alegría cada vez que descubrías que efectivamente era posible andar por la vida tomando café y haciendo juegos de palabras hasta que llegabas a la cama a tu casa fría o caliente o vibrante o amorosa o moscosa o camp o campestre y te planteabas otras cosas y llegabas incluso a olvidarte de lo que había pasado diez minutos antes bueno buenas noches

hasta mañana yo te llevo eso o no decías nada y abrir la puerta te costaba el esfuerzo de saber que traspasado ese umbral ya tu soledad compartida con el aire de la calle sería la soledad a secas compartida con un libro de Carlos Edmundo de Ory con tu foto o con un ensayo muy serio de Theodore Roszak

empezaría la lucha por darle sentido a la huida por recordar episodios de barcos con aquella rubia que bailaba con un vaso de whisky en la cabeza con tu alegría sin compartimentos de aquella noche con el champaña mezclado con whisky con tu fiebre incipiente de cada mañana con un calor inmenso en la frente con un frío intenso en los pies episodios de barcos crónicas barqueras para la huida solitaria hacia otros mares donde las cosas sean menos azules o menos limpias o menos afiladas o menos picudas o menos redondas no se sabe cómo serían las cosas al otro lado de otras tierras de otros mares y ni los calmantes vitaminados te van a quitar el calor de permanecer en el mismo lugar en el que se va a producir el naufragio

cuídate barco de tu propio barco cuídate de la huida sin retorno cuídate del incipiente núcleo novelero en el que se cuece tu espera de otras cosas que no sean las cosas que ahora te tapan la boca con la mano alta cuidando dulcemente de no desperdiciar la ocasión de acariciar de otras ideas en forma de mujer con el vestido rojo esa noche sus huesos por encima de tus rodillas y unas manos tensas sobre tu corazón pálido.

lo que te espera es más duro que lo que pasó pero cruza el rubicón o te va a ir muy mal amigo mío

**JUAN CRUZ RUIZ**

**1948**

## UNA VIEJA CANCION

El hombre, el vaso y la guitarra  
se inclinan en una soledad eterna.  
Las palabras se perdieron,  
los cantares y la música aquella  
—sencilla, que hablaba de amores—  
se quedaron flotando por sobre los ribazos.  
El viejo enronqueció y las cuerdas desafinaron,  
están yertas.  
Aquí hay risas, y rabia a lo lejos.  
El hombre mira el desierto y se calla.  
Todos mordemos nuestro silencio.

**LUIS LEON BARRETO**

**1949**

## PAVANA

...espero que cualquier día de éstos te acuestes y caiga sobre ti, descienda suavemente la nube del olvido edulcorado, del farmiente crepuscular, en el reino de los dioses eléctricos y el sexo de neón.

Es posible que algún día te cuente la historia de un triángulo amoroso que es, al mismo tiempo, el cepo mortal de una conciencia de metal satinado donde se ha inscrito con un grabado inquietante el término Pull. Se trata de the got between. ¿Lo conoces? Lamentablemente sabes algo que yo únicamente intuyo. Between será matado por Topless. Y no me preguntes quién es Topless; por favor. Sólo sé de él que en cualquier momento puede estar en el aire, rondar tangencialmente la existencia real y convertirse en un artefacto con músculos y cerebro actuante. Similar a las creaciones de Disney, impersonal, pero más cruel. Probablemente me pecataré de su existencia cuando alguien me dé una pista (quizás hablando) y mencione una palabra desusada, arca, no, mejor (¡y lo tengo!), jugueteón: traducción libérrima de su encarnación terrenal (Topless/=to play); acaso nunca oiga esa palabra (estoy seguro de que te suena familiar), pero sé que Topless me cercará con su pensamiento en forma de pistola por las esquinas de mi cerebro, que in-

tentaré llevarme al desviacionismo de automaciones superficiales. Puede que yo mismo sea Toplees, que adquiera mi físico y me asuma en su imposibilidad de materializaciones existenciales, pero jamás, jamás sabrás cuando esto ocurra. Porque yo no te lo podré decir.

También está la historia de Mimí Tirabusció, siempre lejana, siempre cercana e irrealmente literaria, como cuando José Arcadio terminó de vivir y fue importante. Mimí Tirabusció, un punto en el necesario olvido, algo más que una mujer; un cernicero lujoso donde caen perfumadas cenizas de sexo y vaciedad.

Mimí Tirabusció es la hermana de Topless, nuestro asesino. Es su lazo, su trampa o su propia muerte. No lo sé, pero no ignoro que todos esos nombres los has oído, te suenan familiares...; y, cuando lo corrosivo, la muerte se vuelve familiar, decidme, hados de la burbuja tintineante, qué queda, sino  
vaciar en el infinito?

**JOSE SAAVEDRA**

**1949**

## de "BUMERAN"

A veces, entre clase y clase me pregunté si yo tendría algo en común con todas aquellas personas jóvenes, como yo, que no eran capaces de hablar nada que me satisficiera, me encontraba arrinconado en todas las conversaciones, algunos grupos desmenuzaban los últimos comentarios de cualquier partido de fútbol jugado el domingo, o presagiaban el resultado del próximo encuentro con éste y el otro lesionado, jugando en la delantera aquél y arbitrando el de más allá. Las chicas todavía se resistían a entrar en cualquier conversación de varones si no era sobre las clases, los exámenes, los apuntes. Muchas veces te dabas cuenta cómo miraban a un compañero, te parecía mentira que con aquella mirada tan dulce que le dirigía pudiesen estar hablando del profesor tartamudo que no se enteraba dando la clase de... Algunos ratos los pasábamos en el bar, el paraíso de humo y licor. De tan alto como todos hablábamos nadie se enteraba de lo que se estaba diciendo, era un reto a la garganta delicada, en los bancos del fondo se solían reunir para hablar de política, más al centro estaba el grupo de ligones que nunca funcionaba sin Oscar "el simpático", como todos lo conocían, un estudiante de Química que no sobrepasaba el metro y medio, que sabía tocar muy bien el piano, cebo fructífero para la

caza de hembras desplazadas.

Aquel año no lo aprobé todo, me quedaron algunas asignaturas que tampoco saqué en los exámenes extraordinarios, no podía. Quise acabar con las preocupaciones femeninas durante un tiempo, en vano. Salí con ella varias tarde al cabo de las cuales me di cuenta que entre nosotros no había ningún motivo que nos llevase a perder el tiempo de aquella manera, enfangados en conversaciones estándares, teniendo frío artificial, hambre artificial, ganas de cine artificial, fabricando amor artificial. Aquello no pudo durar, y no era nada del otro mundo que durase, yo he visto parejas pudrirse en el aburrimiento más extremo y aún así siempre queda algo entre ellos que les mantiene sólidamente unidos.

Algo que ni ellos nunca han averiguado, en realidad creo que no es investigable. Lo podríamos definir como aquella cualidad que nos permite pasar mucho tiempo con una persona, odiándola a veces, aborreciéndola a veces, avergonzándola a veces, pero queriéndola siempre, sin que nos demos cuenta funcionamos con la luz que nos proyecta. Son planteamientos que lo mismo que veo que me los hago yo, me imagino que se los habrá hecho mucha gente antes, mucha gente que se haya "enamorado" alguna vez. Sentir una pasión nueva es algo que no alcanzamos a gozar nunca, es algo que nos proporciona una felicidad tan fugaz que no nos permite sostenerla en nuestra mente, razonarla, a veces me da la impresión que las grandes felicidades no son aprovechadas por nuestra memoria de forma fidedigna, nos quedan de ellas recuerdos vagos que quizá reunimos en un esfuerzo posterior a la acción propia, recuerdos que nos hemos visto obligados a fabricar en un momento de depresión. La acción, la acción "pura" es incasillable. ¿Que todas esas experiencias son todas iguales? Te lo acepto. ¡Pero, incasillables! ¿Con efectos parecidos? Te lo acepto, y más en momentos propios. ¡Pero, incasillables!

La negra sintió que la miraban entre los grandes montones de telas multicolores, la extranjera rubia oprimió el disparador de su Kodak, el grito invadió el almacén y de súbito se abalanzó sobre el fortuito fotógrafo, eran las nueve y media, la irlandesa cayó hacia atrás con su tráquea abierta de un navajazo negro, la lana blanca empapaba la sangre vertida, la gente fue aumentando y aumentando, yo quedé relegado a las últimas filas, entraron dos impecables policías vistiendo un azul que embellecía sus rostros tostados, la negra no dijo nada, sólo se arrodilló a recoger la navaja, con disimulo aplastó la máquina.

**JUAN MANUEL GARCIA RAMOS**

**1949**

Viento sobre el viento mismo.  
Caballos que son el viento  
sobre caballos.  
Sobre caballos y viento  
descansa el alba.  
Sobre el alba el sol y el cielo  
y sobre el cielo..., caballos.  
Caballos que son el viento  
galopando.  
Cimarrones galopando.  
Interminables llanuras de caballos galopando

**CARLOS EDUARDO PINTO TRUJILLO**

**1949**

## de "HISTORIA ECONOMICA DE CANARIAS"

### Consideraciones metodológicas

El primer intento por crear un modelo interpretativo, un esquema de referencia global, llevó consigo la acuñación del término monocultivo para significar que las Islas, a lo largo de cuatro siglos, han estado sujetas a una economía predominante. *Esta economía predominante (azúcares, vinos, orchilla, plátanos y tomate...) viene impuesta siempre por los circuitos de comercialización establecidos en el Atlántico. Como tentáculos de dichos circuitos, las casas comerciales extranjeras radicadas en el Archipiélago y al socaire de los puertos más florecientes en cada momento, detentarán el auténtico poderío económico, por cuanto tendrán bajo sí el control de la comercialización y del proceso productivo. Esta especialización que se le asigna a las Canarias dentro de la división internacional del trabajo, como colonia de producción y exportación de productos cotizados en los mercados europeos (Londres, Amsterdam, Marsella, etc.), tendrá, por otro lado, una conflictividad jurídico - administrativa propiciada por el deseo de la Casa de Contratación de Sevilla y Cádiz en monopolizar el comercio con América, al mismo tiempo que será directamente la Corona de Castilla la que incida sobre el gobierno político de esta zona.*

*El papel que juegan las terratenencias locales, con relación a las casas comerciales y a los circuitos de demanda y comercialización, será el de meros receptores del remanente que trasluce el escape de las plusvalías, de auténticos testafierros sin protagonismo ni decisión global alguna. Y lo mismo omurrirá cuando, con motivo de las desamortizaciones, surja una nueva clase social, la burguesía, que pasará a ocupar un papel importante en la propiedad de las tierras. Esta burguesía empleará los resortes políticos para, asimismo, medrar ante las presiones fiscales y conseguir un tratamiento de liberalización que permita el juego de las nuevas compañías comerciales y el expansionismo colonial de las potencias europeas en la costa noroeste de Africa.*

De este modo, se hace del todo preciso acometer el estudio pormenorizado de la economía interior a lo largo de los distintos momentos históricos, e intentar comprender cuál ha sido y es el papel que se le asigna a las Islas dentro de la división internacional del trabajo. Ello podrá dar pie a nuevas interpretaciones que nos expliquen lo que la escuela tercermundista llama economía de la periferia. Porque en efecto, las aportaciones teóricas provenientes de Gunder Frank y, con posterioridad, de S. Amin y A. Emmanuel tendrían mucho que decir con relación a nuestras peculiaridades histórico-económicas.

**JOSE RAMON SANTANA GODOY**

**1950**

## “APROXIMACION A UNA FENOMENOLOGIA DE LA RESTAURACION EN LA ISLA DE GRAN CANARIA”

La plena incorporación de Canarias al imperialismo anglosajón tenía necesariamente que provocar reacciones temerosas en Madrid. El ejemplo de Cuba era muy elocuente y el colonialismo tradicional hispano no dejó de extraer las oportunas y tardías lecciones. La relación comercial cada vez más íntima entre los Estados Unidos y la isla del Caribe, habrá constituido un factor de primer orden en el fenómeno “independentista”. Cuba supuso el primer gran mercado del naciente capitalismo yanqui y las inversiones azucareras de éste determinaron en gran medida el proceso que culmina en 1898, si bien sólo desde una perspectiva externa (En 1895 el comercio de Cuba con los Estados Unidos fue tres veces mayor que el que sostenía con España).

En apariencia, la creciente presencia de intereses extranjeros en las islas junto al alejamiento económico de España podrían generar tendencias separatistas. Mecánicamente, y a través de una fenomenología que traduce perfectamente la mala conciencia del poder central por su abandonismo hacia Canarias, los aldabonazos alarmistas de la prensa nacional no dejaron de oírse a lo largo del último decenio del pasado siglo. Todavía está por estudiar se la es-

pecial postura de Inglaterra en relación con nosotros. Se sabe que las tendencias anexionistas no dejaron de manifestarse de modo periódico y que los proyectos de compra o cambio de algunas islas dieron lugar a amplios contactos diplomáticos. Pero de igual forma, el imperialismo anglosajón no mostró aquí la faceta agresiva que caracterizara al norteamericano en Cuba. El pleno empleo de las islas como trampolín comercial hacia Africa, así como el control directo de sus recursos agrícolas, estaban suficientemente garantizados como para que no fuera necesaria cualquier aventura guerrera dentro de la estrategia imperialista. Por lo demás, el colonialismo administrativo español constituida una plataforma interesante para Londres, como soporte de su propia penetración y sin apenas trabas para su dominio.

**AGUSTIN MILLARES CANTERO**

**1950**

## TIEMPO DE EFIGIES

### I

Ahora el tiempo de efigies  
    pliega su duración.  
—narcótico, en sus seguras juntas  
    queda el desmonte de los rayos  
la articulación del mar la emersión de las horas  
(no es tiempo a salvo éste de límites de piedra)

tiempo de aire días distintos-vacilantes  
días de aire trémulo  
frutas y médanos

ésta es su pulsación sus aguas justas  
las raíces los bosques de memoria  
abrasada presencia

aquí, en donde el tiempo es mutación  
    se agita el mundo.

**ANDRES SANCHEZ ROBAINA**

**1952**

## CASCARAS

8

Hace mucho tiempo que continúa  
Un proceso  
Realizo  
Todo lo que tiran  
Lo hemos encontrado en la basura  
No existe otra posibilidad  
Nuestras piezas de trabajo  
Sin dinero  
Eso no puede ser vendido  
Una coordinación coordinada  
Sin utilidad ni interés  
Sobre basureros de esposas  
Con la cruz descalzas

**ANTONIO ZAYA**

**1954**

Cualquier parada  
Está más cerca de un gesto como el mío:  
Sorprende al bailarín contra la espuma,  
Y sobre ellos de nuevo, es el viento testigo,  
Comenzó punteando esta tiniebla  
Para la arena finalmente,  
Para todas las historias  
A las que nunca se renuncia, huidas del salado,  
Una tabla rosa México.

Como un tubo para un latido más fuerte  
Por donde corren los nervios del principiante.

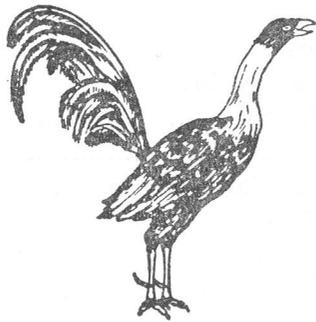
**OCTAVIO ZAYA**

**1954**

Ocioso en los amaneceres  
cuando los mapaches parecen volar  
en tu alcoba  
y las sendas guardan  
su blanca mosca  
del sueño,  
entonces en el aire puede nacer la idea  
y ella sola llena tu tiempo,  
sin apenas moverte del espejo  
roto en el viejo  
muro.

**FELIX F. CASANOVA MARTIN**

**(1956-1976)**



## INDICE DE AUTORES

	PAG.
Bartolomé Cairasco .....	13
Alvarez de los Reyes .....	15
Antonio de Viana .....	16
Fray Juan de Abreu Galindo .....	18
Tomás Marín y Cubas .....	20
Cristóbal del Hoyo y Sotomayor .....	22
Lope Antonio de la Guerra y Peña .....	24
José de Viera y Clavijo .....	26
Tomás de Iriarte .....	29
Francisco María de León .....	31
José Agustín Alvarez Rixo .....	34
José Plácido Sansón Grande .....	36
Agustín Millares Torres .....	37
Nicolás Estévez y Murphy .....	40
Benito Pérez Galdós .....	43
Domingo Rivero .....	46
Luis y Agustín Millares Cubas .....	47
José Franchy Roca .....	50
Angel Guerra .....	52
Antonio Zerolo Herrera .....	54
Manuel Verdugo .....	55
Tomás Morales .....	56
Saulo Torón .....	57
Montiano Placeres .....	58
Alonso Quesada .....	60
Agustín Millares Carló .....	62
Claudio de la Torre .....	65
Pedro Perdomo Acedo .....	68
Agustín Espinosa .....	69
Chona Madera .....	71
Fernando González .....	72
Víctor Doreste .....	73

	PAG.
Juan Rodríguez Doreste .....	77
Domingo Pérez Minik .....	79
Emeterio Gutiérrez Albelo .....	82
Pedro García Cabrera .....	83
Néstor Alamo .....	84
José María de la Rosa .....	86
Josefa de la Torre .....	91
Juan Ismael González .....	92
María Rosa Alonso .....	93
Domingo López Torres .....	95
Luis García de Vegueta .....	97
Félix Casanova de Ayala .....	99
Pino Ojeda .....	100
Agustín Millares Sall .....	102
Cipriano Acosta .....	104
Isaac de Vega .....	106
Pedro Lezcano .....	110
Julio Tovar .....	112
José María Millares Sall .....	115
Ventura Doreste .....	117
Vicente Marrero .....	119
Rafael Arozarena .....	122
Luis Feria .....	124
Juan Hidalgo .....	125
Pino Betancor .....	126
Alfonso García Ramos .....	127
Nivaria Tejera .....	130
Manuel Padorno .....	131
Emilio Sánchez Ortiz .....	133
Arturo Maccanti .....	140
José Caballero Millares .....	141
Elfidio Alonso .....	142

	PAG.
Manuel González Barrera .....	144
Baltasar Espinosa .....	146
Alfredo Herrera Piqué .....	148
Natalia Sosa .....	156
José Rafael Hernández .....	157
Juan Jiménez .....	158
Lázaro Santana .....	160
Lothar Siemens .....	162
Rafael Franquelo .....	166
Jorge Rodríguez Padrón .....	169
Angel Sánchez .....	172
José Luis Pernas .....	173
Justo Jorge Padrón .....	174
Alberto Omar .....	176
Eugenio Padorno .....	179
Víctor Ramírez .....	181
Alberto Pizarro .....	184
Alfonso O'Shanahan .....	186
Luis Alemany .....	187
J. J. Armas Marcelo .....	188
Fernando J. Delgado .....	191
Germán Hernández Rodríguez .....	192
Juan Cruz Ruiz .....	194
Luis León Barreto .....	198
José Saavedra .....	199
Juan Manuel García Ramos .....	201
Carlos Eduardo Pinto Trujillo .....	204
José Ramón Santana Godoy .....	205
Agustín Millares Cantero .....	207
Andrés Sánchez Robaina .....	209
Antonio Zaya .....	210
Octavio Zaya .....	211
Félix F. Casanova Martín .....	212

ESTA OBRA SE TERMINO  
DE IMPRIMIR EL DIA 25  
DE NOVIEMBRE DE 1.976

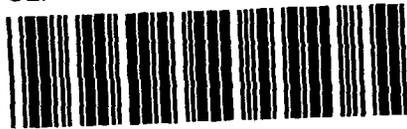
IMPRESA PEREZ GALDOS  
Buenos Aires, 38 - Las Palmas  
Depósito Legal G. C. 663 - 1.976





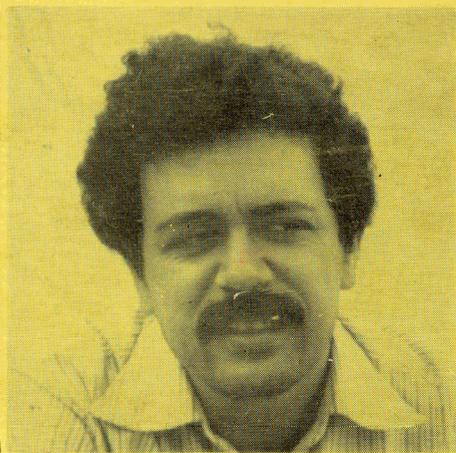
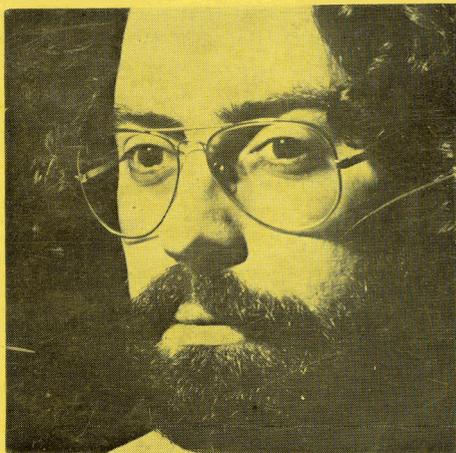


ULPGC. Biblioteca Universitaria



\*701383\*

BIG 860-4 FRA lit



Además de en esta Antología, Rafael Franquelo (1942) y Víctor Ramírez (1944) han coincidido en otras producciones literarias ("Aislada Orbita" y "La guitarra del Atlántico"). Actualmente ambos ejercen como maestros de enseñanza primaria en un centro estatal. De Rafael Franquelo se conocen, además, "Estando la rana..." y "Desmanifiesto", y de Víctor Ramírez, "Cada cual arrastra su sombra" y "La esperanza hecha piedra".

